

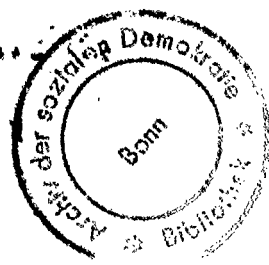
Nick Gillain
Capitán de las
Brigadas Internacionales

El Mercenario

Diario de un combatiente rojo

EDITORIAL TANGER

1939



*Es propiedad. Quedan
reservados todos los de-
rechos.*

*Copyright by Editorial
Tánger.*

Prólogo

A54923

k4680 FES12.07.77

Por qué he escrito "El Mercenario"

Volví varias veces a la "Cité Paradis" y cada vez me recibían más amablemente. Me preguntaron si deseaba volver a Bélgica, diciéndome:

—Querido Gillain, tú tienes derecho a ir a Bélgica; aquí tienes quinientos francos que cuesta el viaje; haz lo que quieras; quédate en París o date una vuelta por tu país; no queremos que puedas quejarte de que no hemos tenido suficiente consideración contigo.

A la semana siguiente me entregaron una nueva remesa de dos mil francos.

Al principio, esta generosidad me confortaba; sin embargo, después de algún tiempo, me invadía un vago malestar. Tenía demasiada suerte, se me arreglaban demasiado bien todas las cosas. Me habían devuelto mis papeles y me entregaban dinero, a pesar de haber dejado irregularmente el ejército, mientras que todos los días veía denegar pensiones a inválidos y negar auxilios de cinco francos a licenciados de aquél.

Cuanto más reflexionaba más me convencía de que mi caso obedecía a una de estas dos hipótesis: O bien, se pretendía lisonjearme para que no hablase, o bien, HEUSLER, que conocía mi pasado militar, se esforzaba en hacerme olvidar los días sombríos que pasé en la 14 Brigada, bajo las órdenes de DUMONT.

Habían pasado más de tres semanas, y, HEUSLER, me llamó a su despacho.

—Gillain —me dijo— ¿quieres volver a España?, tenemos necesidad de buenos oficiales; si aceptas te nombrarán comandante de una media brigada de caballería.

—Te agradezco tu proposición, Heusler —le respondí—; sin embargo, te advierto que la única cosa que actualmente me inte-

de decirme que en la "Cit  Paradis" te habían preguntado si necesitabas dinero, respondiste que te las arreglabas t  solo... si hubieses contestado que estabas necesitado, te lo habrían negado con la esperanza de que la miseria te hiciese volver a las brigadas internacionales.

—Este medio no les servía y especularon con tu orgullo que conocen perfectamente y por eso te ofrecieron el mando de la media brigada de caballería... pero en cuanto supieron que ansiabas rehabilitarte, en seguida aceptaron este medio para mejor tenerte.

— Qu  te dijeron antes de salir? Que a causa de la no intervención no debías avisar a nadie de que sal as para España y así podían hacerte desaparecer sin juicio y sin que nadie supiese qué había sido de t , lo que era imposible antes porque te conocen miles de personas que te estiman...

Creo que es inútil que describa la noche que pas , después de estas revelaciones.

A las nueve justas entraba a la fuerza en el despacho de Heusler, con quien tuve un violento altercado.

—Nunca hubiera creído ésto de t , Heusler—le dije furioso—, tenías toda mi confianza. Eras el hombre a quien habría confiado mi vida y mi honor sin vacilar. Me has conocido en el frente y en toda ocasión me has expresado tu satisfacción por mi conducta y me querías hacer matar!

La fisonomía de Heusler que no es la de un bruto, sino más bien la de un aristócrata descarriado, pareció endurecerse ante mis apóstrofes. Después de un silencio me respondió, con un tono enfático que he escuchado muchas veces en boca de los oradores obreristas:

—Aquí, en este despacho, no conozco a título privado a nadie. Me habían dicho hace tiempo que nos traicionabas y me dieron la consigna de hacerte volver a España por cualquier medio.

— Para hacerme fusilar?

—Tal vez. Pero eso no me concierne, yo soy comunista y ejecuto las órdenes de mi partido.

Después de esta frase, quedamos cara a cara en un mutismo absoluto. Sentía que la cólera que tenía personalmente contra Heusler había desaparecido. No tenía ante mí un hombre sino una rueda de una máquina. Hubiese sido igual que enfadarse contra una prensa que hubiese estado a punto de aplastarnos.  Protestar!  Gritar!  Para qué? Era inútil.

Sal , pues, de la "Cit  Paradis" con el convencimiento de que es ocioso e inútil descubrir a los dirigentes comunistas sus propias taras, y que si quería hacer obra útil tenía que dirigirme al pueblo por entero. Y aquella mañana, tom  la firme resolución de escribir un libro en donde dijese la verdad, sin disfraz, sin odio, pero también sin lagunas, sobre la vida en las Brigadas Internacionales.

Y de este modo, romp  la consigna del silencio.

NICK GILLAIN

El Mercenario

Me enrolo

en una

BRIGADA

INTERNACIONAL

Si alguien me preguntara por qué parti para España, yo le respondería que fué: primero, por espíritu de aventura, y después, un poco asimismo por aburrimiento en este otoño lluvioso de 1936, aburrimiento de ver siempre el mar gris y el cielo cargado de nubes. Y si, a continuación, alguno me preguntara por qué elegí el partido de los rojos, le respondería sincera y simplemente que fué por azar.

Por aquel entonces estaba yo en Ostende, donde me aburría hasta la desesperación. Tenía deseo de hacer alguna cosa fuera de lo normal y decidí, por tanto, irme a España. En principio, la cosa no fué fácil, porque ya regía el acuerdo relativo a la No Intervención y a lo largo de la frontera belga ejercíase una vigilancia muy activa, para impedir la marcha de los voluntarios deseosos de irse al otro lado de los Pirineos. ¿Cómo burlar esa vigilancia? No había más que una solución: atravesar la frontera con los obreros fronterizos; es decir, con aquellos obreros belgas que van diariamente a trabajar en Francia. De Ostende, marché a Iprés, en autobús, y después, a pie, eché a andar carretera adelante bajo la lluvia. Caminaba a buen paso. Y estaba a punto de obscurecer cuando mi aventura corrió el peligro de quedarse inédita. Acababa de atravesar un pueblo bastante grande, cuando a la salida una bicicleta se detuvo junto a mí, un gendarme echó pie a tierra y me preguntó: --Y bien, muchacho, ¿a dónde se camina? Hace media hora que le voy siguiendo y no consigo descubrir qué es lo que busca usted por aquí.

El gendarme hablaba un gracioso francés con acento flamenco, pero por gracioso que fuera su lenguaje, a mí no me divertía, porque la intervención de aquel hombre anunciaba el fin de mi aventura. De momento, no se me ocurrió cómo engañarle. En mi bolsillo llevaba el mapa de España... Temí que me registrara. Mis explicaciones, confusas, no tuvieron la suerte de tranquilizar a aquel

Argos y me ordenó que le siguiese al puesto de policía. Continuaba lloviendo. Ibamos hacia un pueblecillo, la torre de cuya iglesia apuntaba próxima en el horizonte. Mientras andábamos, el gendarme continuaba su interrogatorio, respondiéndole yo con monosílabos. Estaba furioso contra mí mismo y anticipadamente avergonzado de las carcajadas con que mis amigos acogerían mi rápido regreso a Ostende. De repente, me pasó por la imaginación un truco de película y decidí huir. Aprovechando un segundo en que se distrajo mi guardián mirando hacia una casa, eché rápidamente por en medio de un campo de remolacha y fácilmente cogí la delantera a mi guardián, que, como buen gendarme belga, era terriblemente voluminoso y pesaba, de seguro, sus noventa kilos.

—¡Alto, alto...! — gritaba mientras yo corría a más y mejor — ¡Al ladrón, al ladrón!

Este último grito lo subrayó con un disparo de revólver al aire.

En la angustia de mi fuga, recordé que en Bélgica está prohibido por la ley, a la fuerza pública, disparar sus armas contra un hombre que huye, y le grité sin dejar de correr:

—Usted no tiene derecho a disparar sobre mí.

Esta advertencia calmó el ardor del gendarme, el cual abandonó mi persecución y, ya fácilmente, conseguí llegar hasta una granja donde pasé la noche.

Al amanecer del día siguiente, atravesé la frontera sin obstáculos.

En Lille, el cónsul de España me recibió muy cortésmente, y como, por lo visto, tuvo alguna duda sobre mis intenciones, eludió oficialmente, en su despacho, acceder a mis pretensiones, pero cuando me acompañaba por el pasillo de salida me dijo al oído en tono de compinche: ¡Vaya usted a la Casa de los Sindicatos, hombre! ¡A ver si le complacen allí!

La Casa de los Sindicatos de Lille, un antiguo convento, estaba en aquel período de huelgas, animada como un cuartel general en día de gran batalla. El camarada Dumoulin me envió al camarada Burneton.

—¿Tú quieres irte a España?

Respondí afirmativamente y tras de un breve interrogatorio, heme aquí embarcado para España con un grupo de 20 voluntarios. La cosa fué tan rápida que no me quedó tiempo ni para ir a darle las gracias al cónsul rojo.

Ya en París, se nos llevó a otra casa de Sindicatos, en la Avenue Mathurin-Moreau. En su patio sucio se agitaba una muchedumbre de voluntarios, uniendo sus aclamaciones al Frente Popular y a España con el canto de la "Carmañola", el cual se interrumpía frecuentemente para proferir toda clase de maldiciones contra la burguesía. Un gran servicio de orden funcionaba a la puerta de la Casa de los Sindicatos, tan perfecto como el que se utiliza en las recepciones de la Academia Francesa. Sin embargo, los poli-

cías se mostraban muy discretos. No hay duda que respetaban a la letra el acuerdo de No intervención.

Aquella noche misma salimos para Perpiñán. Eramos quinientos hombres, como en el "CID", la mayoría, obreros sin trabajo y extranjeros. El viaje se hizo sin incidentes. Mientras que este grupo de hombres fracasados en la vida se precipitaban febrilmente hacia la incógnita de su destino, veíase a través de los cristales del vagón la luna, que parecía correr sobre los árboles que bordeaban una carretera vecina. Medio borrado en la noche, se adivinaba un paisaje que expresaba la dulzura del paisaje francés. El río Loira, brillaba como una cinta de plata.

En Perpiñán, las organizaciones obreras nos entregaron papeles de identidad debidamente timbrados y rebosantes de nombres españoles:

—Si te preguntan por qué no sabes español, respondes que abandonaste el país cuando estabas en la lactancia.

Precaución inútil. Nadie nos preguntó nada. La frontera se cruzó sin más formalidades que las que se exigen a los turistas para atravesar el Principado de Mónaco.

De Figueras a Albacete hicimos un viaje interminable en ferrocarril, arrastrados por una locomotora asmática. Las estaciones de tránsito estaban inundadas de hombres jóvenes con el pelo muy brillante, que llevaban colgados de la cintura revólvers de un calibre impresionante. Si el frente vacilaba, la retaguardia, por el contrario, estaba bien guardada. Cuanto más voluminosa era el arma, más presumía su propietario, dándose el aire importante de un burro cargado de reliquias. Un ingenio de los nuestros preguntó por qué toda esta gente no estaba en la línea de fuego. La pregunta no tuvo contestación.

En mi vagón éramos ocho belgas: un ex sastre, un gigante de dos metros de alto y ancho en proporción, un ex sargento ciclista con el cráneo hundido por un accidente y algunos obreros sin trabajo de la región de Charleroi. Al cabo de media hora de viaje, los ocho belgas estábamos ya reñidos unos con otros. Cada uno de mis vecinos tenía opiniones claramente definidas sobre el papel que íbamos a desempeñar en España: el uno, pretendía que un simple paseo a través del país impondría su pacificación inmediata; el otro, hablaba de fabricar obuses, y un tercero afirmaba que íbamos a civilizar una nación de salvajes.

Como buenos belgas, defendían sus ideas con un encarnizamiento que fatalmente debía de concluir en disputa. Sin embargo, concluyeron por cambiar de opinión cuando vieron que los campos estaban cultivados, que en la estación de Barcelona sacaban a los heridos de trenes y que en lugar de irse parando por el camino a su antojo, el convoy recibió orden de acelerar la marcha. Circulaba ya el rumor de que los internacionales luchaban en Madrid y de que habían sufrido enormes pérdidas. Pero lo que concluyó por poner de acuerdo a todos mis compañeros fué su común hostilidad hacia mí por mi obstinación en no participar en sus

Nick Gillain

disputas. Por primera y no por última vez, ¡ay!, la frase “cochino burgués” subió a sus labios desdeñosos.

Entretanto, el tren continuaba poco a poco su camino. Los voluntarios acabaron por darse cuenta de que nunca se detenía en una estación importante y se pusieron furiosos. A la hora de las comidas, el convoy se inmovilizaba siempre en una estación desierta, lejos de las poblaciones. Para los fanáticos, ésto constituía la pérdida de una hermosa ocasión de presumir de “bravos” y se lamentaban, de no poder cantar la “Internacional” más que delante de las narices de algunos catetos aburridos o de ferroviarios indiferentes. En Valencia, no pudiendo resistir más, enviaron una delegación al jefe político del convoy, exigiéndole que se organizara un desfile por las calles de la ciudad con banderas rojas y cantos apropiados.

Una negativa cortés, pero firme, fué la respuesta de las autoridades españolas y en seguida todos los “responsables” que viajaban en el tren se creyeron en el deber de explicarnos lo razonable de aquella actitud. Hablaron de la No intervención, de la necesidad de ocultar los movimientos de tropas y de otra porción de tonterías. Pero lo que se guardaron bien de decir, es que el espectáculo de 2.000 hombres sucios, harapientos, supurando miseria, hubiese sido de un efecto deplorable para la población civil y habría confirmado de visu los rumores que corrían, según los cuales, los internacionales no eran más que una banda de vagabundos venidos a España para buscarse aquí el pan... y el resto. Y era ese “resto” lo que atormentaba a los descontentos. Antes de salir para España, se les había hinchado la cabeza a los voluntarios en las células comunistas, donde los “pequeños camaradas” les habían predicho una recepción gloriosa en España: cantos, músicas, multitudes entusiastas, ancianos bendiciéndoles, niños implorando venganza para sus padres asesinados... Las mujeres, les abrazarían exhortándoles a combatir. Un cuento de hadas.

Y en lugar de eso, a través de la rica Cataluña y de la fértil llanura de Valencia, no veían más que caras hostiles. Y había que ver cómo se asombraban de ésto mis ingenuos compañeros de viaje.

Pacientemente, los “responsables” recomenzaron sus explicaciones. Les oí decir, que los catalanes no eran verdaderos españoles y que allí mandaban en dueños los anarquistas. Dijeron también, que los anarquistas, aun siendo del Frente Popular, eran enemigos natos de los comunistas y que más tarde, tras de la victoria, habría que arreglarles las cuentas. En cuanto a los pobladores de Valencia y de los alrededores, nuestros jefes, al juzgarles, usaban fórmulas más brutales. Los denunciaban como fascistas y calmaban la inquietud de los viajeros asegurándoles que este centro de rebeldía en la retaguardia, estaba completamente controlado por la policía, que a diario, expurgaba en sacas terribles las filas faciosas.

En lo que concierne a las mujeres, las explicaciones de los “responsables”, se embrollaron un poco. Se quiso persuadir a los vo-

luntarios, de que todas las solteras, todas las casadas e incluso las niñas de pecho, eran Frente Popular cien por cien, que sentían un amor sin límites por los bravos internacionales que habían abandonado todo, familia, situación, distracciones—sobre todo, distracciones—para defender el frente de la Libertad. Por inverosímil que parezca, los voluntarios se convencieron y, a partir de este momento, cuando aparecía una mujer, la enviaban besos con la mano, trataban de “cochino anarquista” a todo civil que llevaba ostensiblemente un revólver, y mandaban a la horca, por ahora sólo verbalmente, a todo hombre bien vestido. Y así ocurrió esto, único en el mundo: aclamamos a un agente de policía, y el modesto funcionario se sorprendió tanto del homenaje, que se olvidó de saludarnos levantando el puño.



Albacete...
Un caos donde cada "internacional" ingería 25 litros diarios de vino

Mis peores recuerdos datan de Albacete. Imagináos una ciudad sin carácter, en una gran llanura desnuda, invadida por una multitud de 10.000 milicianos. Seis meses de revolución han sembrado por todas partes, la ruina y el desorden. Y a pesar de todo, no tendréis idea exacta de lo que era Albacete a principios de noviembre de 1937, si no conocéis el cuartel de la Guardia Republicana ni la Plaza de Toros.

El primer edificio está situado cerca de la estación y servía de principal acuartelamiento a las brigadas internacionales en formación; el segundo, a extramuros de la ciudad, albergaba las cocinas y los comedores de estos internacionales. Diferentes por su arquitectura, los dos edificios se parecían por la suciedad y el desorden.

Nuestro convoy llegó a la estación de Albacete, por la noche, e inmediatamente se nos condujo al cuartel de la Guardia Republicana, donde nos acostamos de dos en dos en colchonetas. La aglomeración era tal, que en las minúsculas habitaciones primitivamente destinadas para cuatro personas estábamos ahora más de veinte. Sin embargo, pese a la falta de sitio, todo el piso bajo, a izquierda de la entrada, permanecía vacío. En esta serie de locales, los muros mostraban aún las salpicaduras de sangre de fusilados desconocidos. A este respecto, se contaban sombrías historias. Era evidente que allí se habían matado hombres, pero no se llegaba a un acuerdo sobre la identidad de las víctimas. La mayoría creía que se trataba de fascistas asesinados después de la toma de Albacete por los republicanos. Fuese lo que fuese, los voluntarios mostraron una repugnancia invencible a estar en aquel piso bajo y preferían aglomerarse en las alcobas desbordadas antes que dormir entre los muros de aquellas habitaciones trágicamente ensangrentadas.

Al día siguiente, se nos llevó a un campo próximo y se nos numeró e identificó, operación breve y poco complicada. Un escriba cualquiera cogió una lista y después de un llamamiento rápido, preguntó si había entre nosotros oficiales y suboficiales, cocineros, taquígrafos, mecanógrafos, artilleros, jinetes y ametralladores.

Las respuestas fueron las que debían ser; puesto que no había ningún control, no había por qué cohibirse y cada uno fué graduado, según su ambición. Cuando pienso en aquella escena me asombro de que no surgiesen más oficiales de entre nosotros y ni un solo coronel.

A mí se me designó como "responsable" de pelotón. Al concluir las tareas identificadoras, volví al cuartel a la cabeza de todos los que pretendían ser jinetes. En verdad que al decir todos exagero un poco, ya que perdí una docena de ellos en el camino, dos de los cuales no he vuelto a ver más.

El escuadrón de caballería en formación, era completamente internacional. Su capitán, Alocca, era italiano; el comisario político, Huart, era belga, como yo; el comandante del otro pelotón era francés. Los soldados rasos eran oriundos de todos los países de Europa. Había incluso un mongol ruso y un canadiense francés. Esta "macedonia" (helado de frutas diversas), se llevaba bastante bien, porque todos comulgaban en la misma santa idea de no hacer nada. Cuando había que ir al ejercicio, era una tarea sobrehumana reunir a los soldados y nunca se conseguía agrupar más de un cincuenta por ciento de la tropa.

Esta lamentable situación tenía tres causas. Primero, no había ni caballos, ni armas, lo que había que no se tomasen en serio unas maniobras en las que todo era supuesto: el enemigo, nuestras monturas, nuestros fusiles... En segundo lugar, la incuria de nuestro servicio de avituallamiento era inconcebible. Todos los días eran llevados hombres a los refectorios de la célebre Plaza de Toros, a las 11'45, no sirviéndoseles la comida hasta las cuatro de la tarde... Y, claro está, hartos de esperar, la mayor parte de los jinetes se desbandaban para ir a comer a la ciudad. Recuerdo el día en que yo regresé solo al cuartel porque todo mi pelotón se había volatizado.

Por último, un enfermo era considerado como tabú. Poco importaba, a los que se habían hecho el muerto por la mañana, salir por la tarde a la ciudad y emborracharse. Contra este estado de cosas, nadie podía hacer nada. Ni los médicos, ni los oficiales..., pues no en vano los periódicos comunistas habían denunciado, durante largos años, las "salvajes inhumanidades" del servicio de sanidad del ejército "burgués".

Pero el verdadero mal del que sufría este ejército proletario era el de ser un Ejército político. Político por sus orígenes, político por su finalidad, político por su espíritu. Y por ello es por lo que, en lugar de actuar, se hablaba allí sin tregua.

Yo había reflexionado mucho durante mi viaje. Repasaba mis recuerdos de la experiencia rusa. Recordaba que, si el ejército

rojo había vencido, fué gracias a los 40.000 oficiales del antiguo Ejército, reclutados por Trotsky. Desde el primer día, me había presentado yo como un técnico, apolítico por principio, que ponía a la disposición del gobierno republicano sus conocimientos militares.

El asombro fué grande en todo el cuartel, cuando hice públicamente esta sorprendente profesión de fe. La reacción de la tropa me fué francamente hostil; pero en las altas esferas pareció que agradaba tal franqueza.

Pronto tuve la prueba. Fui propuesto para tomar el mando de la División militar que se había decidido organizar. Inútil decir que decliné este ofrecimiento, aunque era tan lisonjero. Aún hoy, me pregunto por qué se dirigieron a mí para ese puesto de confianza. ¿Porque se me sabía disciplinado y duro, hacia los otros como lo era conmigo mismo? ¿O, simplemente, para sondearme? Lo ignoro; pero lo que sé, es que, puestos al corriente de esta gestión, por una indiscreción, mis jinetes votaron en la primera reunión política, una moción aprobando mi negativa.

Nuestro Ejército político, estaba basado en dos ideas directrices; una, que la disciplina era libre; otra, que los jefes militares estaban duplicados en todas las escalas de la jerarquía por los comisarios políticos, y sus actos intervenidos en las reuniones políticas. Todo esto, en teoría, claro está. Los promotores, desde el principio, advirtieron que era imposible crear una fuerza armada sobre bases tan inestables. Pero, para el simple voluntario, estos dogmas eran infalibles, y en los mítines monstruo que los animadores de las brigadas organizaban para ellos, no dejaban de subrayar los encantos de un Ejército en que los soldados podían decir a un oficial, que no le querían porque era un mal camarada. ¡Como si un oficial digno de tal nombre pudiera ser verdadero camarada de un verdadero soldado!

Este vicio de hipocresía era la enfermedad que grangrenaba todo el organismo. Una mañana, el diputado Marty vino a decir a mis jinetes que en un Ejército nuevo eran necesarios cuadros nuevos, y que los oficiales que no supiesen adaptarse a este régimen serían eliminados. La misma noche, en la reunión de los cuadros, tomó groseramente partido por los oficiales, y terminó su discurso prometiendo destituir a los que, de grado o por fuerza, no impusieran la disciplina.

* * *

A principios de diciembre de 1937, el escuadrón recibió sus primeros caballos. Eran pobres matalones que la 5ª División había abandonado en Chinchilla. Cinco milicianos habían cuidado de ellos en tal forma, que llegaron a nosotros en un estado lamentable. Sin embargo, tal como eran, todavía resultaban demasiado fogosos para mis jinetes, cuya mayor parte tenían más de 35 años y habían olvidado completamente las reglas de la equitación.

Algunos días más tarde, la Base de movilización de Caballería,

Nick Gillain

fué trasladada a La Roda. Los efectivos en hombres y caballos, habían acrecido notablemente y se formó con ellos un escuadrón de cuatro pelotones. Un francés y un suizo fueron promovidos a oficiales.

En La Roda, la vida se organizó menos mal. Se empezó por montar a caballo; pero en mi primera salida con el pelotón logré desenmascarar a una buena docena de gandules que no sabían ni siquiera lo que era una brida. Lo peor era que ninguno de mis hombres quería cuidar de su caballo. Y el gran drama cotidiano era la batalla para que se diese de beber a los caballos y para que se les dedicase aunque sólo fuese media hora de limpieza.

La mayor parte del tiempo, la pasaban los voluntarios en el cabaret. Se logró su cierre durante las horas de servicio, pero como las tabernas clandestinas continuaron despachando bebidas, el resultado no se hizo esperar. Lo contrario hubiera sido extraño. Los internacionales recibían una soldada que les permitía beber 25 litros de vino a diario, y como lo tenían todo pagado, no encontraban ocasión de gastar lo que ganaban.

Los oficiales se reunían por la noche en "república". Esto había sido impuesto por el comandante Vidal, que mandaba la Base de Albacete, a pesar del descontento que produjo, expresado violentamente por los voluntarios. Pero era un medio comodísimo de que el comisario político vigilase a los oficiales.

Un día, hablábamos de los medios de distraer a los voluntarios a fin de sustraerlos de la tentación de los cafés; propuse organizar un gran festival con números de canto y baile, seguido de un baile general. El comisario Huart dejó que yo detallara mi plan en atento silencio. Cuando acabé, le pedí su autorización, pero su negativa fué tan rotunda como inesperada. Como le apremiásemos para que explicase su veto, Huart acabó por decir que él no prohibía más que el baile, porque lo consideraba inmoral en razón de lo escandalosos que son los bailes modernos...

El colmo fué, que un año más tarde, cuando este mismo Huart fué relevado de sus funciones de comisario político, yo lo admití por compasión en mi escuadrón, como cartero. Pero no pudo cumplir este servicio porque sufría una enfermedad...



Historia breve de la 14 Brigada, famosa por sus jefes verdugos y sus fechorías

La 14 brigada internacional, fué formada un poco antes de Navidad con un efectivo de cuatro batallones de cerca de 700 hombres cada uno. Se la dotó de una batería de 115, modelo Vickers, de medio escuadrón de caballería con dos pelotones y los servicios consiguientes.

El comandante de la brigada era un antiguo profesor de la Academia Militar de Moscú, el general Walter; su comisario político, el camarada Heusler, miembro del partido comunista de París; el jefe de E. M. un italiano oriundo de Trieste, el comandante Morandi. La batería estaba mandada por el capitán Agar, francés. El jefe del medio escuadrón, era de la misma nacionalidad y respondía al nombre de Dallier.

Esta brigada, verdaderamente internacional por sus efectivos, lo era también por su armamento y su equipo. Los fusiles eran austriacos; los fusiles ametralladores, franceses; las ametralladoras, americanas. Nuestros uniformes eran los del Ejército francés y el calzado de fabricación rusa.

Formada así, la 14 brigada fué llevada al frente de Andalucía por ferrocarril. El desembarque, se hizo en Aranjuez, donde un batallón, el 92, fué enviado en el acto a la línea de fuego.

Era la víspera de Navidad, con tiempo frío; cada uno reclamó el honor de tomar parte en el ataque y una vez que el 92 batallón recibió la orden, la ejecutó con valor. Franqueó el Guadalquivir en Villa del Río y se estableció en las alturas ante la ciudad de Montoro. El contacto fué brutal. Lanzado en flecha, el batallón manióbró rápidamente sobre sus dos alas. De repente, el pánico se apoderó de los nuestros, que, en lugar de intentar forzar el paso del río por los puentes, se metieron en las marismas e intentaron pasarlo por

Nick Gillain

su cauce, que había crecido enormemente a consecuencia de las lluvias. Bien pocos lo consiguieron, y por la noche, el batallón quedó vencido, evaporado como una gota de agua al caer sobre un hierro al rojo.

Al día siguiente, el resto de la brigada fué llevado ante Lopera. Dos días después se lanzó al ataque. El fracaso fué sangriento. Pues la guerra no se improvisa: al reunir a hombres llegados de las cuatro partes del mundo, cualquiera que sean su valor y su audacia, se forma una masa, pero no un Ejército. La formación militar exige tiempo. La aptitud guerrera que lleva a la victoria, no se obtiene sino a fuerza de paciencia.

Los jefes obraron según su temperamento, y los ejecutantes, de diecinueve nacionalidades distintas, siguieron su inspiración, que era diferente en cada uno.

Desde luego, el terreno del ataque, había sido mal escogido. Era un estrecho desfiladero, entre dos alturas, frente a un cerro desnudo, sobre el cual se alzaba el antiguo castillo de Lopera, en el que se habían instalado los nacionales. Cogida bajo el fuego de los cañones nacionales, ametrallada de frente y desbordada por los flancos, asaltada por la aviación que descargaba a placer sobre ella, fué milagroso que la brigada no quedase completamente aniquilada.

Pero si el fracaso fué evidente, no lo fué por falta de valor, sobre todo, de ciertas unidades. El 13 batallón, a las órdenes del comandante Putz, estoicamente, bajo el fuego adverso, y en cada instante que juzgaba favorable, desencadenaba nuevos ataques, que se estrellaban en un río de sangre. La compañía inglesa, del capitán Nathan, se mostró la más heroica: por cinco veces se lanzó al ataque, arma al brazo sin ceder. Cinco veces fué rechazada hasta sus posiciones de partida, sin dejarse arrastrar por los contraataques enemigos, aunque sus pérdidas la hubiesen reducido a un puñado de veinticinco hombres.

Llegada la noche, 800 cadáveres había bajo los olivos. Más de quinientos habían abandonado sus puestos de combate. El frente sólo se había sostenido por los más valientes, que combatían sin esperanza, con una resignación feroz.

Entonces, en la obscuridad, empezó la caza del hombre. El comisario político, Heusler, en un automóvil blindado, tomó la iniciativa y el mando; la caballería batía los matorrales y procedía a la detención de los fugitivos.

La noche cubrió con sus sombras esta siniestra caza furtiva. Y, naturalmente, se creyó en una traición. En la guerra, la traición ha sido inventada para permitir al vencido atenuar sus propias faltas. La traición lo explica todo, lo arregla todo. ¿Sobre quién descargaría el rayo? Fué el médico de la brigada—un judío polaco llamado Dubois, a quien el partido comunista hizo en París, bajo su verdadero nombre, imponentes funerales—quien designó al culpable: el comandante Delesalle. La detención de este presunto traidor fué el 29 de diciembre. El 2 de enero de 1937, el Tribunal Militar se reunió en la escuela de Arjonilla y deliberó. Tres días

fueron suficientes para llevar a término las investigaciones y escuchar, según parece, a todos los testigos, los de Valencia, los de Madrid y hasta los de Barcelona.

Expresamente, había llegado de Albacete el espíritu maléfico de las brigadas, el diputado de París, Marty. Era portador de un voluminoso expediente que sometió al Tribunal. Pero si el expediente era imponente por su volumen, se hallaba completamente virgen, pues en él no había escrita ni una sola letra. Además, el abogado de oficio a quien se encomendó la defensa del comandante Delesalle no fué autorizado para consultarlo.

Bajo la presidencia del teniente coronel Putz, promovido a este grado por su conducta en el combate, el Consejo de Guerra se reunió a las 9'30 de la mañana ante un auditorio de soldados en delegación, por orden superior, para asistir al juicio.

Este fué dramático. Ante sus jueces emocionados, el comandante Delesalle, durante los primeros minutos, se hallaba totalmente postrado. Pero, cuando oyó la palabra traición, el acusado se lanzó hacia adelante, espumeándole de cólera los labios. Los guardias le sujetaron y tuvieron que entablar una larga lucha para obligarle a permanecer sentado.

En condiciones tan desiguales empezó la defensa. Sobre todo, cuando el inspirador y realizador de las brigadas, Marty, fué en persona a acusarle, haciendo afirmaciones perentorias y tajantes que nadie osó contradecir.

Ante tales afirmaciones, el desgraciado acusado, perlada de sudor la frente, se debatía y proclamaba su inocencia. El momento terrible fué cuando el presidente del Tribunal leyó la sentencia. Apenas terminó con la palabra "fusilado", cuando Delesalle, volviéndose hacia Marty, gritó:

—¡Marty, Marty, mientes, tú sabes que mientes! ¿Por qué me condenas a morir?

Después, cuando el diputado por París se escabullía por una puerta, alzando despectivamente los hombros, el condenado se volvió hacia el teniente coronel Putz, exclamando:

—¡Putz! ¡sálvame! ¡Tú no puedes dejar que se haga una cosa semejante! ¡Tú sabes que soy inocente!

Los guardias arrastraron fuera de la sala al procesado, que se obstinaba todavía en justificarse. Sonaron dos o tres tiros. Después, un hombre volvió a la sala y dejó sobre la mesa del Tribunal un reloj y algunas monedas...

La justicia revolucionaria estaba hecha.

* * *

Algunos meses más tarde, tuve ocasión de hablar del comandante Delesalle con el coronel Putz. En aquella época, éste había ascendido un grado más y era jefe adjunto de una División. El coronel se expresó con reticencias que no me impidieron comprender que Delesalle había sido ejecutado no por traición, sino por concomitancias con los anarquistas catalanes. Pues, como los inter-

nacionales, feroces individualistas, se sentían más cerca de los anarquistas que de los comunistas, había el riesgo de que se pasaran con armas y bagajes a las brigadas de la F.A.I.

Por eso, se aprovechó el fracaso del combate de Lopera para sajar el absceso, fusilando a aquel a quien se suponía el principal instigador de esas inclinaciones.

—Entonces—exclamé yo—, como los anarquistas forman parte del Frente Popular, Delesalle no ha sido traidor.

El coronel Putz no respondió, y, tras un corto silencio, reanudamos la conversación con otro tema.



**El terrible
bautismo de
fuego que reci-
bieron en And-
lucía las huestes
de Marty**

En el frente de Andalucía, el escuadrón tuvo que cumplir numerosas misiones de reconocimiento. La primera patrulla fué enviada hacia Lopera, a donde llegó sin dificultad. Se puede reprochar al mando que no hiciera ocupar esta importante posición, por faltarnos la cual, dos días después tuvo que entablar un sangriento combate para intentar recuperarla.

La segunda patrulla, tuvo por objetivo Villa del Río y recibió la orden de no regresar sino después de conseguir ese pueblo.

Para apoyar su acción se la había dotado de un automóvil blindado. La operación fué extremadamente penosa, pues los hombres tendían a agruparse y los flanqueadores de ambos lados se quedaban demasiado a retaguardia. En general, los voluntarios, demasiado entrados en años la mayor parte, no tenían empuje.

La progresión se hizo en una distancia de doce kilómetros sin que se pudiese advertir la presencia del enemigo. Nos encontrábamos ya a las puertas de la ciudad y todavía no habíamos disparado un tiro. De repente, la situación se presentó peligrosa. A la derecha y a retaguardia, se oyó violento cañoneo. A la derecha, al otro lado del Guadalquivir, se veía a simple vista el combate que se estaba librando entre las dos infanterías. Mientras tanto, la ciudad parecía vacía.

Yo había recibido la orden de no batirme en retirada, sino después de haber combatido. No ignoraba que una infantería aguerida, debe dejar aproximar a los elementos de caballería hasta corta distancia, y que entonces es cuando tiene todas las probabilidades de combatirlos y destruirlos. ¿Qué debía hacer yo? ¿Entrar en la ciudad? Eso era suicida. ¿Recular? Era deshonrarme.

Tuve una brusca inspiración en el momento en que mis jinetes, inquietos por el aspecto que tomaban las cosas, comenzaban a exigir

que se hiciera el repliegue hacia nuestras líneas. Mandé hacer fuego al automóvil blindado sobre las dos granjas que flanqueaban la carretera.

La respuesta fué inmediata: una nube de balas vino a caer alrededor de nosotros, levantando gran polvareda. Bien pronto el automóvil blindado, que caminaba a intervalos, desapareció a toda velocidad tras de un accidente del terreno. Presa de un brusco pánico, los jinetes dieron media vuelta y salieron al galope.

En esto, observé que tres caballos pasaban delante de mí sin jinetes. Inmediatamente me dirigí hacia el lugar donde creía encontrar cadáveres o heridos. Pero no hallé más que tres hombres desmontados por los caballos espantados y que, corriendo, intentaban reunirse a sus compañeros.

Este primer combate, que me había mostrado la cobardía de unos, me hizo descubrir también el valor de otros. Me había echado a tierra y me hallaba entre los rezagados, cuando advertí que el automóvil blindado venía hacia nosotros. En uno de sus estribos se veía a Godefroid, quien, apuntando con su fusil al conductor, le obligaba a ir a buscar a los desmontados. Algunos minutos más tarde, bajo un fuego cada vez más violento, el brigadier Guillaume traía a sus jinetes los tres caballos que se habían escapado.

* * *

Los reconocimientos que hicimos después estuvieron mejor ejecutados. Los dos últimos, que tuvieron como objetivo Forcuna, fueron cumplidos. Ibamos acompañados de dos o tres autos blindados. Se avanzaba lentamente, inspeccionando el terreno con la mayor atención, pues teníamos enfrente al enemigo. Nada tan enervante como estos minutos de espera, cuando se sabe que el enemigo está allí muy cerca, oculto en la oscuridad. Por las noches, el paisaje de Andalucía es de una uniformidad realmente diabólica. Por todas partes, interminables filas de olivos y molinos de aceite de blancas paredes que se destacan a la luz clara de la luna. Los jinetes parecen puntitos negros que tan pronto se desplazan o se inmovilizan, siguiendo las reglas de un juego complicado. Sus saltos se diría que son de cuadrilla o de carrousel. Al avanzar, y pese a uno mismo, se cuentan los metros y los minutos: 100 metros todavía, todavía 100 metros. En el mapa, este sendero se encuentra a 1.200 metros de la línea en que se presume que está el enemigo: ¡Cien metros todavía...! ¿Podrá uno llegar? El corazón late apresurado. Angustia, loco deseo de que la lucha se desencadene... Puesto que hay que acabar por luchar, ¿por qué no ahora mismo? Los segundos se suman a los segundos, los minutos a los minutos. Este nudo en la garganta, esa especie de bola, ¿eso es el miedo? La espera se hace insopor- table. Se quisiera romper aquel silencio con un grito o con un disparo. En fin, cuando la primera bala pasa silbando por encima de la cabeza, nos invade una enorme alegría. El destino se va a cumplir. Desde que suena este primer disparo, se aligera el trote, después se pasa al galope de carga. Se intenta, siempre en vano, desde

fuego, sorprender los pequeños puestos y hacer algún prisionero vivo. Pero bien pronto, bajo el fuego cada vez más violento, es necesario retroceder. De un pequeño olivar surge una línea de tiradores que nos rechazan con sus disparos cada vez más certeros. Algunos hombres resultan heridos, unos caballos caen al suelo. Un silbido es la señal de retirada: el pitido se oye con una sonoridad alta que se prolonga y se pierde. La retirada se hace con febril alegría. Algunos, los más valerosos, se detienen cara al enemigo para hacer un disparo que no puede hacer blanco.

Resuena el cañón y los que llegan se van concentrando en la carretera, hasta la que saltan las enormes columnas de tierra seca pulverizadas por la explosión. Un avión nacionalista, que reconocemos por las barras negras que estrian sus alas, vuela sobre nosotros para apreciar la amplitud de nuestro movimiento.

Poco después, llegamos a la línea de nuestra vanguardia. Allí nos espera un nuevo peligro y nada pequeño: nuestra infantería nos ametralla copiosamente, confundiéndonos con la caballería enemiga.

He aquí, según la vieja fórmula, la guerra fresca y alegre, que nos embriaga como un vino fuerte. Cuando se regresa al lugar de partida, todo el mundo charla por los codos y se felicita como si hubiese alcanzado un éxito.

Durante estas primeras patrullas, pude observar que, en general, el cuarenta por ciento de los hombres se mostraban valerosos; el resto no eran más que unos cobardes. Resolví, pues, no hacer trabajar más que a los primeros, y a los otros los dejé a la retaguardia, en reserva.

Una mañana, cuando regresaba a la retaguardia, al galope, perseguido por las balas, vi un caballo que ramoneaba en un herboral problemático, junto a un foso. Creí que sería el caballo de algún soldado muerto. Cuando llegué cerca del animal, tuve la sorpresa de descubrir a un voluntario agazapado en el foso, con el rostro lívido y temblándole, de miedo, las piernas.

—¿Qué haces ahí?—le dije con severidad.

Entonces, para mayor hilaridad, el pobre hombre, con aire despectivo, señaló al caballo y me respondió:

—No soy yo quien tiene miedo, mi teniente; es este penco, que no quiere andar.

La frase hizo fortuna en la brigada. Cuando se hacía burla de alguien, no se decía que era él quien tenía miedo, sino su caballo.

Si a caballo los voluntarios trabajaban con buen deseo, mostraban una repulsión invencible a combatir a pie. La noche del desastre de Lopera, me costó enorme trabajo reunir a una treintena de hombres para reforzar el 13 batallón, que sufría todo el peso de la reacción de las tropas nacionalistas.

Sin embargo, el escuadrón no mejoraba en dos aspectos: continuaba descuidando a los caballos y seguía abusando de las reuniones políticas, durante las cuales se planteaban las cuestiones más ridículas.

Nick Gillain

Empero, a la larga, tuve la alegría de observar que se formaba un plantel de hombres que empezaban a estimarme y que no toleraban que se me hablase de manera mortificante. Y el escuadrón comenzó a asombrarse de que su comandante encontrase todos los días pretextos para no ir a la línea de fuego y de que el suboficial Schol tuviese por costumbre quedarse de centinela con el fusil ametrallador, mientras que enviaba delante a su herrador.

Pero cuando las críticas se hacían más vivas y más justificadas era a propósito del furriel y de los rancheros. Estos, parecían realmente juguetes de un sortilegio. Ya se les escogiese sobrios como camellos o borrachos impenitentes, el resultado era el mismo: ellos festejaban tan a conciencia su designación, que al regreso de la patrulla los encontrábamos borrachos perdidos alrededor de las cacerolas, donde se enfriaba un rancho quemado.

En veinticuatro días, el escuadrón tuvo seis furrieles y más de diez cocineros. El más asombroso fué el viejo Guillermo, quien, antes de entrar en funciones, nos había prometido no volver a beber y alimentarnos convenientemente. Hizo una colecta que tenía por finalidad mejorar la comida ordinaria. Todo el mundo contribuyó con la mitad de su soldada y el nuevo furriel marchó a Andújar con objeto de hacer allí sus compras. Pero, llegada la noche, una ambulancia nos trajo a un Guillermo a quien fué preciso atar, tan grande era su borrachera. Le dejamos reposar el vino. Al día siguiente, en reunión política, nos confesó que había perdido el dinero que se le confió. Los voluntarios le escucharon con un silencio de muerte, y yo temía ya que le administrasen una buena paliza, cuando un motociclista del E. M. trajo su bolsillo. La suma estaba en él intacta y Guillermo pudo abandonar la reunión con la cabeza alta.

Desde entonces guardó rencor a sus camaradas, y cada vez que se emborrachaba—lo que ocurría casi todos los días—repetía que era víctima de un error judicial. Yo le recuerdo sentado en una artesa de la cuadra, gesticulando con sus largos brazos y su barbilla de macho cabrio que alargaba cómicamente su faz:

—¡Montón de estiércol!—gruñía—Habéis osado confundir al viejo Guillermo con un ladrón. Si coméis... basura, es lo que merecéis.



Descubrimiento de Madrid por los "internacionales" harapientos, ansiosos de pillaje

Al comienzo del 37, en tanto que el frente se estabilizaba a las puertas de Madrid, la ciudad vivía una vida tumultuosa.

En la Puerta del Sol, donde había numerosos edificios desventrados, los cafés rebo-saban milicianos. Eran mozallones de piel sombría, ojos lucientes, palabra ruidosa e indumentaria descuidada. Las riñas se sucedían, bruscas y terribles. Por un sí o un no, los cuchillos salían a relucir y las pistolas automáticas chasqueaban con ruido seco. Se escuchaba el canto nostálgico de una guitarra a cuyo son se quejaba un andaluz coreado por los olés y el ruido de las conversaciones, que alcanzaban un diapasón ensordecedor.

Para demostrar mejor que los milicianos de un Ejército revolucionario no deben ser confundidos con los de un Ejército regular, los gubernamentales se mostraban en los lugares públicos despechugados, llevando en su tocado o en sus mangas las numerosas insignias de sus partidos. Y los dinamiteros, los verdaderos y los que querían hacerse pasar por tales, llevaban cruzadas por el pecho mechas de yesca de muchos metros de largo.

En torno a estos soldados gravitaba todo un mundo que los explotaba. Había, primero, una muchedumbre de prostitutas, en general feas y sin encantos, que se hacían pagar mucho más caras que una hetaira de lujo. Mercaderes de todas clases, vendedores de encendedores, de alhajas de pacotilla, de productos higiénicos...

Y, a más, los mendigos, los que lo eran abiertamente y por su propia cuenta y los que mendigaban con la etiqueta del Estado. Estos últimos eran los más numerosos. Uniformadas de enfermeras de la Cruz Roja, vestidas de blanco, numerosas mujeres iban de mesa en mesa y os ofrecían ya sellos del Socorro Rojo, bien listas de suscripción para reconstruir el "Konsomol".

Apenas se había uno desembarazado de una peticionaria entregándole algunas pesetas, cuando otra venía a importunarlos. Ponían tal insistencia, tanto mimo, tanta gentileza, algunas veces, que un internacional dejaba en sus manos, de uñas de manicura, la mitad de su peculio. A menudo, muchas aventuras han comenzado por un óbolo deslizado en una hucha.

Pero lo que daba su nota especial a esta vida febril era la proximidad del frente. Todos aquellos soldados que bajaban de la línea de fuego en tranvía, todos aquellos hombres que venían de afrontar la muerte, se arrojaban sobre la ciudad como bestias sobreexcitadas.

Con sus cantidades de dinero, no muy considerables, pero que ellos no habían poseído hasta entonces, querían gozar de la vida rápidamente, intensamente. Y la cálida sangre española hacía lo restante. Todo eran gritos, cánticos y emparejamientos. Y cuando caía la noche y llegaba la hora del toque de silencio, Madrid se hundía en una obscuridad profunda, en la que sólo los faros de los autos proyectaban sus resplandores.

Entonces, muy cerca, la guerra dejaba oír su voz. Resonaba un disparo, otro después; luego, una ráfaga de ametralladora, un mortero; algunos estallidos de granadas. Si esto no era más que una falsa alarma, el silencio caía otra vez sobre Madrid soñoliento.

* * *

Mi escuadrón atravesó la ciudad, viniendo de Andalucía, y fué acogido por las masas con entusiasmo. Yo había precedido a mis jinetes unas tres horas, y en el Puente de Vallecas me había arreglado con un cafetero a fin de proporcionar a mis hombres un almuerzo caliente. Siguiendo el horario que había establecido, a las ocho en punto debía encontrar al escuadrón que llegaba por la carretera de Valencia-Arganda. A las diez, ya estaba yo en acecho y no veía venir a nadie. De natural un poco impaciente, estaba paseando alrededor de un puesto de guardia establecido en la acera. Me dominaba una cólera loca, cuando, a las doce largas, apareció, por fin, la cabeza del escuadrón.

Por la cara del teniente Dallier comprendí que habían ocurrido nuevos incidentes durante mi ausencia. Nuevos y siempre los mismos. Los hombres se habían emborrachado de tal manera que, aunque despiertos a las cinco, no habían salido de Arganda hasta las ocho y venían tan borrachos, que la etapa tuvo que ser cubierta exclusivamente al paso. Lo cual no había impedido numerosas caídas de los que no podían ni tenerse sobre la silla.

Dejé para más tarde la explicación necesaria. Ante los milicianos que enarcaban los ojos, hubiese sido poco político gritar o castigar a alguno.

Restablecí el orden en las filas, encuadré a los más bebidos con los que mejor se portaban y poniéndome a la cabeza del escuadrón lo hice formar de a cuatro y me dirigí a la ciudad.

Pero, por sencilla que fuese esta formación, no se pudo man-

tener sola. No hablo ya de los laboriosos esfuerzos que hube de hacer para conservar la alineación y las distancias, sino de la resistencia formal de los más comunistas, que pretendían que las filas de tres eran las únicas democráticas, en tanto que las de cuatro eran burguesas e incompatibles con el espíritu de una unidad antifascista. Lo más asombroso es que el instigador de estas revueltas fué un emigrado político italiano, de un carácter muy leal, sobrio y valiente, y al cual hice más tarde oficial.

Bien que mal, conseguí aplacar esta nueva demostración de antimilitarismo y logré que entrasen en Madrid en correcta formación y bien uniformados. A nuestro paso, los milicianos y milicianas nos aclamaban. Se oyó la "Internacional" y mientras los caballos tenían que franquear una barrera humana, el grito de ¡Viva Rusia! retumbó en el ambiente.

La equivocación nos pareció divertida. Había entre nosotros dos o tres rusos, aunque, desde luego, rusos blancos. A la larga, estos ¡Viva Rusia! acabaron por calentar las orejas de mis muchachos.

—¿Pero es que tenemos nosotros cara de rusos? Somos franceses, belgas, polacos...

Nada de esto importaba. Para la multitud, nosotros éramos una "sotnia" de cosacos, enviada por Moscú en auxilio del Madrid rojo.

Al llegar ante el café, ordené pie a tierra. Bien pronto los hombres se dispersaron, dirigiéndose al establecimiento donde les esperaban la sopa caliente y unos platos pantagruélicos de "rata". Pero las tabernas y los mercaderes de vino recibieron numerosas visitas. Los macutos de las sillas se hincharon de botellas de vermouth y de coñac. Y como el champán de fabricación española no era caro, los más refinados hicieron de él amplia provisión.

Ya era tiempo de tomar enérgicas medidas. Hice dar el toque de llamada y ordené: "¡A caballo!" Mientras tanto, mis borrachos habían encontrado aliadas en el "Comité Antifascista Femenino" del barrio.

Como yo censurase a algunos, más lentos o más rebeldes a montar, una pareja de viragos vino hacia mí.

—Camarada teniente, tus hombres tienen hambre y frío; están cansados. Debes dejarles reposar un par de horas... Nosotras, las del Comité Femenino, vamos a arreglarnos para que las familias de la barriada reciban en cada casa dos o tres para reconfortarlos...

Comprendí la situación. Durante dos horas no volvería a ver a la cuarta parte de mis hombres, que estarían borrachos perdidos. Promoverían escándalos. Y durante este tiempo, los caballos quedarían abandonados.

No, yo no podía autorizar aquello. Pero ¿cómo parar aquel golpe, yo que ya tenía una sólida reputación de oficial burgués, sin corazón y sin entrañas?

Tuve una brusca inspiración y, llamando a un intérprete, hablé:

—Camaradas, os agradezco vuestro ofrecimiento, en nombre

se llevó nada. A la gran mayoría de los internacionales, con tal de comer bien y beber a pasto, el resto no les interesa.

En mi hotelito, poco a poco, fui abandonando la austeridad monacal que había demostrado en Andalucía. El azar me proporcionó, entre mis jinetes, a un cocinero-repostero y a un "maître de hôtel" cuyos conocimientos empleaba. Y todos los días tuve invitados a mi mesa. Recibí al comisario político de la brigada, Heusler, al coronel Putz y al jefe del E. M., Morandi. Pero mis huéspedes más asíduos fueron mis colegas de Intendencia. Todos los días venían dos o tres a cada comida. Y como no llegaban con las manos vacías, eran muy bien recibidos.

Desde el primer día había yo comprendido la manera de conducirse con los voluntarios internacionales. Desde el punto de vista militar exigía yo el máximun tolerado en este ambiente. Sabía, sin embargo, lo que era la popularidad, y para no predisponer a mis hombres en contra por mi género de vida, yo invitaba por turno, cuatro a cada comida.

Fué en Torreldones, donde se abandonó la primitiva igualdad. Los sueldos de los oficiales rebasaron con mucho los de los soldados y, además, recibieron, costeados por el Gobierno, magníficos uniformes, semejantes a los de los oficiales ingleses.

Esto fué causa de un verdadero motín. Los soldados impusieron que se celebrasen reuniones políticas para tratar la cuestión. Pero el comisario político, Heusler, no era hombre que se dejase intimidar. Hizo comprender a los más levantiscos, que en Albacete existía un magnífico campo de concentración y muy buenos calabozos. Los más levantiscos comprendieron lo que esto quería decir y se callaron al punto.

El trabajo de reorganización se vió perturbado por la proximidad de Madrid. Diariamente iban a la capital más de un centenar de hombres. Y no eran los únicos, desde luego, pues, proporcionalmente, los oficiales y los comisarios, se encontraban allí en mayor número todavía.

Era inútil multiplicar los puestos de guardia y enviar patrullas. Los hombres encontraban siempre medios de burlar la vigilancia. El caso más regocijante, se produjo con la patrulla de Caballería. Como era necesario enviar a Madrid un destacamento para detener a los desertores en los cafés, me apoderé de los revólvers de todos los oficiales y suboficiales, para dotar con ellos a la patrulla encargada de este servicio. Los que fueron a Madrid no regresaron ni al día siguiente, ni al otro.

La recuperación de mis jinetes y de mis revólvers fué larga y laboriosa.

En Torreldones, el juego adquirió una extensión considerable. Teníamos demasiado dinero y muy pocas ocasiones para gastarlo. Hubo una epidemia de póker. El más empecatado fué el coronel Putz. Como tenía poca suerte y mucha imprudencia, perdía con una regularidad matemática, lo que no le impedía seguir sonriendo.

Un día, en que estábamos reunidos cuatro para jugar a las cartas, el comisario político del 13 batallón entró en la habitación en que nos hallábamos:

—Vosotros sabéis, camaradas —nos dijo— que el juego de dinero está prohibido. Así consta en la orden del día.

—Ya lo sé —respondió imperturbable el coronel Putz—. He sido yo quien ha firmado esa orden del día, porque yo reemplazo al general Walter que se encuentra en Madrid.

—Entonces... ¿por qué juegas?

—Porque esa orden del día no entra en vigor hasta mañana... Además, no me quedan más que 300 pesetas. ¡Déjame perderlas en paz!

Y se entregó de lleno a la partida.

Nada logró que se dejase de jugar. Pero con más discreción, y los oficiales entre sí, con exclusión de los soldados.

La propietaria de la casa en que nos reuníamos, tenía seis hijos. Los cuatro mayores eran unas muchachas realmente bonitas. Amelia, Loreta, Carmen e Irene. Toda la brigada estuvo enamorada de ellas. En nuestra vida mediocre, vosotras fuisteis un rayo de poesía. Verdaderas españolas, tales como yo las he conocido en su gran mayoría: dulces, un poco coquetas, pero irreprochables...

Las cuatro hermanas no tenían ojos más que para el coronel Putz. Y no era, ciertamente, por sus estrellas. Pero es que emanaba de él una tal vitalidad y un dinamismo tal, que se sentían subyugadas por este diablo de hombre, como nosotros lo habíamos estado antes que ellas.

Por mi parte, yo me enamoré de cada una de ellas, y después de todas juntas. Más tarde, la tercera vez que pasé por Torreldones, fui recibido en su casa como amigo. Un día presentí que incluso si yo me declarase con cualquier pretexto, no se me diría que no... ¿Pero a cuál elegir? ¿Loreta, la de más edad, la belleza de la familia? ¿Carmen, la de los dulces ojos? ¿Irene, tan femenina? ¿Amelia, que era tan alegre?

No me pude decidir. Salía —gran privilegio— tan pronto con una como con otra, y jamás logré decir las palabras que me unieran a ellas.

La última vez que volví a ver a Loreta, en Madrid, pasamos toda la tarde juntos. Por la noche, yo debía marchar a la cuesta de la Reina, donde se había desencadenado un violento combate. Tuve el valor de recordar que un aventurero no debe casarse. Y me callé. No volví a ver jamás ni a Loreta, ni a Amelia, ni a Carmen, ni a Irene. Sin embargo, supe que las cuatro se habían casado el mismo día de diciembre de 1937. El banquete de boda se celebró en el Hotel Inglés y fué muy regocijado.

Fué también en Torreldones donde estalló un escándalo que esclareció el alto mando, sobre la verdadera situación del escuadrón de la 14 brigada.

A fin de elevar la moral de los voluntarios, bastante quebran-

Nick Gillain

tada, se organizó una gran fiesta, al final de la cual se distribuyeron regalos a todos los que habían sido citados en la orden del día de la brigada.

Para mí todo fué muy bien. Mi llegada al estrado y la entrega que me hicieron de un reloj fueron saludadas con aclamaciones; pero cuando el suboficial Scholl se presentó allí desencadenó una tempestad de alaridos.

—¡Ese no lo merece! ¡Cobarde, cobarde!... —gritaban todos los soldados.

El teniente Scholl intentó hacer frente al temporal. Después, por orden del comisario político Heusler, se esfumó.

Al día siguiente, se abrió una encuesta en el escuadrón. Todos declararon unánimemente que los tenientes Scholl y Dallier no habían visto jamás el fuego y que, valiéndose de pretextos, habían evitado siempre estar ni siquiera un instante en una zona de peligro.

Era necesario tomar medidas contra ellos. Una orden del ministerio de la Guerra, separó el escuadrón de la brigada y lo envió a Aranjuez para formar allí una brigada independiente de Caballería.

Antes de partir, intenté una gestión cerca del general Walter para rogarle que me conservase en su E.M. Pero me hizo comprender que yo era más útil en el escuadrón y que, de todos modos, haría lo necesario para que aquél volviese de nuevo a estar bajo sus órdenes.



**Los aviones
de Franco y su
terrible eficacia
en los combates a muerte**

En Aranjuez, no se había hecho preparativo alguno para recibir al escuadrón. El comandante del sub-sector, teniente coronel Burillo, odiaba a los internacionales y no lo ocultaba en ningún momento. Cada vez que las necesidades del servicio me obligaban a verle, la conversación tomaba un giro borrascoso: "Yo no tengo nada que ver con ustedes. Esperen órdenes y no me molesten más." Con estas palabras terminaban invariablemente nuestras cortas entrevistas.

Si esta vida estéril y ociosa agradaba a algunos, repugnaba en cambio a los que se habían agrupado alrededor de mí, pues la encontraban demasiado tranquila. En la primera reunión política se decidió que yo iría a recibir órdenes de nuestra antigua brigada, la catorce.

Necesité cuatro días para ir a Torreldones y volver. Este trayecto se hizo con numerosos rodeos, pues la carretera principal estaba cortada. La batalla del Jarama acababa de desencadenarse y los nacionalistas, con su avance, amenazaban separar Madrid del resto del territorio controlado por la República.

Desde mi llegada a Aranjuez fui a nuestros acantonamientos, que encontré vacíos, pues el escuadrón había sido desplazado, de orden superior, hacia el frente de Morata. En las cuadras no estaba más que el teniente Scholl quien, como de costumbre, se había dado de baja por enfermo, y el viejo Guillermo que tenía tres costillas rotas por haberse caído de un granero un día que estaba borracho. Ni uno ni otro sabían exactamente el lugar en que se encontraba mi unidad y tuve que ir a preguntárselo a Burillo. Su jefe de Estado Mayor me dió un itinerario cuya precisión no me pareció una obra maestra.

—Va usted al Puente Largo, después al pueblo de Titulcia, después al Pingarrón... Entre el Pingarrón y Morata encontrará usted a sus camaradas... Pero he de aconsejarle que sea prudente, pues no sabemos lo que pasa por allí.

Provisto de tan extraña dirección hice ensillar mi caballo y salí en busca de mi escuadrón. Cañoneado en Puente Largo, ametrallado en Titulcia, en este último pueblo una sección de muleteros se unió a mí; fuimos reconocidos como blanco suficiente por dos bombarderos nacionales que nos rociaron copiosamente.

Después de estos tres incidentes, cuando yo me preguntaba si era prudente continuar por esta carretera absolutamente desierta, un motociclista se detuvo junto a mí. Un teniente del escuadrón de la 15 brigada, saltó del side-card y se ofreció a conducirme hasta cerca de los míos, que sostenían el frente en una cresta, a dos kilómetros de allí. Acepté la oferta y una media hora más tarde me encontraba entre mis voluntarios, que me recibieron con un inmenso ¡hurra!

Esta cálida acogida fué para mí un gran reconfortante. Al fin veía que todo lo que yo había hecho para conquistar la estimación de mis camaradas no había sido inútil, pues ellos reconocían mi capacidad militar y presentían que tenía por ellos gran afecto.

—Ya sabíamos que volverías —me decían moliéndome las costillas con amistosos golpes— y que no nos dejarías ir al ataque sin tí.

Respondí a sus preguntas e intenté conocer exactamente la misión confiada a nuestro escuadrón y el terreno en el cual debía operar.

Supe que debíamos actuar de acuerdo con la Caballería de la 15 brigada, al mando de su jefe, el capitán Alocca, a quien yo había conocido en La Roda como responsable de la base de movilización de Caballería. En este momento, ilusionado por su valor, me consideraba dichoso de combatir a sus órdenes. El porvenir ¡ay! debía desilusionarme. Pero no lo supe hasta más tarde, cuando me enteré de que Alocca no había sido nunca oficial, ni combatiente, como él se ufana, sino modesto sastre en Lyon...

En la misma mañana, mi escuadrón fué llamado a prolongar la línea de fuego a la izquierda del dispositivo de combate de la 15 brigada. Tuve que desplegar bajo el fuego violento de las ametralladoras enemigas. Sin embargo, mis hombres alcanzaron una cresta a 1.200 metros de la carretera principal en la que se establecieron haciendo hoyos individuales.

La noche nos sorprendió en el momento en que disparábamos sobre un enemigo tan bien abrigado como nosotros mismos. Nuestras pérdidas en aquel momento se elevaban a nueve heridos y un muerto. A fin de no exponernos inútilmente, había dejado sobre la cresta un número restringido de tiradores y apostado el grueso de mi tropa en la contrapendiente. Alocca, que había aglomerado toda su gente en la cresta, sufrió pérdidas cuádruples.

Cuando el combate decreció, procedí a pasar lista y a inspeccionar las cartucheras. Mis hombres no tenían más que cuarenta cartu-

chos por barba. ¿Y cómo aprovisionarnos si la 15 brigada, con la cual cooperábamos, estaba provista de fusiles rusos y los nuestros eran austriacos?

Me dirigí al puesto de mando de Alocca. Este me prometió que se haría lo necesario y aprovechó mi presencia para comunicarme el proyecto de contraataque que se debía ejecutar al día siguiente. La misión de mi escuadrón era desalojar al enemigo de un olivar y apoderarse de una granja situada al otro lado de la carretera principal.

Si se reflexiona que el enemigo había dispuesto de todas las fuerzas que poseía, precisamente para cortar esta carretera, el proyecto era una locura: entablar un combate con 200 hombres aproximadamente, cuatro ametralladoras, doce fusiles ametralladores y dos morteros Brandt, contra un adversario sólidamente atrincheraado y provisto de artillería, mientras que la mitad de mis combatientes no poseían bastantes municiones...

Hice todas las objeciones posibles, pero no pude ni siquiera obtener de Alocca que pidiese al Estado Mayor de la brigada que cambiasen nuestros Steyr por fusiles rusos cogidos a los muertos y heridos.

Regresé a mi puesto con el corazón lleno de inquietudes. Pasé toda la noche estudiando el mapa a fin de encontrar caminos más o menos desfilados del fuego. Fijé un itinerario para cada grupo y fui a reconocerlo con sus jefes.

A la hora H, el ataque se desencadenó de una manera completamente distinta a la que yo había previsto. Dos batallones que se encontraban a nuestra derecha, apenas salieron de los elementos de trinchera que ocupaban, no resistieron ni dos minutos el fuego enemigo y se desbandaron. El 15 escuadrón quedó en su emplazamiento y sólo el escuadrón de la 14, que había aprovechado numerosos barrancos perpendiculares que conducían hacia el enemigo, había hecho un avance de 600 metros y desalojado de los olivos a los tiradores que allí se encontraban.

Yo estaba detrás de un pequeño montículo, a la derecha de los olivares y miraba con ansiedad nuestra línea, donde nada denotaba el menor movimiento de progresión cuando mi comisario político, Hautin, se unió a mí.

—Esto va mal —dijo, colocándose detrás de un resguardo—. Creo que el ataque se ha fastidiado.

—Yo lo creo también —le respondí—. Pero lo peor es que nos encontramos peligrosamente en flecha, cogidos bajo fuegos cruzados y que no tenemos nada para contrabater... Vamos a tener que recular.

—No —me dijo Hautin, que aunque comisario y borracho, era valeroso—. Es necesario esperar. Es posible que esto cambie.

Saqué el reloj y, al ver que eran las 13'40, dije:

—Voy a esperar todavía veinte minutos, pero si nadie viene a apoyarnos tomo sobre mí la responsabilidad de abandonar los olivares.

Reloj en mano me senté detrás de un pequeño muro donde uno de los nuestros intentaba, de vez en vez, lanzar una ráfaga. Alrededor de nosotros las balas chocaban contra las piedras en las que se aplastaban con chasquidos secos y se proyectaban a lo lejos en pequeños fragmentos. La situación se hacía, a cada momento, más peligrosa. Para protegernos tanto como fuera posible de las balas que nos cogían de espaldas, dimos forma semicircular a nuestros abrigos de piedra. Estaba ocupado en este trabajo cuando Hautin me dijo, señalando a la cresta:

—¡Míralos! ¡Los nuestros atacan!...

En efecto, una tropa que yo evalué entonces en dos batallones, se había lanzado en oleadas compactas. Después de alcanzar unas alturas, se había adentrado en los campos. A su aparición, el enemigo respondió con un silencio absoluto. Ni un disparo de fusil ni un cañonazo. Dejó a la infantería aventurarse hasta unos doscientos metros de la carretera principal y entonces abrió el fuego con una violencia extraordinaria: ametralladoras, fusiles, morteros, cañones antitanques... En un abrir y cerrar de ojos, todo el terreno se cubrió de las espesas humaredas de las explosiones. Los sonidos opacos se mezclaban a los percutientes y a cada segundo saltaba un nuevo resplandor y se ensanchaba la nube gris de un Schrapnell.

Tumbados uno junto al otro, Hautin y yo nos miramos llenos de admiración y de lástima. Admiración por el trabajo del enemigo realizado a la perfección e improvisado en un segundo; compasión hacia los nuestros, hundidos en aquel infierno.

En el campo que abarcaban mis gemelos veía claramente a los hombres aplastarse contra el suelo, buscando un abrigo precario detrás de los sarmientos de las viñas. Veía también numerosos cadáveres que sembraban el terreno y los heridos, más numerosos todavía, que, arrastrándose, intentaban salir de la zona maldita.

El fuego de los nacionales duró diez minutos apenas y cesó tan bruscamente como había empezado. Volvió el silencio, preñado de amenazas, bajo el cielo gris.

Yo continuaba mirando con los gemelos, en espera del contraataque que, seguramente, desencadenarían los nacionales. Un ruido llegó a mí, un mosconeo continuo, débil al principio, pero que crecía a cada segundo.

Los aviones —dijo Hautin— ¡Mira los aviones!

Volando a 1.500 metros escasos, nueve bombarderos aparecían formados de a tres; su vuelo parecía pesado y por su lentitud relativa había en ellos algo de terrorífico. Avanzaban hacia nosotros sin desviarse, como portadores de un destino inexorable. Bien sabía yo que los nervios destrozados de mis camaradas no resistirían esta nueva prueba. —Mira los cazas—me indicó Hautin.

Alrededor de los bombarderos, una nube de aviones de caza evolucionaba en desorden aparente. A derecha e izquierda se cruzaban en su marcha; hacían incursiones más allá de nuestras líneas. Algunas veces formaban una escuadrilla para dislocarse casi in-

mediatamente. Parecían desempeñar su papel de perros guardianes, con celo laborioso.

¿Qué pánico no iba a apoderarse de los nuestros cuando sufrieran la terrible prueba de un bombardeo aéreo? En mi cerebro comenzaban a germinar visiones de desastre cuando llegó lo imprevisto. Oímos prolongadas ráfagas de ametralladoras. Y el ruido no venía de la tierra, sino del cielo, más intenso y más rápido que el de las ametralladoras terrestres.

—Se lucha allá arriba —dijo Hautin—. Mira, mira eso: ahí va uno que cae incendiado.

En efecto, no uno, sino dos, con un rastro de humo negro, acababan de aparecer en el cielo. Largos y sinuosos se aproximaban hacia el suelo a una velocidad creciente. Por último, envueltos en grandes llamaradas, dos esqueletos de avión estrelláronse contra la tierra.

En este instante patético del choque de dos ideologías, la reacción fué la misma en los dos adversarios. Todos, infantes, artilleros, jinetes, internacionales, legionarios, nacionalistas y marxistas, todos se habían levantado y, con olvido de toda prudencia, observaban el combate que desarrollaban a 1.500 metros de altura. Seguían, llenos de temor o de esperanza, a los aviones que se perseguían, tan pronto a ras de tierra, como picando hacia las nubes, revoloteando, deslizándose sobre el ala, cayendo como una hoja muerta, alguna vez, para no levantarse más.



**Galeria de je-
fes rojos: el fe-
roz Walter, el
duro Putz y el
pusilánime
Alocca**

El que había tomado la iniciativa del contraataque fué el suboficial Boutrowski, oficial de avituallamiento del escuadrón de la 15 brigada, joven de origen ruso-blanco, antiguo suboficial de la Legión, quien no ocultaba que si se había alistado en las brigadas internacionales era simplemente por vivir y tener una situación.

Cuando él se dió cuenta de que nadie se movía a la hora del ataque, reunió a dos batallones que se hallaban detrás del frente, haciéndose pasar por el delegado del general Gall, que mandaba la 15 brigada, y los lanzó a la hoguera. Durante el ataque recibió un balazo en un brazo y otro en una pierna.

De momento, su acción fué juzgada muy severamente y se hablaba, en el Estado Mayor, de someterle a juicio y fusilarle por sabotaje y provocación. Pero era imposible mientras estuviese en el hospital. Se dejó, pues, para más tarde juzgar su asunto. Sin embargo, en el intervalo, la opinión evolucionó: se admitió que su iniciativa había sido afortunada y que el ataque "in extremis" hizo creer al adversario que nuestras fuerzas eran capaces de reaccionar.

Cuando Boutrowski salió del hospital, fué agregado a la división Walter; éste le hizo comandante adjunto de su compañía disciplinaria. En ocasión en que la 35 división fué enviada al frente de Zaragoza, tuve una entrevista con mi colega, quien me ocultó su idea decidida de reincidir y de ganar nuevos grados a no importa qué precio. La ocasión se le presentó en Quinto, aquel burgo casi completamente ocupado por los marxistas, donde apareció de repente un nido de resistencia franquista atrincherado en la iglesia. Boutrowski se ofreció a reducirlo. Walter le escuchó en silencio y después, con el tono duro que le era habitual, dijo:

Nick Gillain

—Bueno, coge 40 hombres y haz lo que te parezca; pero acuérdate que si fracasas no debes volver vivo...

Media hora más tarde, Boutrowski era conducido al puesto de mando de la división, en parihuelas, con dos balazos en el vientre.

Walter fué a verle y le colocó las insignias de comandante. Aquel antiguo suboficial de la Legión Extranjera francesa, hijo y nieto de oficiales superiores del Ejército imperial ruso, tuvo la satisfacción de morir comandante del Ejército republicano.

¿Puede decirse que murió por un ideal político? Su caso es el mismo que el de otros muchos que murieron en las mismas condiciones.

Volvamos al combate del Jarama. Después del combate aéreo, nuestro mando aprovechó la calma para rectificar el frente, llevando sus líneas a los últimos contrafuertes de la cresta que domina el valle de Morata. La caballería de la 14 y 15 brigadas fué relevada por elementos de la brigada Lister. En el momento del relevo sobrevino un serio tropiezo: los españoles no quisieron formar. No se regaban a ejecutar las órdenes, pero pusieron tal pasividad en hacer lo que se les mandaba que las compañías se volatizaron literalmente antes de haber progresado cien metros. Los oficiales les empujaban pero, como embrutecidos, los hombres parecían no comprender. Se dejaron pegar en el rostro, sonaron algunos tiros de revólver, pero nada se consiguió: sin ímpetu, agachados los hombros, corrían hacia los barrancos donde se tiraban al suelo.

Forzosamente tuvimos que quedarnos una noche más en las nuevas posiciones. Debo confesar que esto no entusiasmaba a mis hombres, a los que tuve que obligar a que no se movieran. No era tanto el hecho de quedar en la zona de fuego lo que indisponía mis jinetes, como el sentimiento de no poseer más que armas en mal estado, en tanto que la brigada Lister se hallaba dotada de "Maxim" nuevos, fusiles rusos y numerosos morteros.

Gracias al desorden que reinaba en la brigada española, mis internacionales se aprovecharon para cambiar sus fusiles, de grado o por fuerza; robaron también dos morteros "Brandt" y dos ametralladoras "Maxim". Si mis hombres no se ocultaban para injuriar a los españoles, yo tenía buenas razones para sentir rencor hacia el capitán Alocca y el teniente Dallier. El primero, en el momento más crítico del combate, había ido a pedir refuerzos al Estado Mayor de la brigada. Ello fué pretexto para no volver al campo. Según supe más tarde, alegando una indisposición, se hizo poner ventosas y dar un baño de pies.

El segundo no se había movido de su puesto de mando, y a cada instante me rogaba que me uniese a él para explicarle las fases del combate.

Los dos, habían dado pruebas de una inexperiencia total de la guerra, colocando los caballos en un bosque de olivos. En lugar de escoger un terreno en ángulo muerto, eligieron uno bastante lejos de las líneas, pero tan mal situado que todas las balas perdidas que no alcanzaban la cresta iban a estrellarse allí. El re-

El Mercenario

sultado de esta imprevisión fué que mi escuadrón tuvo quince caballos muertos y heridos, y el de la 15 brigada el doble.

Después de su relevo, la caballería fué acantonada en una gran casa de campo situada detrás de Morata. Pero los dos escuadrones, más de 200 caballos en total, no pudieron encontrar allí cuadras suficientes, y este fué un primer motivo de fricción entre las dos unidades, acerca de cuya fusión no había todavía orden alguna.

Alocca se mostró desde el primer día muy parcial. Mis jinetes, que se mostraban orgullosos por ser los más antiguos, furiosos por haber sido mandados al ataque sin municiones en tanto que sus colegas, aunque abundantemente provistos, quedaron al margen, mostraron una enorme aversión a la idea de ser mandados por los oficiales de la 15 brigada. Desde el primer día el conflicto tomó cariz agudo. Un incidente vino a encender la pólvora. La víspera, había ido yo a Morata y me enteré que la 14 brigada estaba en posición, a diez kilómetros apenas de dicho pueblo. Además, se me había dicho que su jefe, el coronel Putz, había sido herido en un contraataque. Putz era adorado por toda la brigada y particularmente por los jinetes, hacia los que él había demostrado cierta predilección. Así, apenas mis voluntarios se enteraron de que estaba herido, resolvieron montar a caballo e ir a "defenderle".

Alocca, tomó la cosa en trágico e hizo colocar las ametralladoras en posición, amenazando con abrir el fuego sobre el primero que quisiera volver a la 14 brigada. Ante este gesto desafortunado tuve con él una explicación violenta. Por su parte empleó conmigo tan pronto promesas como amenazas. Me prometió el grado de teniente y el mando de medio escuadrón. Después, viendo que yo exigía una orden escrita que demostrase que mi unidad estaba unida al escuadrón de la 15 brigada, me amenazó con un Consejo de Guerra en el caso en que yo continuase provocando disensiones entre mis hombres.

En el momento en que yo me separaba del capitán Alocca, un incidente muy grave le enfureció contra mi viejo Guillermo, el borracho. Este se había encaramado a un árbol desde donde llenaba de sarcasmo a los oficiales de la 15 brigada, culpables, según él, de excesiva prudencia. Si la crítica era fundada, el tono resultaba tan injurioso, que Alocca dió orden de detenerle. Seis hombres armados cercaron el olivo e intimaron a bajar al borracho. Este no hizo el menor caso y continuó sus filipicas. Uno de los hombres metió un cartucho en el cañón de su fusil y amenazó al recalcitrante. El efecto fué fulminante. Cada cual se arrojó sobre sus armas y al cabo de algunos minutos, dos pelotones armados se desafiaban con palabras que hubiesen rechazado los héroes de Homero. En el estado de excitación en que se abordaron, era de temer un desenlace sangriento. Fué el instigador del drama quien encontró la solución para salir de una situación que parecía no tenerla. Desde su árbol reclamó una reunión política. Se aceptó en

Nick Gillain

el acto y sin las armas, que relucían a los últimos rayos de sol, esa reunión hubiera parecido una bufonada.

Se eligió una comisión y el comisario político pronunció un discurso sin convicción alguna. Después, todos los hombres pidieron la palabra. Esto no se había visto jamás, ni creo que se vuelva a ver. 1270 oradores reclamando el derecho de dar su opinión a sus jefes y colegas! 1270 descontentos queriendo hacer uso de su derecho de hablar durante diez minutos! Si multiplicamos 10 por 270. llegaremos a un total de 2.700 minutos, o sea 45 horas; es decir, casi dos días.

En verdad, el escándalo, por grande que fuese, no merecía tal derroche de elocuencia. Como nadie quería renunciar a la palabra si su vecino no hacía otro tanto, la reunión política quedó anulada y todo el mundo se fué a acostar. Pero era tal la desconfianza que había, que el capitán Alocca hizo colocar un centinela, al que entregó dos fusiles ametralladores, junto a su alojamiento.

Cuando me desperté pude advertir que diez soldados de mi escuadrón habían velado mi sueño durante toda la noche. Las cosas no rodían continuar así. Al día siguiente, el capitán Alocca, no pudiendo enseñarnos la orden por la que se fusionaba nuestra unidad a la suya, se vió obligado a dejarnos marchar, cuando el jefe del E. M. de la 14 brigada, advertido por mí, vino a reclamarnos.

El botasillas fué de los más alegres. Los soldados cantaban y bailaban pensando que iban a reunirse con su querida 14 brigada. Algunos desafortunados habían perdido sus caballos en Morata. No conformes con la idea de ganar a pie su unidad de origen, encontraron más sencillo robárselos a sus colegas de la 15. Y más tarde, cada vez que nos encontrábamos al azar de las etapas: "¡Ladrones!", clamaban los unos; "¡cobardes!", respondían los otros; y se disponían al pugilato.

Dallier quedó solo con la 15. Se había hecho odiar de todos por su cobardía y su complacencia con Alocca.

Además temía la cólera de Walter cuando éste se enterase de que había intentado disminuir el escuadrón en beneficio de otra brigada. Y no le faltaba razón, pues desde nuestra primera entrevista, el general habló de fusilarle. Me costó enorme trabajo disuadir a mi jefe. Dallier fué reintegrado al escuadrón como simple soldado. Hice presente al general que no sería prudente que fuera a servir a mis órdenes; que los descontentos —y siempre los hay— se agruparían alrededor de él y que mi situación sería desagradable.

Tuve que enfrentarme contra el parecer, muy arraigado, del general Walter y del coronel Putz. Por último conseguí ganar la causa, aunque no sin trabajo.

—¡Que vaya y se cuelgue!—acabó por decir Walter.

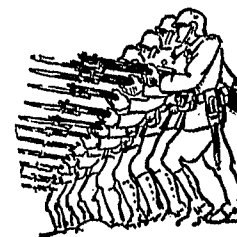
Luego, después de un corto silencio:

—Con todo, es lástima dejarle marchar. ¡Si le hubiéramos ahorcado, qué buen ejemplo para los cobardes y los indecisos!

Yo había entrado en el despacho del general con el grado de suboficial. Sali de capitán, mandando dos escuadrones, el mío y el de una brigada de carabineros que formaba parte de la división del general Walter.

Sin embargo, jamás pude llegar a mandar esta última unidad. Mientras que se trataba de recibir víveres, cigarrillos, y otros halagos, los carabineros se mostraban encantados de trabajar con los internacionales, pero el día en que fué necesario apoyar un ataque de tanques no se presentaron a la cita. Uno de sus oficiales fué a quejarse al general Miaja de que se les hubiera colocado a las órdenes de un oficial extranjero y el general dió orden a los carabineros de que se volvieran a Alcalá de Henares.

El escuadrón de la 14 brigada no contaba en aquella época más que con 70 caballos. Con este efectivo la operación era imposible y se renunció a ella. Después del triste espectáculo de los batallones Lister, retrocediendo en vez de avanzar, la derrota no contribuyó a elevar el prestigio del soldado español a los ojos de los internacionales. Estos, tomaron la costumbre de despreciarlos y les daban el sobrenombre de "pingüinos".



**La formidable
orgía de la In-
tendencia roja o
el arte de robar
en sociedad...
marxista**

Mi ascenso al grado de capitán fué muy bien acogido en la brigada. Incluso aquellos que se habían mostrado al principio más desconfiados hicieron coro a los otros. Yo vivía en una atmósfera agradable, y son aquellos meses de marzo, abril y mayo, los que quedarán como mis mejores recuerdos de las brigadas internacionales.

El servicio del frente no era absorbedor. Al principio yo debía prestar alguna ayuda al E. M. del coronel Putz, que estaba raito de oficiales. Pero cada vez que me presentaba en su puesto de mando me despedía diciendo que yo era más útil en mi escuadrón.

En aquella época la suerte me sonreía y yo no lo ignoraba. ¡Qué cosa más misteriosa es la suerte! Acariciado por ella, todo marchaba a placer y mis hombres y yo salíamos siempre airosos de las peores situaciones. Júzguese: un buen día salí en reconocimiento hasta unas alturas vecinas a Arganda y a mi regreso hice alto a unos 200 metros de este pueblo. Apenas habíamos echado pie a tierra, cuando un bombardeo, de violencia inaudita, se desencadenó sobre la localidad. Si mis hombres hubieran desfilado a caballo por sus calles habríamos sufrido numerosas víctimas.

Otra vez, también en Arganda, nos hallábamos de descanso. Aproveché la ocasión para mandar mis jinetes al cine a Perales. Durante su ausencia una veintena de proyectiles cayeron en el patio de la cocina y cerca de mi despacho. Otra vez, el escuadrón, apenas había abandonado un bosque de olivos, cuando la aviación enemiga lo tomó por blanco. Cuando fui a ver el resultado del bombardeo, me pareció espantoso: árboles arrancados de cua-

jo o pulverizados, dejando hoyos de ocho y diez metros de diámetro.

Mis hombres admiraban mi suerte y no se hallaban lejos de considerarme como mascota. Durante los bombardeos de artillería o aéreos, venían a agruparse alrededor de mí, en tal número, que a veces nos ponían en verdadero peligro. Como les hice observar esto, me respondieron:

—¡Bah! Con usted, capitán, no corremos ningún riesgo.

Cuando tuve que enviar un detalle de las pérdidas sufridas desde el comienzo de la campaña, pude observar que en tres meses mis jinetes no habían tenido más que dos muertos y once heridos.

La mayor parte de los que habíamos creído muertos, no estaban más que heridos, algunos ligeramente y, una semana después, veíamos llegar a los "resucitados".

* * *

En el frente del Jarama nació una manía: la de los regalos. La brigada ofreció una pitillera de oro, que costó 25.000 pesetas, a su antiguo jefe, el general Walter, y al nuevo, el coronel Putz, un reloj del mismo metal. El escuadrón, le regaló también a éste, una silla de oficial, a la vez que yo recibía también idéntico regalo.

Mis jinetes no eran ángeles. Lejos de ello había incluso dos antiguos presidiarios y el 50 por 100 habían pasado por un correccional. Pero en el fondo no eran malos... en ayunas. Desgraciadamente, cuando se emborrachaban, se transformaban en bestias imposibles de dominar de otro modo que no fuese por la fuerza.

Con frecuencia me asomé al misterio de su psicología. Hoy, como entonces, creo que eran en alguna parte, iluminados a la manera rusa, lunáticos, sin saberlo. Me explicaré: los internacionales, en cierta proporción, creían colaborar en la regeneración del género humano considerando que formaban parte de una sociedad podrida. Se sabían gangrenados por los vicios, arrastrados por vergonzosas costumbres.

En pequeño, la mentalidad de este grupo era un poco la de Rasputín, de siniestra memoria. Pero pretender que se habían alistado únicamente con el fin de regenerar a la Humanidad, sería absurdo. Sus móviles humanos eran más complejos. Había entre ellos hambrientos, felices al poder comer todos los días; sentenciados por la Justicia, deseosos de colocar una frontera entre ellos y sus perseguidores; fatuos que gustaban del uniforme; ambiciosos en camino de una carrera lucrativa.

Esta Torre de Babel que formaban las brigadas no tendría la aprobación de los moralistas, pero, en cambio, habría encantado al cronista a caza de lo pintoresco. Era un mundo bullente, animado de brascas cóleras. Su generosidad se ejercía, sobre todo, en favor de los cobardes que llenaban nuestras filas. El 30 por 100 de los hombres valientes encontraban normal entrar en fuego y

dejar detrás al 70 por 100 restante, que se rajaban sin ningún pudor.

—¿Qué quiere usted, capitán?—me decían—. No es de ellos la culpa si tienen miedo. Después de todo, nosotros preferimos batirnos codo con codo con aquellos con los que sabemos podemos contar. Deje a los otros en las cocinas o al cuidado de los caballos.

No hay duda que con principios semejantes es imposible crear un verdadero ejército. Nosotros no éramos más que una banda de partidarios en la que el gusto de cada uno hacía la ley. Era la época de los "queridos bandidos"... Esta frase fué lanzada por primera vez por el general Walter cuando se despidió de la brigada para pasar a una división. Y "queridos bandidos", significaba: mucho de afecto y mucho de piadoso desprecio. Era a la vez, una frase de amor y una injuria.

Desde hacía tiempo, había hecho una cruz a mis sueños de mandar un escuadrón modelo. Tuve que rechazar esa esperanza y procurar hacer un buen trabajo con una herramienta mala. Pero me mantuve fiel a tres principios y los proclamaba todos los días:

—Sed valientes—decía yo a mis hombres—, cuidadosos de vuestras armas y vuestras monturas, exactos a las horas de llamada. El resto es cosa vuestra y de vuestra conciencia de soldados.

Esta política me dió resultado. Mis jinetes no abusaron de la gran libertad en que yo les dejaba, salvo en un capítulo, por supuesto: la bebida, el vicio de todos.

* * *

En el combate del Jarama y durante los tres meses que le siguieron, fué donde tuve ocasión de conocer mejor a mis compañeros oficiales.

En primer lugar, estaba el coronel Putz, verdadero modelo de valor, alsaciano de origen y cuyas maneras y elegancia espiritual seducían a los demás. Aun cubierto del barro de las trincheras y con la barba mal afeitada, había en él un cierto e inconfundible "chic".

Estaban también el comandante Agard, de artillería, un oficial frío, competente, valiente; el comandante Krieger, ex diputado comunista italiano, que andaba como un borracho, aun cuando no bebiese más que agua. Y una cantidad de oficiales de los que jamás se sabía el grado: tenientes hoy, capitanes mañana, simples soldados después, se les volvía a ver de sargentos. Todo ello, por el azar de un acto de valor o de un caso de indisciplina.

Algunos días después de mi promoción a capitán, hice nombrar a dos tenientes: Richard y Priami. El primero era un antiguo jockey de obstáculos, pequeño como un mono, pendenciero y bullidor; el segundo, un emigrado italiano que tenía una flemma completamente británica que no le abandonaba más que en las reuniones políticas, en las que pronunciaba a troche y moche largos discursos acompañados de una mímica meridional.

Entre los suboficiales, he de reservar una mención especial al ayudante Poirot. Muy joven—20 años apenas—había llegado a España enviado por las Juventudes Libertarias de París. Ignoro si hay que culpar a la formación política de estas últimas o al carácter poco equilibrado de este suboficial, pero de lo que sí estoy seguro, de que él solo hizo más tonterías que toda la brigada reunida.

Recuerdo una semana en la que llevó a cabo cuatro aventuras a cada cual más loca: fué primero, una cacería de toros, que le hizo hundirse hasta el cuello en las aguas heladas del Guadalquivir, en tanto que los animales furiosos le impedían ganar la orilla; después un paseo improvisado al volante de una ambulancia, que terminó en un barranco; luego, un servicio de patrulla emprendido dos horas después de lo debido, lo que le condujo a encontrarse bajo el fuego en cortina de nuestra propia artillería; por último, su matrimonio con una muchacha de Madrid que hacía el número seis de las esposas legítimas que había tenido en cuatro meses...

Poirot, batió una marca difícil: yo le eché cinco veces y tuve que volverlo a nombrar siempre al cabo de ocho o diez días. Y es que este diablo de hombre, cuando volvía a simple soldado, ponía tal celo en hacer su servicio y demostraba su valor tan insensato, que tenía que rendirme a los votos de todo el escuadrón para volverle a conceder de nuevo los galones de ayudante.

Todos los franceses han nacido desenvueltos, pero los internacionales lo eran en un grado difícil de concebir.

Sin embargo, cada cual, se desenvolvía siempre en detrimento de otro y al principio los responsables de la brigada no se arriesgaban a proveerse de alimentos o de equipos, sino rodeándose de un gran lujo de precauciones, a fin de evitar responsabilidades. Pero bien pronto advirtieron todos que haciendo un simple bono en un papel cualquiera y poniéndole el sello de la unidad, la Intendencia española suministraba todo lo que se le pidiera sin ningún control. A partir de ese día, cada unidad tuvo su sello y se lanzaron al mercado infinidad de vales.

En principio, la Intendencia de la Brigada, debía proveerse exclusivamente de la División, pero ello no le impedía avituallarse, al mismo tiempo, en todos los escalones de la jerarquía; es decir, en la Intendencia del Sector, en la de los Cuerpos y en la del Ejército. Como, además, la brigada aumentaba la cifra de sus efectivos, sucedió que en Andalucía percibió 25.000 raciones para 4.000 hombres; en el Jarama, 12.000 para 1.700 combatientes, y así sucesivamente.

Nada más que por lo que al escuadrón se refiere recuerdo el día memorable en que, para un efectivo de 140 jinetes, obtuvimos medio buey, cinco jamones, ocho salchichas ahumadas, dos cajas de latas de sardinas, 170 huevos, 75 kilos de patatas, 60 kilos de garbanzos, 50 kilos de arroz, 50 de judías, 5 de manteca de cerdo

y 2 de vaca. Como postre, 20 kilos de confituras, dos cajas de turrón, chocolate... y no menciono el café, el azúcar, la sal y, claro está, que el vino: 310 litros... Todo ello, para un solo día.

Pero no era esto todo: cuando mi suboficial de avituallamiento, descargaba las provisiones, supo que en Ocaña, distante de allí 160 kilómetros, la Intendencia poseía en almacén atún y sardinas. Cogió la camioneta y se trajo 400 latas de atún y 500 de sardinas.

No hay para qué decir que si el sistema D enriquecía a los que lo aplicaban, ocasionaba al mismo tiempo daño a los otros; mientras que los voluntarios malgastaban los víveres a su antojo, los milicianos debían apretarse el cinturón y la población civil sufría los horrores del hambre.

No será exagerado decir que cada internacional costaba al gobierno español diez veces más que los reclutas indígenas. Bien es verdad que, para evitar este loco despilfarro, los comisarios políticos habían recibido por misión, la de "ilustrar" a los voluntarios acerca de su deber y explicarles que todas aquellas mercancías dilapidadas eran el fruto de las colectas hechas por los miembros del partido comunista a la salida de las fábricas, contribución voluntaria del proletariado francés, óbolo que de sus propias necesidades daban los camaradas trabajadores...

Desde luego, los internacionales no eran tontos. El más ignorante de todos ellos sabía muy bien que los centenares de millones gastados tenían otro origen y replicaban, con muy buen sentido, que los que pagaban el tributo de sangre tenían derecho a una exigencia en la que ocupaba un lugar lo superfluo.

La Intendencia de la brigada proveía también a los hombres de todos los objetos del equipo y, dándose cuenta de la incuria de cada uno, reemplazaba los trajes, no sólo los rotos, sino también los que estaban ligeramente descosidos. La ropa sucia era reemplazada cada semana por otra limpia. Se había llegado a tomar esta decisión al cabo de dos o tres meses, pues los soldados, en cada etapa, abandonaban regularmente las tres cuartas partes de su equipo.

Recuerdo que en Alcalá de Henares, habiéndome quedado el último en el cuartel que acababa de dejar la brigada, reuní once sacos de ropa abandonada allí por un solo batallón. Para transportar todo lo que quedó, tuve que requisar dos camiones que se llenaron de mantas, gorras, cinturones, cartucheras, fusiles, cartuchos, cacerolas, etc., etc.

En teoría, el principio según el cual no se debía dejar a los voluntarios más que un poco de ropa, era excelente; pero en la práctica la medida, tan sencilla, que consistía en recuperar lo que se había ensuciado, no pudo ser aplicada nunca más que en una proporción del 60 al 70 por ciento. La falta había que atribuirla al descuido de los internacionales y, sobre todo, a la falta de energía de las clases.

Si las brigadas internacionales gozaban de privilegios desde el punto de vista de los víveres y de las ropas, no ocurría lo mismo en lo que se refiere al armamento. Nosotros veíamos todos los días, no sin cólera, que las unidades españolas estaban dotadas de fusiles rusos, fusiles ametralladores y ametralladoras del mismo origen, todo nuevo, en tanto que nosotros no disponíamos más que de armas usadas.

Después de algunas gestiones inútiles, decidimos completar nuestro armamento por nuestros propios medios. Por las noches, algunos soldados salían para regresar al amanecer con armas que habían robado a nuestros colegas españoles. En cada combate se observaba con cuidado los depósitos de armas y de municiones y, en plena batalla, íbamos a robarlos en las mismas narices de los centinelas descuidados.

Para estas excursiones, el momento más propicio era aquel en que la aviación nacional bombardeaba nuestras líneas. Entonces estaba uno seguro de no encontrar a nadie en el camino y, con toda tranquilidad, se cogían hasta cien fusiles de una vez.

El escuadrón se había especializado en el robo de caballos. Mi veterinario, un antiguo ruso blanco, era maestro en el arte del "maquillaje" y, en muchas ocasiones, los propietarios de los animales que venían a reclamarlos no lograron reconocerlos. Tan bien hecho estaba el trabajo.

Pero el objetivo preferido de estas expediciones, era el depósito de remonta de la 15 brigada. Mis jinetes hubieran experimentado un placer extraordinario en poder quitar un caballo a sus colegas, a los que detestaban después de los incidentes del Jarama. En realidad, este placer no pudieron conseguirlo jamás, pues Alocca dobló sus centinelas, que recibieron la consigna de disparar sobre cualquier sombra que se deslizara en la noche.

Si nunca llegué a aumentar mi efectivo en caballos a su costa, tuve la mezquina alegría de saber que este exceso de precauciones había tenido por resultado disminuir sus propios efectivos. Sus centinelas, viendo peligro por todas partes, disparaban a diestro y siniestro y herían a menudo, e incluso mataban, a los caballos que tenían que guardar...

Pero el sistema D donde se empleaba en mayor escala — no utilizo la palabra robo — era en la sección de autos. Todo el mundo participaba en ello, los internacionales y los españoles, las instituciones militares y las civiles, las organizaciones políticas e incluso, estoy seguro, la policía. Cada día se nos robaban algunos coches, y cada día también recuperábamos otros en detrimento de tercero, sin que ninguna precaución ni ningún sistema de centinelas nos impidiese realizar estas empresas. Nos tomábamos el trabajo de desmontar la magneto, encadenar las ruedas, cerrar las portezuelas. Nada lograba desalentar a los audaces ladrones: nuestros autos desaparecían como por arte de encantamiento.

Era inútil buscar a los ladrones. El mismo día se apresuraban a procurarse un nuevo coche y aún mejor que el anterior.

En cada unidad, había un pequeño equipo de especialistas que eran unos ases en este arte de apoderarse de lo ajeno. Un día, nos llevaron a la brigada el propio coche personal del comisario político del 19 Cuerno.

No he de extenderme aquí en referir el escándalo que ello ocasionó ni tan poco mencionar íntegro el texto de la orden del día de la brigada al ocurrir este incidente, orden del día, llena de virtuosa indignación y que excluía de entre las personas honradas a los autores de aquel rapto audaz. Lo más gracioso fué, que durante aquella semana, nuestra brigada se había enriquecido con siete camiones y cuatro coches de conducción interior, todo lo cual no era ignorado de nuestro jefe.

"Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe..." Después de aquel intermedio cómico, ocurrió en Madrid un drama a raíz del cual, de común acuerdo, todo el mundo renunció a tales procedimientos: a principios de junio, fué robado el coche del jefe del 13 batallón y este último dió permiso a tres de sus mejores hombres con la prohibición expresa de regresar al cuartel sin traerse un coche de conducción interior, de marca americana a ser posible, con siete asientos y con una gran maleta detrás.

Llegados a Madrid, mis tres hombres corrieron una juerga fenomenal y cuando ya se quedaron sin un céntimo, se dirigieron al Hotel Gran Vía a cuya puerta encontraron el coche soñado. Dos de ellos montaron en el auto y sin intentar siquiera poner el motor en marcha soltaron el freno de mano y aprovecharon la cuesta para separarse de allí unos cien metros aproximadamente. Durante este tiempo, el tercero, quedó cerca del Hotel, de vigilancia.

En la parte baja de la calle, los dos primeros seguían en el auto ocupados en hacer los preparativos de huida, cuando desembocó por allí, a toda velocidad, un coche lleno de oficiales pertenecientes a una brigada anarquista. Cuando llegaron a corta distancia de los internacionales, hicieron fuego con sus revólvers, y los dos hombres cayeron mortalmente heridos. Pero el tercero, que había visto la escena y estaba armado de una pistola ametralladora, descargó su arma en dirección de los españoles. Varios oficiales quedaron muertos o heridos.

Por verdadero milagro, pudo escapar a sus perseguidores y una vez en la brigada, sus camaradas le ocultaron y le proporcionaron los medios de regresar a Francia.

En Madrid se hicieron imponentes funerales a los oficiales muertos en aquel incidente. Por orden superior, la 14 brigada fué obligada a enviar a este acto una delegación. Pero en sus informaciones, la prensa madrileña no hizo mención de la nacionalidad del asesino.

Nick Gillain

A partir de aquel día, se dieron órdenes muy severas para impedir la repetición de hechos parecidos. Para hacer eficaces estas medidas, la autoridad militar ordenó a los garages, no entregar a sus propietarios los vehículos reparados sin el visado del departamento de la policía militar. Y como los autos necesitaban frecuentes reparaciones, al cabo de un mes o de seis semanas, todos ellos estaban ya provistos de una tarjeta de circulación.

El mal, cortado de golpe en su raíz, desapareció.



La disciplina del tiro en la nu- ca, fundamen- to «moral» del combatiente rojo

El desorden había llegado a un grado tal, que la Base de las Brigadas se alarmó de la situación y dió el mando de la 14 al teniente coronel Dumont.

El coronel Putz, nombrado ayudante del general Walter, nos presentó a nuestro nuevo jefe, haciendo de él un pomposo elogio. Nos contó que el teniente coronel Dumont era un héroe de la Gran Guerra, caballero de la Legión de Honor, ex comandante de la Guardia del Emperador de Etiopía. En España, había mandado el batallón de la "Comuna de París", de la 11 brigada internacional, que se había cubierto de gloria en la Ciudad Universitaria.

De pasada, nos señaló también que nuestro nuevo jefe era un antiguo comunista, lo que le había valido persecuciones sin número y el retiro de su grado en la Legión de Honor.

Inútil decir que nosotros, los antiguos, no estábamos contentos con aquel nombramiento. Por decir mejor, estimábamos que la 14 brigada era una especie de coto cerrado, que formaba un todo y que los ascensos no podían ser otorgados más que a uno de los suyos. A mayor abundamiento, juzgábamos que dar el mando de nuestra vieja unidad a un oficial de otra brigada era un injuria para nuestros oficiales.

En nuestros oídos cosquilleaban desagradablemente frases tales como "necesidad de restablecer la disciplina", "los oficiales son demasiado independientes, los soldados demasiado familiares", etc...

Además, el aspecto del coronel Dumont no nos agradaba. Era un hombre rechoncho, de rostro enrojecido, con ojillos malignos de campesino astuto. Demasiado descuidado en su indumentaria, ofrecía un vivo contraste con el coronel Putz, de tan elegante porte. Pero lo peor era que todo en él trascendía a político. Nada más en cómo echaba la cabeza hacia atrás, separaba las piernas y se colo-

caba los pulgares en su cinturón, se veía en seguida al hombre que busca efectos ante un auditorio de obreros ávidos, no de escuchar verdades nuevas, sino de oír las eternas repeticiones del catecismo marxista.

Los discursos del coronel Dumont fueron largos, frecuentes y fastidiosos. Gustaba de prodigarlos vinieran o no a cuento, y tenía otra pasión que ponía en juego en todas las ocasiones: la de hacerse retratar. No abríamos una vez nuestro diario de la Brigada "El Voluntario de la Libertad" que no viésemos al coronel Dumont recibiendo a la delegación de mujeres comunistas de Pontoise, o a los metalúrgicos de Marsella, ora pronunciando un discurso ante los nuevos reclutas, ya besando a un niño, a pie, a caballo, en auto... A tal punto hubo de llegar esta manía, que desde el comienzo le dimos un remoquete que ya no le abandonó jamás: ¡el coronel Kodak!

El primer acto del coronel Dumont, al tomar el mando de la Brigada, fué el impedir que se ofreciera un regalo al coronel Putz. El segundo, prohibir a los soldados que le dirigieran la palabra sino por escrito. Y el tercero, crear una compañía disciplinaria.

Acababa yo de reunir una suma respetable y estaba en tratos para la adquisición de un semental árabe, cuando se me advirtió que estaba prohibido ofrecer un regalo a nuestro antiguo jefe de Cuerpo. Esta manera de mezclarse en los asuntos privados de mi escuadrón era tan descortés, que decidí sobre el terreno tener una amplia explicación con el coronel Dumont. Acababa de enterarme, además, de que éste había suprimido a todo el Estado Mayor de su antecesor y criticado en términos injuriosos a los oficiales.

No quería yo escandalizar, pero estaba firmemente resuelto a pedir mi traslado a un regimiento español.

Me encontraba en el corredor esperando ser recibido por el coronel Dumont, que ya me tenía allí desde hacía media hora, cuando su jefe de E. M., el comandante Krieger, advirtió mi excitación y me introdujo en su despacho, donde tuvimos una conversación frente a frente.

Yo le hice conocer el resultado de mis numerosas reflexiones acerca de nuestro Ejército. Le expliqué que la gran debilidad de éste residía en la enorme diferencia que había entre lo que él decía y entre lo que hacía, le demostré que el 95 por 100 de los soldados no estaban convencidos de su misión, sino que eran sencillamente aventureros.

—Habla usted siempre—dije—de dar una formación política a los soldados; pero ¿cuál? En principio, todos somos hombres de izquierda, pero hay aquí muy pocos comunistas, apenas algunos socialistas y el resto se compone de lo que usted llama antifascistas.

"Ser antifascista es un programa negativo, que no basta para crear un lazo entre todos estos hombres, que, en el fondo, son antimilitaristas rabiosos..."

"No en balde han habituado ustedes a los obreros a pensar así durante varios años. Ahora, les dicen que es necesario aceptar una disciplina de hierro. ¿Cómo quiere usted que esas gentes sencillas desentrañen el fondo del asunto? ¿Cuándo decíais verdad..., hace diez años, u hoy?"

"Ahora, los jefes tocáis los resultados. Pero es demasiado tarde para volverse atrás."

"En estas condiciones, es necesario procurar no desanimar a estos hombres, sino que, por el contrario, todas las clases y todos los oficiales deben cristalizar, alrededor de ellos, la simpatía y la estimación de sus subordinados."

"Cierto es que hay abusos. Según mi ideal, ser capitán, en el verdadero sentido de la palabra, no es venir a mezclarse en las pequeñas cosas del escuadrón... Desgraciadamente, yo solo, en mi unidad, he sabido adquirir un prestigio suficiente, para que mis órdenes no sean discutidas. Esta situación viene de que los demás responsables no han hecho otra cosa que contradecirse; izquierdistas por sus palabras, eran tiranos por sus hechos. Yo no he dicho desde el principio otra cosa que esta: "He venido aquí para batirme, y el resto es asunto del Gobierno".

"Ahora recojo lo que he sembrado. Los hombres tienen una absoluta confianza en mí, y las órdenes que doy no son jamás discutidas. Desgraciadamente, debo actuar por mí mismo, y no puedo delegar mi autoridad en nadie, pues se pondría en duda que he sido yo quien ha dado la orden..."

Krieger me dejó hablar sin interrumpirme. Cuando hube acabado, me replicó que era peligroso basar un Ejército sobre el prestigio personal, y que él, comunista, creía en la propaganda y estimaba que, a la larga, se llegaría a dar un ideal político a todos los internacionales, quienes se batirían en el porvenir por una causa y no por un hombre.

Agregó que las medidas que el coronel Dumont había tomado eran necesarias a causa de la continua fluctuación existente en el cuerpo de oficiales. Estimaba que se había desencadenado una acción contrarrevolucionaria que tenía por objeto desorganizar la 14 brigada. Acabó por pedirme que no creara un nuevo incidente y regresase a mi unidad, procurando calmarla.

Pese a que nuestro jefe de E. M. no me convenciera, accedí a su deseo y obré en la forma en que me lo había pedido. Pero nosotros, los antiguos de la brigada, nunca pudimos hacer buenas migas con el coronel Dumont. Había un antagonismo latente, entre su manera de ver y la nuestra. Era un hombre meticuloso, ordenado, sin bravura. En tanto que nosotros admirábamos el valor físico. A la larga, esta barrera que nos separaba se fué haciendo más grande.

Llegó un día en que nuestro jefe de brigada, desesperado por esta falta de simpatía, comenzó a perseguirnos. Poco a poco, fué retirando todos los mandos a sus unidades para darlos a otros recién llegados, procedentes de su antigua brigada, que era la 11.

Nick Gillain

Entonces las pasiones se exasperaron: los soldados hicieron causa común con los oficiales, por lo que se les detuvo. Cuando el capitán Bastien, un belga, antiguo abogado de la Audiencia de Bruselas, fué nombrado jefe de la segunda sección, las ejecuciones comenzaron a un ritmo primero lento, pero que acabó por hacerse semanal. Hubo un día siniestro en el que se fusiló a diez y siete soldados en el mismo día.

A propósito de las compañías disciplinarias, habría mucho que contar. Más tarde, entre los que hayan logrado librarse de la manzanza española, ésta ha de ser una cantera fecunda de anécdotas... En primer lugar, por prurito de ocultar la verdad, las compañías disciplinarias eran denominadas compañías de los "pioneros". Todos los jefes de unidades enviaron a ellas sus borrachos más impenitentes. Colección de tipos tan heterogéneos, que para dibujarla hubiera sido necesario el lápiz de un Durero: había allí un amasijo de caras enrojecidas por el alcohol, trajes manchados de barro, equipos destrozados...

Se les había reunido en una finca aislada. Dumont había estado allí para pronunciar el consabido discurso, y los "pioneros" le habían aclamado calurosamente. Un discurso en el que prometió doble ración de vino todos los días y autorización para que fuese abierta una cantina.

¡En verdad era una extraña escuela de reeducación moral y de cultura política aquella compañía de pioneros...! El alcohol se vendía allí sólo por litros, y todos sus componentes estaban marcados en la cara como consecuencia de las batallas que libraban entre sí.

En esta unidad, la disciplina la habían hecho los soldados mismos. De hecho, algunos muchachos, siempre los mismos, se habían adueñado de la plana mayor de la compañía e imponían terribles castigos a cualquier culpable, incluso por una falta venal. Uno de los soldados se quejó al comisario de haber recibido un castigo, en realidad demasiado inhumano: unos talonazos en la cara. El comisario le respondió con estas terribles palabras:

—Peor para ti. Lo que tienes que hacer es vengarte a la primera ocasión que se te presente.

El consejo no cayó en saco roto.

A propósito de los "pioneros" he de señalar algo extraordinario. Como es de suponer, los borrachos realmente valientes fueron conservados por los mandos de las unidades. Se formaba, pues, un amasijo de borrachos y de cobardes... El tributo que los "pioneros" pagaron fué tan pesado que no me atrevo a escribirlo ante el temor de que no se me crea: Después de cada combate, la compañía de "pioneros" había desaparecido. Pero, no obstante, siempre se encontraban nuevos elementos con que formarla.

**El Madrid
que se inventa-
ron los rusos
para no sentir
la nostalgia de
Moscú**

El Hotel Bristol era, en Madrid, un hotel como los otros, ni más ni menos lujoso, pero con la particularidad de que estaba reservado exclusivamente a los rusos que servían en el ejército republicano español.

A él fui conducido por un oficial tanquista a quien yo había recogido en mi coche—el suyo había quedado destrozado—a unos treinta kilómetros de la capital. Era ya tarde, las diez de la noche aproximadamente. Tenía yo necesidad de descansar, por lo que acepté con gran alegría la hospitalidad que me ofreció mi camarada.

A la entrada del hotel, la guardia, formada por algunos "asaltos", me dejó pasar sin preguntarme nada. En el "hall", el tanquista fué a buscar al presidente de aquella "república", al cual me presentó. Era un ruso cien por cien, demasiado grande, macizo, con una cara de pómulos salientes y unos ojos grises de una fijeza desagradable. Su cráneo estaba completamente afeitado.

Me habló con una cortesía fría y me invitó a ir con frecuencia al hotel Bristol, club de los combatientes rusos en España. Luego, después de estrecharme la mano, entró en un salón contiguo, donde una veintena de oficiales jugaban al ajedrez o leían periódicos.

Siguiendo a mi cicerone, llegué hasta el comedor, donde se me sirvió una excelente cena, con vodka y entremeses muy variados. Todo ello, de procedencia rusa, naturalmente.

Después de la cena, mi huésped me ofreció cigarrillos y tuvimos una corta conversación que para mí fué muy violenta desde el comienzo, por el temor de hablar demasiado... Y es que mi com-

Nick Gillain

pañero había empezado por un interrogatorio demasiado directo.

—¿Cómo conoce usted el ruso?... ¿Cuándo ha vivido usted en Rusia?... ¿Cuánto tiempo hace que salió de ella?... ¿Quién es usted?... ¿Qué hace usted?... ¿Quién es su padre?... etc.

Esta manera inquisitorial no admitía respuestas vagas. Me arreglé lo mejor que pude y, con el pretexto de buscar una habitación, me despedí de mi huésped, prometiendo volver de vez en cuando.

Durante todo el tiempo de mi estancia en el frente de Madrid, no volví por el hotel más que cuatro o cinco veces. La atmósfera que allí había me resultaba irrespirable. Vi allí a rusos que no tenían semejanza ninguna con los que yo había conocido en mi juventud o durante la emigración. Eran hombres duros, secos, que hablaban poco e interrogaban mucho, pero que no se desenmascaraban jamás.

Yo no recuerdo haber escuchado una discusión política entre dos rusos, ni siquiera un comentario sobre los acontecimientos que ocurren en U.R.S.S. Algunos de entre ellos, sin embargo, al hablar, lo hacían de una manera indirecta.

—¿Ha leído usted el artículo de Stalin en la "Pravda", o el discurso de Molotov? ¿O el de Kalenin?

Nadie respondía más que por monosílabos. Un psicólogo mejor que yo habría podido quizás discernir el sentido oculto de cada una de estas palabras, pero yo que me he propuesto ser nada más que un testigo imparcial del drama español, tal y como yo lo he visto, no puedo arriesgar ningún comentario.

Cesé de frecuentar el hotel Bristol, a raíz del incidente que ocurrió con nuestro divisionario, el general Walter, y nuestro nuevo jefe de brigada, el coronel Dumont.

Un día, en que este último, acompañado de su jefe de E. M., el comandante Quimpel, se dirigía al hotel, le fué prohibida la entrada por el presidente de aquel club. Conmigo no iba nada, pero creí como un deber, no frecuentar más la casa de aquellos que habían tenido un gesto tan inelegante cerca de mi superior jerárquico.

Si en su propio medio les he conocido poco, apenas si los he frecuentado en la zona de fuego. Alguna que otra vez, veíamos allí algunos personajes de uniforme, pero sin ninguna insignia de grado, que iban a inspeccionarlo todo, a mirarlo todo, que hablaban entre ellos, y que se marchaban incluso sin haberse despedido de nuestro jefe. Al cabo de algunos días, solíamos recibir una nota—siempre una censura—que era el resultado de aquella inspección.

Aquella manera descortés de considerarnos como simples organismos de ejecución, estaba en contradicción formal con la teoría bolchevista que, para ser aplicada al pie de la letra, exigiría que antes de su ejecución, el mando hiciera explicar a todos sus subordinados, el sentido de las operaciones hasta en su menor detalle... Aquella manera, repito, tenía el don de exasperar incluso a nuestros más exaltados comunistas.

Porque los internacionales odiaban a los rusos. Ciertamente es, que se oían bastantes discursos acerca del paraíso terrestre que se en-

cuentra actualmente en Rusia y cuyo jefe bien amado es Stalin. Pero todo aquello era vago, nebuloso, sin consistencia, en tanto que, la "verdadera verdad", como dicen los chicos, era que todos los jefes, todos los especialistas rusos que nosotros costeábamos, eran odiados en bloque, sin excepción.

El motivo de este odio; era el siguiente: No había casi rusos en España. Se protestará, acaso, contra esta paradoja. Sin embargo, los internacionales no podían comprender que no hubiese en España más que algunos centenares de aviadores, de tanquistas, de artilleros, de oficiales superiores, de especialistas.

¿No se nos había repetido, hasta la saciedad, que los rusos habían venido a defender la gran causa de los obreros, desde el país donde el socialismo es quien impera? Entonces se preguntaban: ¿Por qué 170 millones de hombres felices no enviaban más que unos cuantos millares de soldados?

Si los internacionales hubieran estado más adelantados políticamente, habrían comprendido que, en cierto modo, los dirigentes soviéticos tenían razón en no arriesgarse a una conflagración europea, al enviar divisiones a España. Pero la mayor parte de aquellos no eran más que unos pobres tunantes y no les parecía mal hacerse agujerear la piel por otros que, precisamente, gozaban del paraíso terrestre.

Con todo, la verdadera explicación no se les dió jamás. No se les dijo que la causa que ellos defendían no era la de la U.R.S.S., sino la de la II Internacional; que por donde quiera que haya comunistas, hay defensores del comunismo; que en España se encontraba un general Walter, que era de origen polaco, un coronel Dumont, francés; un Gallo, italiano; un Bastien, belga; un Lukasz, húngaro y otros más. Había, en fin, 80.000 comunistas españoles que pensaban y obraban como si fuesen rusos.

No quiero hablar de las relaciones entre los rusos y los españoles: ellas sufrieron numerosas fluctuaciones, según el ritmo de los acontecimientos de la política internacional; pero en conciencia, creo que el pueblo, en su gran mayoría, no los quería tampoco.

Las relaciones entre los internacionales y los españoles, al principio excelentes, se hicieron más tarde extremadamente tensas. Después de vivir juntos en el frente durante seis meses, los oficiales superiores españoles estaban a matar con sus colegas de las brigadas internacionales.

Entre los oficiales superiores españoles, el coronel Rojo, el comandante Briones y el teniente coronel Burillo, tenían fama de que nos odiaban. El primero, como jefe de E. M. del general Miaja, no estaba, por sus funciones, en relación directa con nosotros. Yo no creo, que él nos haya enviado al fuego más veces de las que nos correspondieran. Pero el segundo, jefe del servicio de organización del Ejército del Centro, nos hizo ponernos de todos los colores y nos infligió toda clase de insultos. Debo decir en su descargo que si había recibido la misión de organizarnos, se "lució" ciertamente.

Nick Gillain

Primero, todas las brigadas fueron internacionales; más tarde, la 11 fué de origen alemán, la 12 italiana, la 13 eslava, la 14 francesa y la 15 inglesa...

En tanto que estuvimos mezclados reinó la concordia entre nosotros. Por mi parte, puedo asegurar que jamás oí a un francés reclamar por qué era mandado por un alemán o viceversa. Pero después de la reorganización, hubo numerosos choques, que procedían sobre todo de que los armamentos se distribuían con una gran parcialidad. Ejemplo: la once brigada tenía un efectivo de 4.500 hombres. Su dotación de armas automáticas fué de 150 piezas aproximadamente. En esta misma época, la 14 brigada, con efectivos similares, no tenía más que 30.

Si, individualmente, los hombres se entendían bien, nosotros, los franco-belgas, teníamos serios motivos, para quejarnos. Para los efectos de la propaganda, el alto mando disminuía la importancia de los efectivos de los franceses para aumentar los de los italianos. La agencia "España" hizo circular por el mundo entero las noticias de no sé cuántas fantásticas batallas ganadas por la brigada "Garibaldi".

Y podría citar otros ejemplos.

Los franceses y los belgas hicieron siempre buenas migas. Fué necesaria una orden expresa del partido comunista belga, para que se formase un batallón exclusivamente belga. Estos no lo querían bajo ningún pretexto. Se acabó sin embargo por reunirlos y un cierto Debock emprendió la difícil tarea de hacerles volver de su decisión. Como no lo consiguiera y los reunidos hicieran ademán de dispersarse, el capitán Bastien pronunció un largo discurso sobre la necesidad de formar una unidad belga, que tuviese por misión la de reivindicar su parte de gloria en la lucha.

Estas grandes frases, no lograron decidir a los soldados. Bastien hizo vibrar otra cuerda. Les prometió cigarrillos y una cocina cuidada, con fritos todos los días. Este último argumento pareció el más decisivo. El perorador fué aclamado con delirio por todos los belgas.

Yo no he querido exagerar la importancia de los malentendidos que surgieron en el frente entre los combatientes de nacionalidades diversas. Pero en la retaguardia, en Albacete, por ejemplo, el favoritismo nacional reinaba de continuo. Al principio, fué el período húngaro: todos los jefes eran de esta nacionalidad; después hubo el alemán, el búlgaro, el polaco, etc.

Pero el francés, jamás.

**«¡Hay que tomar Segovia!»
Una ofensiva
brutal de los
rojos ahogada
en un alud de
cadáveres**

En el mes de mayo de 1937, la situación de Bilbao, se hizo cada día más desesperada. Para aliviar el frente Norte, el alto mando republicano decidió organizar una ofensiva en la zona difícil de Sierra Guadarrama.

Pese a su inexperiencia, los jefes gubernamentales no podían hacerse ilusiones acerca del rendimiento de la estratagema. Ellos no disponían más que de unidades poco adiestradas, sostenidas por un material insuficiente. No pudiendo, en efecto, constituir reservas bastante numerosas y aguerridas para forzar rápidamente a una decisión, toda vez que era necesario mantener en permanencia 2.500 kilómetros de un frente estabilizado, fué preciso relevar las unidades españolas teniendo que soportar los internacionales el peso de la lucha.

El objetivo designado fué Segovia. El quinto "cuerpo de choque", bajo el mando de Modesto que se había destacado en Guadalajara, fué unido a esta operación.

La primera división, la del general Walter, se llevó el 30 de mayo a Miraflores, al pie de unas montañas, y la misma noche tomaba sus posiciones de partida más allá del puerto de Navacerrada. Mientras que una de las tres brigadas de la división quedaba en reserva, la 14, mandada por el teniente coronel Dumont, hizo frente a Balsain y a San Ildefonso de la Granja. La 69 que mandaba el teniente coronel Durán, un español, estaba orientada contra Cabeza Grande y Ravenga.

La operación empezó por un violento bombardeo de la aviación gubernamental. Nuestra infantería parecía alentada por aquella preparación impresionante. Poco después, se lanzó al ataque.

Desde mi posición, que flanqueaba la 69 a su izquierda, vi muy claramente cómo acometía su objetivo de Cabeza Grande. Las

Nick Gillain

defensas nacionalistas que coronaban una colina, habían sido concienzudamente bombardeadas por la artillería; antes de la intervención de los aviones. La colina humeaba todavía como un volcán. Nuestros infantes creyeron al enemigo enterrado. Pero pronto se vieron contenidos por las ametralladoras nacionalistas y tuvieron que esperar vientre a tierra que se desencadenase el golpe de ariete de los tanques.

La primera oleada estaba formada por carros rusos, armados de sus terribles piezas de 45 mm., cuyos proyectiles, a veces todo de metal, sin carga explosiva, agujereaban una plancha blindada como si fuera de porcelana.

Treparon la colina en medio de un silencio imponente, hombres y cañones. No se oía más que el pesado ruido de su avance. Cuando llegaron a 30 metros de su objetivo, las pequeñas trincheras nacionales se animaron bruscamente. De ellas surgieron bustos que lanzaron una lluvia de granadas. Y los tanques tuvieron que detenerse. Un tanque maniobró, sin embargo, volvió sobre sus pasos, tomó una dirección oblicua y luego retrocedió; pero una simple granada bien colocada, en su tren de ruedas, entre las cadenas, hizo que el tanque quedase paralizado.

Entonces, los carros abrieron el fuego. Se vió cómo los proyectiles de 45 desmoronaban los delgados parapetos, que parecían de nuevo desiertos. Nuestros hombres reanudaron su avance. Pero en vano. Nueva parada. Nueva tentativa. Nueva parada. Seis tanques quedaron fuera de combate por una cortina de granadas.

Entre tanto, a la derecha, la 14 brigada, la nuestra, no lograba avanzar ni una pulgada. Mal sostenida por una artillería escasa o demasiado prudente, intentó abrirse camino con tanques, españoles éstos, que los nacionales, invariablemente, obligaban a retroceder.

La Compañía disciplinaria de la División, pereció toda entera para nada. Esto fué el fracaso absoluto, la pérdida definitiva del factor sorpresa. El general Walter estaba rabioso. Este jefe inhumano recorrió en un "Ford" la línea de batalla a toda marcha, multiplicando las amenazas y las órdenes. Los costados de su coche estaban acibillados de balazos, pero él continuaba de pie sobre el asiento, milagrosamente ileso.

Las pérdidas se agravaron y la reacción de los nacionales se hacía más fuerte. Walter se decidió entonces por el método ruso: el ataque frontal. Sin éxito. Segundo ataque frontal. Nuevo fracaso. Tercer ataque frontal con los hombres que quedaban...

Situó dos compañías disciplinarias en el centro y el décimo y el doce batallón a los flancos.

Para mandar este conjunto, hizo al teniente coronel Dumont la injuria de destacar a un oficial de su propio E. M. Pero la mala fortuna persistía. Cogidos bajo un fuego violentísimo, los disciplinarios, de repente, flaquearon y se desbandaron.

A pesar de esto, Walter dió orden de reanudar el ataque con los mismos elementos y entonces el capitán Duchesne, que man-

El Mercenario

daba la compañía disciplinaria y era antiguo suboficial del Ejército francés, resolvió hacer un ejemplo. Este oficial, ex furriel de batallón, acerca del cual corrían las más enojosas historias de desfalcos, había desaparecido como teniente y después reapareció con un tercer galón. Abreviando, designó a cinco hombres al azar y el azar quiso que fuesen cinco belgas. Los derribó uno tras otro a la soviética, de un disparo de revólver en la nuca: con la mano izquierda, los cogía por el cuello y con la derecha disparaba...

Pero el quinto, sólo quedó herido y se debatía agarrado fuertemente a las piernas del capitán. De un puñetazo, el comisario político, Binet, lo derribó en tierra y allí le saltó la tapa de los sesos.

La reacción de los nacionalistas fué terrible. Bajo un bombardeo espantoso de aviación y de artillería, la 69 brigada Durán, o lo que de ella quedaba tuvo que replegarse hasta más allá de sus posiciones de partida.

En aquella ocasión, asistí por primera vez a un verdadero "carrusel aéreo". Cumplida su misión los bombarderos, los aparatos de caza se dispusieron en plan de disco vertical, y cada uno a su vez picaban sobre los nuestros, ametrallándonos con proyectiles de 16 milímetros. Esta táctica, tiene el don de enloquecer a los menos nerviosos. Yo he visto, a la puerta de un puesto de socorro, a 15 hombres que no estaban heridos, pero a quienes el espanto incapacitaba para andar. Otro, se hallaba medio derribado contra un olivo; quise socorrerle, pero había muerto como herido por un rayo por una bala de 16 mm.

El combate de Segovia marca para la 14 brigada una fecha enojosa: tuvo 900 muertos y perdió su título envidiado de brigada de choque para convertirse en una simple brigada de posición.

El teniente coronel Dumont, su jefe, decía en todas partes que el general Walter le acusaba de haberse batido mal, pero él respondía que lo ocurrido fué que estaba mal mandada...

Por sus relaciones comunistas en Francia, Dumont logró mantenerse en su puesto. Pero una sorda hostilidad acababa de nacer y de establecerse en la primera división entre lo que se llamaba "la tendencia francesa" y "la tendencia rusa". Conflicto que hubo de durar y que debía resultar desastroso.



He aquí lo
que fué una de
las mayores ba-
tallas de la gue-
rra española:
BRUNETE

En el combate de Brunete tomaron parte todas las brigadas internacionales menos la catorce.

Nosotros nos encontrábamos en Alcalá de Henares cuando se hizo la concentración de tropas. Esta vez la operación era de envigadura: cuatro cuerpos de Ejército debían colaborar en el ataque y el material era abundantísimo. Tuve la sorpresa de comprobar un día, por casualidad, que 60 piezas de artillería pesada que yo había visto pasar con cañones completamente nue-

vos, eran de fabricación japonesa, por cuenta de Rusia, como indicaban las instrucciones de sus culatas... ¡Extraña paradoja, efecto de la política y del comercio!

La 14 brigada recibió, como todo el mundo, una orden que le indicaba debía cambiar de sector. Pero solo el responsable del convoy de camiones que transportaban las tropas conocía el destino de nuestra unidad. Nuestra sorpresa fué grande al vernos conducidos fuera de la zona que suponíamos de acción ofensiva, en plena sierra.

La explicación era bien sencilla: el conflicto que había surgido entre el general Walter y el coronel Dumont era tan grave que hacía de todo punto imposible la colaboración entre estos dos oficiales. En su consecuencia, el Estado Mayor general hizo incorporar a la 35 división la 34 brigada. Y nosotros, los de la 14, fuimos a ocupar el sector que había tenido precedentemente la última.

Por elegante que fuese esta solución, no satisfizo a los antiguos. Nosotros hubiéramos encontrado mucho más sencillo que se eliminase al coronel "Kodak", autor de todo el daño, y que se nos dejase con el general Walter. Desgraciadamente, no teníamos voto en este asunto.

Nick Gillain

Sin embargo, no nos hallábamos lo suficientemente alejados del campo de batalla para no percibir algo de lo que pasaba en él. Desde nuestro puesto de observación veíamos, con ayuda de los gemelos, la llegada de los proyectiles a nuestras líneas, los incendios que asolaban la retaguardia de nuestro frente, el ruido ensordecedor de las tropas que subían y bajaban. Día y noche volaban sobre nosotros numerosos aviones que desdeñaban bombardearnos para ir a arrojar más lejos sus torpedos.

El primer día de la ofensiva las noticias llegaron abundantes y favorables. Cayó la aldea de Quijorna, después Brunete, por último Villanueva de la Cañada. La reacción enemiga no se hizo realmente fuerte hasta el cuarto día, en que nuestra ofensiva decreció y la iniciativa acabó por pasar a las filas nacionales.

A la llegada de cada comunicado nos agrupábamos alrededor del Estado Mayor para saber lo que pasaba. Un día, no pudiéndome contener más, expresé mi pensamiento en voz alta:

—¡Qué desgracia que yo no pueda ir por mí mismo a ver lo que pasa!

Al escuchar estas palabras, el comandante Quimpel, llevándome aparte me dijo que si yo quería un salvoconducto él me lo otorgaría en su calidad de jefe de Estado Mayor, con la condición de que no dijese nada al coronel Dumont, cuya susceptibilidad se vería herida si se enteraba que yo había ido a visitar a mis antiguos compañeros de combate.

No me lo hice repetir y una hora más tarde, solo, sin chófer, lancé mi coche sobre la carretera de Galapagar. Al cabo de una decena de kilómetros todo lo que yo veía tomó un aspecto desolador. A los dos lados de la carretera, como una lepra gris, se extendían vastos terrenos que el fuego había asolado. En todas partes, bajo todos los árboles que las llamas habían respetado, había amontonados depósitos de municiones; los camiones parecían como agazapados.

Esta tendencia a ponerse al abrigo de los aviones, se observaba en todas partes. Se aprovechaban todos los matorrales, lo mismo que los peñascos.

Más allá de Galapagar, entré en una zona en que la guerra se mostraba apenas más movida. De sitio en sitio, baterías pesadas enseñaban sus bocas amenazadoras en tanto que alrededor de ellas se afanaban los sirvientes descargando los proyectiles traídos en camiones.

Lagué en un momento de calma. Sin embargo, con un ruido apagado, cruzaba un proyectil enemigo que iba a estallar en el campo; pero esto era raro. Las ametralladoras lanzaban alguna ráfaga de cuando en cuando, pero no era este el ruido de la gran batalla que nos llegó la víspera con eco ensordecedor.

Marchaba yo a poca velocidad, pues cruzaba a cada instante con convoyes de ambulancias que parecían llenas de heridos.

En las zanjas, numerosos infantes se alineaban en una larga fila, sentados, el rostro ensombrecido, como si estuvieran allí a la fuerza. El calor era africano, el sudor les corría por la cara haciendo pequeños surcos en el polvo en ella acumulado. Estaban casi todos descalzos, los pies congestionados, hinchados, con un color terrible. Tenían el aire abatido y desalentado.

Seguí avanzando, intentando encontrar entre ellos a un internacional que hubiera podido indicarme dónde se encontraba el Estado Mayor de la 35 división, cuando un grito inmediatamente repetido, resonó: ¡La aviación, la aviación!

En un abrir y cerrar de ojos toda aquella muchedumbre amorfa se puso en movimiento. Los soldados se precipitaron corriendo para agazaparse detrás de cada piedra, detrás de cada accidente del terreno, evacuando la carretera, especialmente atacada por los aviones.

Ya no tenía tiempo de decidir. Al volante de mi coche, me preguntaba si debía detenerme o, por el contrario, acelerar, cuando una serie de explosiones, cada vez más fuertes, vino a ensordecirme. Después, una ráfaga de ametralladoras, las balas silbaban en una cadencia loca, haciendo trizas el alquitranado de la carretera, rebotando sobre las piedras y deshaciéndose en estallidos...

Las ráfagas se sucedían sin tregua. El ruido del motor parecía decrecer, para hacerse más estridente algunos segundos después.

Comprendí en seguida que el ataque lo realizaban aviones de caza que picaban casi hasta ras del suelo, para ganar de nuevo altura. Tuvieron la carretera bajo sus fuegos durante algunos minutos, pero a mí me parecieron siglos. Había acabado por detenerme en un lugar oculto bajo una higuera, en donde esperé el final de la alarma. Entonces, cuando volví a montar en mi coche, se me acercaron unos españoles gritando:

—¡Capitán, capitán! Tome este herido. Llévelo pronto a un puesto de socorro.

El hombre estaba en un lamentable estado: dos proyectiles, de un calibre no menor de tres centímetros, le habían entrado en el vientre, del que la sangre saltaba a borbotones. Se le desnudó y, con ayuda de unas cuantas vendas individuales, se intentó contener la hemorragia. Pero estos medios eran insuficientes. Dije que era absolutamente necesario encontrar un médico, porque no era posible transportar al herido.

—¿Dónde? —preguntó un camillero—. Las pérdidas son tan elevadas que los médicos no pueden separarse de su puesto para venir a cuidar a un solo herido... La única solución es la de hacerle operar lo más pronto posible.

Tenía razón. Me rendí a la evidencia y, apresuradamente envolvimos el vientre del herido con un espeso paquete de ropa blanca, dado por unos soldados, alrededor del cual se apretó una manta. Puse el motor en marcha; se colocó al herido, desvanecido, a mi lado, un soldado se situó cerca de la portezuela y partí

Nick Gillain

a toda velocidad para Torrelodones, en donde se me había dicho que encontraría un hospital quirúrgico para heridos graves. Apenas tardé diez minutos en llegar a mi destino.

Entré en el patio y el primer médico que encontré enfrió el ardor de que iba poseído:

—Su herido debe esperar que le toque el turno. Hay aquí más de cien a quienes es necesario operar.

—Pero, doctor; para éste es una cuestión de segundos; no tiene usted derecho a dejarle morir por falta de cuidados.

El médico, sonriendo tristemente, respondió:

—Yo no soy cirujano y no puedo hacer más que vendarle... Vamos a verlo.

Cuando descubrió las heridas agachó la cabeza:

—Tiene usted razón. Sólo una operación puede salvarle, pero dése usted cuenta, venga a ver lo que pasa en el hospital.

Lo que me enseñó era algo más horrible que el infierno del Dante. Antes de llegar a la sala de operaciones tuve que ir saltando por entre numerosas camillas, en donde los heridos esperaban. Después vi seis mesas de operaciones donde seis cirujanos, con sus mascarillas, todos vestidos de blanco, trabajaban uno al lado del otro. Las intervenciones que realizaban eran todas de excepcional gravedad. El que se hallaba más próximo a mí estaba preparado para trepanar una herida, cuando suspendió la operación:

—Muerto—dijo lacónicamente—. ¡Venga otro!

Apenas se habían llevado al muerto cuando un soldado, cuyo bajo vientre no era más que una horrible llaga, acababa de ocupar su sitio. Mi acompañante me dijo:

—Vea usted si yo tenía razón. ¿Por qué un hombre que se encuentra en peligro de muerte ha de ceder su sitio en provecho de su protegido?

No tenía nada que responder. Mientras tanto, pensaba que el moribundo tenía una madre, un padre, una esposa quizás, en nombre de los cuales yo hubiera podido suplicar... ¿Pero acaso los otros no se encontraban en el mismo caso?

Cuando regresé a mi coche, el herido había sido vendado por profesionales y colocado a continuación de otras camillas; ya no era el último; tres o cuatro más le seguían en la fila.

El efecto de este incidente contribuyó a hacer decaer mi alegría un poco vanidosa de ir a ver un combate de gran importancia en la historia de la guerra de España. El fondo de mi carácter es tal, que me lanzo a la lucha con despreocupación, expuesto siempre a reprochármelo en seguida, tratando de hacer frente con honor a los acontecimientos.

Tomé, pues, la carretera de Brunete, pero, como el calor había disminuido un poco, llegué a este pueblo en pleno combate. La artillería nacionalista batía las ruinas. El fuego de los fusiles y de las armas automáticas era intenso. Las primeras balas perdidas pasaban por encima de mi cabeza con un ruido de avispa, cuando fui interrogado por un oficial:

—¡Gillain! ¡Gillain! ¿Qué haces aquí?

Era un antiguo compañero de la brigada, agregado entonces al Estado Mayor de la 14 brigada.

—Busco a Walter—le respondí—. He venido a saludarle.

Mi interlocutor levantó las manos al cielo: —¡Estás loco, palabral! ¿No sabes que odia a muerte a todos los de la 14?

Y añadió en voz baja: "Ten cuidado con lo que haces: Walter está furioso, ya que Brunete será probablemente perdido esta tarde. Ha hecho fusilar a muchos oficiales, culpables de negligencia o de poltronería. Ten cuidado, porque es inabordable".

—Pero, ¿dónde está?—le pregunté.

—Aquí, muy cerca, a doscientos metros todo lo más. Sobre este montículo que ves a la izquierda de la carretera.

Tomé mis gemelos y, en el sitio indicado, y en la transparencia de la atmósfera española, reconocí a mi antiguo camarada de División, que estaba de pie al lado de tres trincheras individuales. Aparecía desnudo hasta la cintura, destocado y con el cráneo pelado. Daba cien pasos, se detenía y volvía a marchar.

—¿Qué, va mal eso?—pregunté a mi colega.

—Muy mal. No es un misterio para nadie que la operación ha fracasado. No es tampoco hoy cuando podremos alejar a Franco de Madrid.

—¿Cuál es la causa de este fracaso? Se dice que el 18 Cuerpo ha atacado con diez y ocho horas de retraso. Pero, ¿es verdad? Se habla tan fácilmente y se repite sin contrastarlo el origen de los rumores. Yo creo más bien que es toda nuestra organización la que falla. Tenemos muchos hombres, poco material, pero no verdaderos oficiales. ¿Cómo quieres que esto marche?

Hubo entre nosotros unos minutos de silencio.

—Entonces, ¿no me aconsejas tú que siga en este sector?

—De ningún modo; te aconsejo que te vayas. De todas formas, si tienes empeño en subir a la primera línea, vete si quieres a Villanueva de la Cañada, donde opera la 13 brigada. Allí, Krieger ha recibido el mando. Entonces, hasta la vista, viejo, y ¡buena suerte!

Empezaba a andar cuando me llamó:

—¿No sabes? ¡Nathan ha muerto!

Mi camarada hablaba del ex comandante de la compañía inglesa que por su brillante conducta en la línea de fuego había sido ascendido a jefe de batallón, hasta el día en que tuvo que ser enviado a Albacete debido a sus costumbres muy especiales...

—¿Cómo se hallaba él aquí? ¿Con qué graduación?

—Volvió como jefe del Estado Mayor de la 15 brigada y ha muerto después de recibir dos balazos en el pecho.

—¿Hay otros muertos que yo haya conocido?

—No, ninguno.

—Adiós, y buena suerte.

Volví atrás y, como regresaba a Galapagar, fui adelantado por un convoy de camiones en los que reconocí los de la artillería

Nick Gillain

divisionaria de la 35 brigada. Un coche "Ford" vino a colocarse a mi altura. Cerca del conductor reconocí al comandante Hagar.

—Buenas tardes, Gillain. Para nosotros ha terminado la batalla.

—¿Cómo? —pregunté— ¿Por qué?

—Porque hemos agotado nuestro "stock" de municiones: 7.000 obuses. A este ritmo, mi única pieza ha entregado su alma de cañón, que había visto la Gran Guerra. Y como los españoles guardan el material para ellos, nos vamos a Albacete.

Se despidió y siguió la fila de los camiones.

A fuerza de verme alcanzado por todo el mundo, acabé por creer que mi coche no avanzaba. El motor hacía un ruido insólito y calentaba terriblemente. Me detuve y levanté el capot. Pero en seguida miré al cielo; los aviones volvían en gran número; el asunto se anunciaba muy serio. Procedentes del Oeste, 27 aviones de bombardeo en formación de a tres avanzaban sobre nuestras líneas. Alrededor de ellos evolucionaban numerosos aparatos de caza para protegerlos. Me tiré a una zanja y esperé. El bombardeo de Brunete fué algo imposible de describir. Torpedos de un peso superior a cien kilos destruían bloques enteros de estas casas españolas, construidas con piedras ligadas por un mal cemento, donde se habían refugiado compañías del Ejército rojo. El humo de las explosiones se elevaba al cielo en columnas enormes, que acabaron por fundirse, formando una especie de cono de color ocre.

Los aparatos de bombardeo nacionalistas trabajaban sin prisas, con una precisión que el tiro de una batería antiaérea republicana no lograba desajustar. Desde luego, esta batería disparaba mal; los estallidos blancos aparecían siempre o más bajos o más altos y los nacionales mostraban hacia ella un desprecio absoluto.

Estaba yo muy atento a este espectáculo y no prestaba ninguna atención a los numerosos coches, camiones y ambulancias que venían en la dirección de Brunete, pasando ante mí a toda velocidad. De repente, un disparo de fusil me hizo sobresaltar. Me di cuenta entonces que no estaba solo y que, viniendo de no sé dónde, numerosos soldados se habían aglomerado al borde de la carretera. Eran milicianos españoles que detenían los vehículos y que, de grado o a la fuerza exigían que se les condujera.

Algunos chófers se dejaban intimidar y seguían la marcha con verdaderos racimos humanos colgados de los coches. Otros, al contrario, aceleraban la marcha, siendo tiroteados.

Por principio, los oficiales de las brigadas internacionales no se mezclan jamás en lo que hacen los españoles y recíprocamente. ¿Qué podía yo intentar, cuando tenía ante mí 500 hombres exasperados, locos de cólera o de miedo? No obstante, cuando vi una ambulancia detenida y cuatro heridos tendidos en sus camillas sobre la carretera, me lancé hacia adelante. Pero había olvidado que el peligro estaba en el cielo. De pronto, las primeras bombas empezaron a explotar a doscientos metros de la carretera y a unos

El Mercenario

dos kilómetros de nosotros; las siguientes se aproximaron a su objetivo, terminando por estallar sobre la misma carretera.

No eran los gruesos torpedos que habían sido utilizados en Brunete, pero eran mucho más numerosos y producían un ruido de martilleo acelerado.

Bajo el fuego, los milicianos hormigueaban alocados; la mayor parte de ellos no habían tomado la precaución de tenderse. Por eso, cuando la aviación se alejó, la carretera apareció sembrada de cadáveres y de heridos y la ambulancia flameaba, expandiendo una espesa humareda.

Mecánico mediocre, tuve que ser ayudado por el conductor de uno de los camiones que vinieron después del bombardeo aéreo, para transportar las víctimas al hospital.

Una compañía de los de Asalto llegó en seguida, procediendo a hacer numerosas detenciones. Algunos hombres encontrados en la confusión, fueron fusilados inmediatamente.

Si mi memoria no me falla, los milicianos que habían abandonado el frente formaban parte de la 108 brigada, de reciente formación. Cuando se piensa que la mayor parte de ellos no habían tenido seis semanas de instrucción, y que prácticamente no había hombres graduados para encuadrarlos y dirigirlos, ese momento de flaqueza no tenía nada de extraño. Habían entrado directamente en una gran batalla, sin haber tenido la ocasión de curtirse en escaramuzas.

Tomé la carretera de Torrelodones, donde creí encontrar por error la bifurcación con la carretera que me habría conducido a Villanueva de la Cañada. Me había detenido ante la estación de esta localidad e interrogaba a un ferroviario, cuando tuve la desagradable sorpresa de ver detenerse cerca de mí al coronel Dumont.

¡Hola! —me dijo— ¿Qué haces tú por aquí?

—Voy a Madrid —respondí sin pestañear; y añadí: —Tengo dificultades en mi motor. Mi jefe se mostró muy amable.

—Deje su coche en depósito en el primer garage y suba en el mío, ya que yo voy también a Madrid.

Había sido cogido en mi propia mentira. No tuve más remedio que seguir el consejo del coronel.

Su coche, un potente "Matford" conducido por mano experta tardó apenas veinticinco minutos en llegar a nuestro destino. Durante todo el recorrido habíamos seguido el frente, que se hallaba paralelo a la carretera, a cuatro o cinco kilómetros de distancia. Por todas partes, los bosques ardían, y como caía la tarde, el rojo de las llamas se reflejaba en la humareda que giraba en todas direcciones. El ruido del cañoneo nos acompañó durante todo el trayecto y vimos gran cantidad de tropas.

El contraste nos pareció mayor cuando nos encontramos con un Madrid de apacible apariencia —el drama iba por dentro— y sin la impresión de la furiosa batalla que se libraba en sus mismas

puertas. En las calles, los vestidos claros de las mujeres se mezclaban a los uniformes que, aunque desastrados, empezaban ya a ser llevados más correctamente. Se hubiese dicho que aquella era una ciudad de guarnición, pero no una ciudad de guerra.

Al día siguiente volví a la brigada y al otro regresé a Villanueva de la Cañada. El hedor allí era atroz; la carretera se hallaba sembrada de cadáveres; otros estaban desparramados en los campos, sin que nadie adoptase medidas para llevarlos de allí. Los cuartos de algunas casas del pueblo estaban llenos y un enjambre de moscas, de colores metálicos, revoloteaban alrededor de aquellos osarios.

Aquel día no era conveniente pasar por aquellos parajes. A cada instante las balas iban a estrellarse en la fachada de los inmuebles y la artillería nacional realizaba un tiro de cortina sobre la carretera que unía Villanueva de la Cañada con las retaguardias republicanas.

Con gran trabajo, logré llegar hasta el acantonamiento de la 13. brigada, y cuando creía encontrarla allí, supe que acababa de ser relevada por la brigada de los marinos fusileros de Valencia. No me fué posible hablar con su jefe, el comandante Krieger, pero encontré en su E. M. a numerosos oficiales que yo había conocido en Albacete en noviembre de 1936, o en la 14. brigada.

Los más antiguos de la 13 me expresaban su alegría porque eran enviados a la retaguardia, pues no habían sido relevados jamás del frente desde hacía ocho meses consecutivos.

—Usted conoció Lopera —me dijo uno de ellos—, pero nosotros hemos tenido un Teruel. Fué el mismo día y un bautismo tan sangriento como el de usted nos esperaba allí... Sólo que la 14 tuvo más suerte que la 13, pues combatió utilizando lugares donde cubrirse, en tanto que la nuestra lo hizo desde crestas completamente descubiertas. Nuestro último sector fué el de Pozoblanco, en Andalucía... Un rincón detestable, sin agua, donde hacía más calor que en África... ¡Figúrese, si los soldados estarán contentos de ir a descansar!

No lo puse en duda. Para ello, sólo tuve que mirar alrededor de mí. Todos los rostros denotaban alegría, y los voluntarios se interpelaban con jubilosas frases. Habían formado en grupos al borde de la carretera, y como en el terreno había mucha arboleda, se cuidaban poco de la aviación enemiga.

Mi colega de la 13 vino a saludarme. Era un alsaciano, apellidado Schmidt, que yo había tenido antes bajo mis órdenes... Después de algunas palabras de bienvenida, volvió al tema que le preocupaba:

—¿Sabe usted, capitán, que el escuadrón de la 15 brigada ha sido disuelto?

—Lo ignoraba por completo —respondí sinceramente asombrado—. Pero ¿cómo es posible? ¿Por qué? ¿Dónde se encuentra Alocca actualmente?

—Alocca ha sido relevado de su mando por las autoridades militares españolas.

Y me refirió el fin del escuadrón de la 15 brigada. Esta unidad había sido fusionada, desde el comienzo de las operaciones, con otras similares para formar una masa de 1.500 caballos, aproximadamente. Cuando el frente nacional pareció quebrantado, este grupo se lanzó sobre Quijorna, con la consigna de entablar la persecución. Esto era más fácil de decir que hacer, pues toda aquella caballería carecía de ímpetu y además el enemigo no estaba suficientemente "maduro" para que tal operación pudiera ser eficaz.

Como quiera que fuese, Alocca cometió la misma falta que la primera vez, es decir, envió a sus pelotones al ataque sin ponerse a su cabeza. Ello se supo en las altas esferas y la sanción fué inmediata. Alocca recibió orden de abandonar el frente y marchar a Albacete. En lugar de estarse tranquilo y obedecer, reunió a sus soldados y les incitó a pedir su repatriación. Después de haber desmoralizado así a sus subordinados, montó en su auto al teniente Dallier, su oficial de avituallamiento, y marchó para la frontera francesa, donde, por una suerte extraordinaria, logró pasar sin dificultad. Después de su marcha, los soldados se habían desbandado, abandonando sus caballos, que los españoles habían recogido. Más tarde cometió la imprudencia de regresar a Madrid, donde fué detenido.

Yo estaba anonadado por lo que me contaba el teniente Schmidt. Pero no tuve tiempo de expresarle mi estupefacción, porque vi venir al comandante Krieger, que se dirigía a Madrid. Avancé a su encuentro y pude observar que había envejecido notablemente desde que se separó de nuestra brigada. Además, cojeaba un poco todavía a consecuencia de la herida que había recibido en el frente de Segovia. Al verme, su rostro se iluminó y, sonriendo, me tendió la mano.

—¿Qué ha venido usted a hacer aquí?—me preguntó.

—A saludarle...

—Siempre tan curioso, este Gillain —dijo—. Por aquí no hay nada bueno... En fin, de todos modos, sea usted bienvenido.

Y después dió un suspiro y agregó:

—Desgraciadamente, llega usted en un mal momento...

—No es ese el parecer de sus hombres. Están locos de alegría ante la idea de ir pronto a una verdadera ciudad, con casas de verdad y verdaderos cafés.

—Los pobres —murmuró Krieger— es que ignoran todavía todo.

Hablaba en un tono confidencial que me impedía preguntarle. De todos modos, pronto pude descifrar el enigma. El jefe de la 13 brigada llamó a su ayudante de campo y le ordenó que reuniera a todos los jefes de unidades. Algunos minutos más tarde, una veintena de oficiales hacían círculo alrededor de su jefe y supieron, pri-

Nick Gillain

mero con asombro y después con indignación, que la brigada debía volver al frente.

—Camaradas oficiales y comisarios políticos—dijo Krieger—, apelo a vuestra colaboración; se trata de convencer a los soldados, que deben ejecutar sin murmurar las órdenes dadas. Si se les llama, es por una necesidad ineludible...

—¿Cómo es posible desconocer hasta ese punto la mentalidad del soldado?—preguntó un jefe de batallón... No hace aún tres horas que han venido de las trincheras y se les envía de nuevo a ellas. Hubiera valido más no relevarlos.

—Lo sé tan bien como vosotros—observó Krieger en voz baja—, sólo que ha pasado una cosa imprevista: los fusileros marinos han flaqueado en el frente y nosotros debemos llenar el hueco lo antes posible... A la hora actual, las brigadas que se encontraban a la izquierda y a la derecha, han lanzado todas sus reservas al ataque. Pero esto no es suficiente, pues el enemigo continúa su avance. La brigada debe volver a su puesto de combate. Id, camaradas, lo antes posible, y que en un cuarto de hora se dé la orden de marcha. Cada uno debe volver al sector que tenía antes del relevo.

Los oficiales bajaron la cabeza y se aprestaron a reunirse a sus hombres, cuando uno de ellos salió de la fila y en tono firme exclamó:

—¡Yo no iré! Esto es demasiado injusto y los soldados no nos harán caso. Ya tienen bastante con reparar continuamente lo que los otros deshacen. Están cansados de batirse por camaradas que vuelven la espalda... Yo prefiero quitarme los galones antes que ordenarles semejante cosa.

Estas palabras enfurecieron a Krieger de un modo feroz.

—¿Pero dónde cree usted que está? ¿En una oficina? ¿En una fábrica? ¡Presentar su dimisión! Como si se tratase de una criada! Le ordeno que vaya a colocarse inmediatamente a la cabeza de su batallón. Después de la batalla examinaré su caso, y le juro que sus palabras no le han de servir para ir al paraíso precisamente.

—¡No voy!—repitió el mismo oficial.

¿Cómo?—dijo Krieger, y su puño fué a descargar sobre el rostro del rebelde.

La escena había sido tan rápida que nadie pudo intervenir. Pero como se desarrolló cerca de la tropa, numerosos soldados se habían aproximado.

—Está bien. Queda usted arrestado—dijo Krieger, avergonzado—. ¡Desarmad a ese hombre!

No fueron unos soldados los que se presentaron, sino toda la brigada..., pero no para detener al culpable. La noticia, corriendo de boca en boca, fué conocida inmediatamente.

¿Se nos quiere hacer volver al frente?—gritaron—. ¡Jamás!

La protesta tomó, de pronto, una amplitud imprevista. Locos de ira, los soldados se separaron de los oficiales, que no intentaron intervenir.

El Mercenario

Krieger, a quien esta rebelión deshonraba, cuando apenas hacía cuatro días que se había hecho cargo del mando de la brigada, intentó, sólo, hacer frente a la tormenta.

Por momentos, se mostraba más nervioso, más brutal; acabó por aproximarse a un pequeño grupo ante el cual un exaltado predicaba la revuelta. Llamó al soldado y, llevándolo aparte, le dijo:

—Entonces, ¿tú no te quieres batir?

—No, antes de haber disfrutado un permiso—respondió el otro.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

—A la una..., a las dos..., a las tres... ¿Tu última palabra?

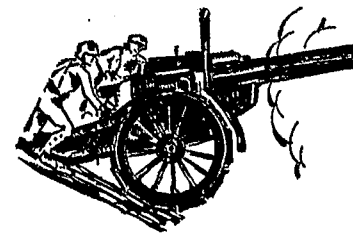
El soldado afirmó con la cabeza. En el acto sonó un disparo y el soldado se derrumbó atravesada la cabeza por la bala de Krieger, que había disparado a quemarropa.

Este ejemplo no arregló nada. Los oficiales tuvieron que agruparse alrededor de su jefe para preservarle contra la cólera de los soldados. De una y otra parte se intentó negociar, pero los soldados se obstinaban en su negativa.

Pronto la noticia de esta revuelta llegó a las alturas, y una media hora más tarde, algunas compañías de Asalto llegaron para proceder al desarme de la 13ª brigada. Lamentable espectáculo. Los internacionales se dejaron desarmar como si se sintieran felices por sufrir esta afrenta. Los oficiales hicieron vanos esfuerzos para conservar sus armas, pero la ocasión era demasiado buena para los españoles de poder recoger un centenar de revólvers.

Todos, sin excepción, aceptaron el desarme, y yo tuve que dar largas explicaciones antes de ser autorizado a regresar a la 14ª brigada.

Me marché de allí con el corazón apretado.



**Los farsantes
del marxismo,
las bailarinas y
los aviones**

Conocí a Malu con ocasión de un banquete ofrecido al camarada Debrouckère, presidente de la Segunda Internacional.

Como siempre, el teniente coronel Dumont había hecho bien las cosas. Por la mañana, un destacamento formado por todos los belgas de diversas unidades, fué tenido en plantón durante tres horas. Los oficiales de la brigada estaban reunidos en el Hotel Victoria y esperaban allí al diputado belga cuya visita se había anunciado. Pero el tema de nuestras conversaciones no hubiera agradado, sin duda, al ilustre excursionista. En aquella reunión, no nos ocultábamos para decir que preferíamos a todos los mensajes de simpatía el apoyo de una escuadrilla de aviones o de una buena batería del 75. Los más francos, trataban al visitante de amable "camelista".

Pero era tal la hipocresía que reinaba en nuestro Ejército popular, que se recibió al camarada Debruckère con las más grandes muestras de respeto. Sonaron las trompetas, se inclinó la bandera y se presentaron las armas.

El presidente de la II Internacional pasó entre dos filas de soldados deshaciéndose en saludos. Tenía todo el aire de un presidente de República, con su buena cabeza de doctrinario y su barba en abanico.

Medía un metro 97 de estatura y pesaba 103 kilos. Estos últimos detalles, muy interesantes, nos los comunicó nuestro visitante en un discurso que pronunció para explicarnos los motivos que le habían impedido tomar parte activa en la lucha contra los nacionales.

En mi calidad de jefe de unidad, me hallaba sentado en la mesa presidencial. Mi vecina era una joven rubia, de perfil en-

Nick Gillain

cantador. Como ya, por experiencia, sabía que era inútil probarse con una española, estaba bien tranquilo en mi sitio, saboreando, medio adormecido, los bellos períodos del camarada presidente.

Mi reserva parecía asombrar a la joven, que había oído hablar, sin duda, de las "maneras desenvueltas" de los internacionales. Y tomó la iniciativa para entablar la conversación.

Esta fué un poco desordenada; ella apenas sabía el francés y yo ignoraba el español. Hicimos algunos esfuerzos, pero sin llegar a un resultado. Un compañero se apiadó de nosotros y nos sirvió, benévolamente, de intérprete. Supe así que la joven se llamaba María Luisa y que era bailarina, a la sazón contratada en el teatro de El Escorial. Al terminar la comida éramos buenos amigos y me separé de ella con la promesa de ir a verla bailar dos días más tarde.

El aburrimiento reinaba en el frente de El Escorial. La brigada en desgracia, con 1.400 fusiles, vigilaba un frente de 18 kilómetros. Y no había jamás combates en aquel sector montañoso. Pude, pues, dar rienda suelta a mi imaginación. En dos días, María Luisa se convirtió para mí en Malu, apelativo cariñoso con el que abrevié su nombre...

El día fijado, me encontraba en un palco del teatro y en los entreactos bajé al escenario. Después de la función acompañé a Malu hasta su hotel. Quise besarla. La joven se resistió, yo me obstiné y recibí una bofetada. Esto me hizo comprender que no quedaba otro camino que retirarme. Después de saludar había ya dado media vuelta, cuando la mano de Malu se posó en mi brazo y me retuvo. Con frases entrecortadas, que yo comprendí mal, me explicó que yo no había obrado como debía, lo cual la había entristecido, pues yo le agradaba... ¿Por qué no encontrar el camino de su corazón conduciéndome como un caballero?

Algunos minutos más tarde, estábamos sentados uno junto al otro en la escalera exterior del hotel. Hablábamos poco y durante las largas pausas, nuestras miradas erraban sobre la masa sombría del Monasterio de El Escorial o sobre las montañas que amenazaban desplomarse sobre la ciudad.

Pasaron las horas sin que me diera cuenta de ello. Estaba haciendo mi reaprendizaje de colegial enamorado. Antes del amanecer, el cielo pareció ensombrecerse. Un zumbido llegó hasta nuestros oídos.

—¡Un avión!—murmuró Malu.

Había cogido mi mano y leía yo en sus ojos la inquietud o el miedo.

—¿Es que viene a bombardear El Escorial?

Su voz se hizo temblorosa como todas las que había oído tantas veces cuando el pánico se apoderaba de la población.

Un nuevo zumbido se escuchó más estridente.

El Mercenario

—Tengo miedo —dijo Malu, castañeteándole los dientes—, tengo miedo...

Intenté calmar su inquietud, pero yo mismo me sentía sobreco-gido. En aquella ocasión adquirí, una vez más, la experiencia de que hay una enorme diferencia entre el valor que se demuestra a la cabeza de los soldados, en pleno día y combatiendo, y el que se tiene en sufrir el peligro en la obscuridad, cuando hay que encajar los golpes sin devolverlos.

Nos habíamos levantado los dos y mirábamos al cielo, donde planeaban los pájaros de la muerte a los que no veíamos. De repente, casi al ras de los ribazos, aparecieron algunos resplandores: un convoy de camiones que, con los faros encendidos se dirigía hacia Galapagar.

¡Desgraciados! —dije—. Y aquello fué instantáneo. Desgarrando la noche, seis o siete explosiones formidables iluminaron la vertiente de las montañas. Una llamarada surgió de un camión incendiado. Después, hubo una explosión más fuerte todavía.

—¡Pobres gentes!—sollozó Malu, y sus ojos, sus maravillosos ojos negros, se llenaron de lágrimas.

Pero de repente, el crepitar de una ametralladora resonó muy alto, en el cielo; una sucesión de llamas rojas brillaron y sobre un fondo de llamas inmensas apareció la silueta desarticulada de un avión que girando sobre sí mismo perdió un plano y después otro. Cada vez más de prisa, el bombardero herido de muerte se aproximaba al suelo hasta estrellarse en él con un estrépito que prolongaron los ecos de la sierra.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó Malu.

Pero yo no podía darle ninguna explicación. Habíamos sido, quizás los únicos espectadores de un combate nocturno entre un bombardero y un caza. Lo que resultaba indudable era la caída y destrucción de un avión enemigo.

El instinto enemigo que duerme en el fondo de todo hombre, se despertó en mí. Una alegría loca, vengativa, me obligaba a manifestarlo.

—¡Hurra! ¡Hurra!—grité.

Pero Malu, muy digna, se plantó ante mí. Sus ojos secos brillaban de cólera.

—¿Cómo puedes alegrarte de ver perecer seres humanos? ¡Pobres hombres que se abrasan entre las llamas! ¿Cómo puedes ser tan malo?...

Sin escuchar las explicaciones que yo intentaba encontrar, corrió hacia la puerta del Hotel, la abrió y la volvió a cerrar con estrépito. Quedé como idiotizado. Tan de prisa se habían sucedido los acontecimientos. Estaba asombrado de haber comprendido todo lo que me había dicho Malu y de que ella hubiese también comprendido lo que yo le había dicho. ¿De qué misterio había nacido esta suerte de comunión en la palabra cuando, momentos antes, todo cambio de frases entre nosotros resultaba tan laborioso?

Nick Gillain

Ante mí, se alzaba la fachada del hotel azuleada por la noche. La puerta cerrada era como una mancha sombría y cada ventana, parecía como encadenada con sus pesadas rejas.

Volví la mirada hacia las montañas donde serpenteaba la carretera. Dos hogueras gemelas flameaban; con bruscos sobresaltos las llamas revoloteaban esparciendo negras nubes. Dos incendios semejantes, fruto de una misma guerra: un camión republicano, un avión nacional.

Yo seguía mirando y pensaba en Malu, pequeña bailarina española, "apolítica" de instinto, a pesar de su carnet de la C.N.T. y que mezclaba en una misma piedad las víctimas de los dos lados de la barricada.

Después, como ya era tiempo de regresar al frente, desperté a mi chofer, que dormía reclinado en su volante.



La música del «Bolero» de Ravel desencana una batalla

El contrato de Malu fué prorrogado dos semanas. Habíamos tenido frecuentes ocasiones de volvernos a ver. De común acuerdo, no hacíamos alusión alguna a los incidentes de la noche del bombardeo. En un frente estabilizado como el mío, tenía mucho tiempo para distraerme.

En el centro de nuestro frente, sobre un macizo, se encontraba el pueblo de Santa María de la Alameda, dominado en tres lados por alturas que estaban ocupadas por observadores nacionales. Nada podía pasar inadvertido para éstos, pues su propio Estado Mayor estaba alojado en Las Navas.

Al principio había menudeado el bombardeo, pero, después de haber examinado las ventajas y los inconvenientes, se había acabado por renunciar a un gasto inútil de municiones. A partir de aquel día, se vivía casi en paz. Raros eran los disparos de fusil y más raros todavía los lanzamientos de granadas de mano. Todos los domingos, a simple vista, veíamos salir la procesión de la iglesia de Las Navas. El ceremonial era esplendoroso: la tropa acompañaba el Santo Sacramento y los varales del palio brillaban al fuerte sol de agosto.

Como respuesta a esta ceremonia, los nuestros organizaban el mismo día mítines monstruos. Las dos terceras partes de los efectivos de la Brigada, se apretujaban en las callejuelas y en la plaza de la aldea. La tribuna de las notabilidades era adornada con enormes banderas rojas, y la de los oradores pintada con los colores de la república española.

En el frente, propiamente dicho, la vida se deslizaba bucólica y encantadora. El subsector ocupado por el escuadrón de caballería estaba en un promontorio que avanzaba hasta unos 600 metros.

de las líneas enemigas. En esta cresta, zigzagueaban elementos de fosos que unían entre sí cuatro blocaos. Los fosos tenían tan pronto una profundidad de treinta centímetros como dos metros o más. No por fantasía, sino más bien por pereza de cavar un suelo que era, en algunos sitios, bastante duro. Los lugares más expuestos habían sido protegidos por pequeños muros, pero los soldados tomaron pronto la costumbre de ir de un blocao a otro por el camino más corto, descubiertos. Y hacía falta que sumasen quince o veinte para que una bala viniera a recordar que nos hallábamos en guerra.

En la retaguardia de las líneas el terreno estaba arbolado. Más abajo, al pie del macizo, corría un río en el que se había hecho una pequeña presa para formar una piscina. Durante todo el mes de agosto y una buena parte del de septiembre, los soldados no ocupaban sus puestos de combate más que durante la noche. Desde el amanecer, la mayor parte descendía hasta las cocinas, instaladas cerca del riachuelo. Los más deportivos tomaban un baño; y para almorzar se reunían todos en un grupo.

Los caballos, trabados durante la noche, se dejaban luego en libertad en un lugar cercado. Era esta la hora en que se les dedicaba un mínimo de cuidados. Y para obtener este mínimo había que disputar, reñir y hasta darse de bofetadas con los soldados.

Así pasaba la mañana... Hacia las once llegaba el cartero. Era éste el único momento de fiebre de la jornada. Pocos recibían cartas y eran más raros todavía los paquetes que llegaban. En cambio, se recibían gruesos paquetes con ejemplares de "L'Humanité". El correo militar agregaba de ordinario a estos paquetes uno o dos ejemplares de "Le Populaire" y, a veces, de "L'Oeuvre".

Después del almuerzo dormía la siesta. El calor era aplastante. Los rayos verticales del sol caían a plomo sobre las piedras y el aire se hacía sofocante. El silencio pesaba entonces sobre el frente, de modo casi absoluto. Apenas si se escuchaba el ligero murmullo del río que remolineaba entre las piedras.

Hacia las cinco de la tarde, renacía la vida. La piscina era invadida por una banda turbulenta. Si una trucha imprudente se aventuraba allí, se la perseguía hasta su captura.

Al atardecer, los más diestros tiradores del escuadrón se dedicaban a la caza. Todos los días traían algunas perdices, una paloma torcaz o una liebre...

Después de cenar se pasaba la única lista del día. Se repartían los puestos y los soldados subían a la línea. Hacia las diez llevaba los centinelas a doscientos metros de nuestras trincheras. Sólo entonces era cuando se producía un cambio de disparos, sin que recuerde que ninguna bala hubiese matado o herido a nadie entre nosotros y lo mismo debía ocurrir en el campo de enfrente.

Caída la noche, los que no estaban de guardia jugaban a las cartas hasta que un incidente, siempre el mismo, surgía.

De repente, resonaba una voz que venía de lejos, de las alturas que estaban en poder de nuestros adversarios.

—¡Rojos! ¡Rojos! —decía la voz—. ¿Nos oís?

Los soldados dejaban las cartas y se agrupaban en el parapeto. —¡Rojos! ¡Rojos! —repetía la voz—. ¿Escucháis?

Uno de los nuestros se llevaba las manos a la boca en guisa de bocina y la conversación se entablaba.

Los interlocutores eran siempre los mismos: del otro lado, un capellán que se expresaba en francés; del nuestro, el comisario político del escuadrón, que le replicaba.

Al principio, la conversación tenía un tono familiar. El sacerdote nos hablaba de Cristo, el pobre entre los pobres, que dió su sangre por la salvación de los hombres; de sus preceptos, tan perfectos, que subsisten a través de los siglos, en todas las sociedades, en todos los estados de la civilización. La voz, al principio suave, se hacía cada vez más áspera, para clamar su indignación ante los asesinatos de sacerdotes, la profanación de las iglesias y su destrucción por el fuego. Al final se dulcificaba otra vez para prometer el perdón y la salvación a todos los arrepentidos que se pasaran a las líneas nacionales.

Mi comisario político no se preocupaba de las frases. Se refería a los que habían "descubierto" que el cielo estaba vacío. Expresaba a gritos su deseo de una sociedad socialista y prometía buenas primas a los tráfugas.

Pero de pronto deslizaba una palabra provocadora en esta controversia y comenzaba a expresarse como una verdulera de Batignolles. Después de las palabras descortesas, venían, invariablemente, las injurias. Falto de argumentos verbales, acababa por soltar una ráfaga de ametralladora y los adversarios ponían término a la conversación enviando un mortero.

Y el juego volvía a empezar al día siguiente.

Aquello acabó por saberse en Madrid. Un día, un oficial de la brigada de Propaganda vino a ver y asistió muy interesado, a nuestra controversia diaria.

Al día siguiente, recibí orden de arreglar una pista hasta el frente. La cosa era difícil, pero gracias a la ayuda de los pioneros se acabó por ensanchar un paso de montaña hasta que el auto pudiera pasar por ella. Se hicieron algunos ensayos y cuando cayó la noche todo estaba en su punto, la maquinaria presta y el programa muy cuidadosamente escogido.

Nosotros, muy interesados por estos manejos, ardíamos en deseos de ver los resultados de los preparativos de nuestros propagandistas. Las horas pasaron, interminables, y nunca nos pareció que el sol se ponía con tanta lentitud como aquella tarde. Al fin, el cielo se enrojeció, pasó después al tono violeta, se hizo azul sombrío y vino la noche.

—¡Rojos! ¡Rojos! ¿Escucháis?

Entonces, el "Bolero" de Ravel empezó a desenvolverse los arborescences de sus acordes melodiosos. Pues era aquella la gran sorpresa de nuestra Brigada de Propaganda: una música española compuesta por un francés!

Nick Gillain

La idea no era mala. En la noche sin luna, la música resonaba pura y armoniosa. Un extraño poder emanaba de aquel "leit-motiv", siempre el mismo y siempre diferente, que se amplificaba de instante en instante. Algo verdaderamente bello en una decoración que se prestaba maravillosamente a su comprensión.

Detrás de nosotros, el macizo que parecía asomarse al lecho del río, una muralla recortada. La sombría masa de los pinares. Ante nosotros, las alturas ocupadas por el enemigo. Sobre nuestras cabezas, la vasta cúpula del cielo, salpicada de estrellas. Por virtud de la música, el célebre "Bolero" resonaba en la noche como un himno a un ídolo bárbaro, como una danza sagrada en honor de una divinidad guerrera.

Cuando la música acabó de desenvolver su melodía, todos nos sentíamos sacudidos por una intensa emoción. Hubo entonces una pausa de un minuto. Después se desencadenó la catástrofe. El altavoz acababa de entonar "La Internacional". Entonces, de todas partes empezaron a llover obuses, arrancando al suelo negro regueros de fuego. Resonaban los estampidos, agujereando las piedras, rebotando sobre los sacos terreros de los blocaos. El ruido era infernal. Al resplandor fulgurante de las explosiones, el camión de la propaganda aparecía como un monstruo del Apocalipsis. Muy pronto fué encuadrado. Demasiado corto. Demasiado largo... Durante algunos minutos todavía pareció gozar de una inmunidad precaria. Al fin, un golpe en pleno blanco lo desarticuló como si se tratase de un gigantesco juguete.

Mientras tanto, en el fondo de los fosos donde los jinetes se habían refugiado, nosotros recibíamos aquella enorme descarga de hierro y nos encorajinábamos contra los teóricos y contra lo que se habían creído.



Una estampa emocionante de la galantería en Madrid bajo el terror

Cuando Malu regresó a Madrid, todos los pretextos me parecieron buenos para unirme a ella. Como yo tenía un depósito de caballos lisiados y de reclutas en el cuartel de caballería de Alcalá, los pretextos no me faltaban.

En Madrid me hospedaba en el Hotel Inglés. Al principio, esto no era divertido, pues el hotel estaba invadido por una banda turbulenta de internacionales que celebraban allí grandes orgías con las mujeres que recogían en la calle.

Más tarde, Alvarez del Vayo se instaló allí. Una guardia de los de Asalto se esforzaba en mantener un relativo orden. Importunados en sus costumbres de intemperancia, los internacionales emigraron hacia otro sitio, y poco a poco el Hotel Inglés tomó el aire de un establecimiento de provincias.

Fuí recibido allí con los brazos abiertos, pues es de advertir, que yo no olvidaba nunca llevar conmigo viveres de la Intendencia, para mejorar la situación; y como yo valía por diez en tales circunstancias, el personal tenía para mí las mayores atenciones.

Cenaba a menudo con Malu. Pero ella iba acompañada de una amiga. Cuando iba a su casa, su madre y su tía que vivían con ella, no nos dejaban jamás solos. A veces, iba yo al teatro donde ella bailaba, pero ni aun allí dejaba de haber personas que velasen por su virtud.

Al principio, esta vigilancia, que es tan frecuente en las costumbres españolas, me crispaba los nervios. A la larga, hube de acostumbrarme.

Una noche, en el teatro, durante la representación de despedida de la Compañía, se llevaron flores al cuarto de Malu, como se había hecho también con las demás artistas. A cada momento, éstas hacían irrupción en el cuarto de las compañeras, y el diapasón de las conversaciones subía de pronto. El anís dulce, el vermouth y el coñac no eran extraños a esto. Los artistas se felicitaban mutuamente y en los corredores circulaban los clientes habituales del escenario. Estos, no dejaban de chicolear a las más bonitas bailarinas.

En aquellos tiempos revolucionarios, los mecenas de Terpsicore eran el carnicero de la esquina, el del almacén de ultramarinos, el lechero. ¡Había que vivir! Por su parte, las artistas se conducían respecto de estas amistades—tan lisonjeras en tiempos de escasez—como lo hubiesen hecho con sus admiradores de otros días.

Mientras tanto, yo rabiaba en un rincón. Malu me martirizaba durante los numerosos cambios de trajes que necesitaban sus múltiples números.

En público, se mostraba conmigo mucho más distanciada que con todos aquellos extraños. Se dejaba besar, sobre todo, de cierto carnicero que por las numerosas chuletas que le había entregado sin corresponderle, se creía con derecho a mostrarse tierna. La cólera me ahogaba. Con el primer pretexto intenté marcharme. Pero Malu me hizo comprender que debía quedarme allí hasta el final y que no me perdonaría jamás el escándalo de haberla dejado sola la noche de su despedida. Por no desairarla, me quedé, pero cuando el espectáculo acabó, la conduje a su casa, deshaciéndome en reproches amargos y acusándola de coquetería.

A partir de aquella noche, acentué todavía más mi tendencia a jugar el papel de aristócrata. Y aquello me hizo sentir la hostilidad sorda de mi jefe de brigada y del capitán Bastien. Arreglé mi existencia como un desafío al ideal de un oficial rojo. De todos lados recibí avisos que me indicaban que se buscaba un pretexto para molestarme. Sin embargo, fiado de que yo era el único oficial de caballería, fiado también en mis antiguos actos de servicio y en la confianza de mis soldados, no hice caso de aquellas advertencias. Hubiera debido, no obstante, desconfiar a partir del momento en que se destituyó al antiguo comisario político del escuadrón, con quien yo había hecho toda la campaña, para nombrar otro. El antiguo, Armand Hautin, era un borracho entre los más borrachos, casi un analfabeto, cuyos discursos se esmaltaban de vulgaridades, pero era valiente y con él me entendía yo bien. El nuevo, procedente de la artillería de la 13 brigada, se dedicó pronto a predisponer a los soldados contra mí; pero esta empresa era superior a sus fuerzas, pues tenía el defecto mayor que puede tener un comisario político de escuadrón: no sabía montar a caballo. De ahí, una situación llena de humor cuando él tenía que montar una bicicleta para acompañarnos a cualquier maniobra.

En la “república” del E. M. de la brigada, no pasaba día sin que yo tuviese un conflicto con alguno de los oficiales. Pero el más grave era el que me separaba de Bastien. Belgas los dos y como todos nuestros compatriotas aferrados a nuestras opiniones, cambiábamos frecuentemente palabras brutales.

Recuerdo una discusión empezada a las diez de la noche y terminada a las cuatro de la madrugada, en el curso de la cual declaré, en medio del furor de todos, que los social-demócratas austriacos eran mucho más valientes que los comunistas alemanes; que los primeros se habían batido, mientras que los segundos, se habían pegado a tierra como conejos.

Apenas había terminado mi frase cuando el coronel Dumont me conminó a retirar mis palabras, que consideraba ultrajantes para el Gran Partido que se honraba en contar Thaelman entre sus miembros. Yo lo hice, aunque de mala gana.

A fines de septiembre, la 14 brigada no contaba ya con un solo jefe de unidad o de servicio nombrado por el general Walter o por el coronel Putz. Únicamente, el jefe de Intendencia y yo, éramos la excepción. Instintivamente nos acercamos el uno al otro. Con mucha melancolía leíamos el comunicado en que se señalaban las luchas de la 35 División mandada por el general Walter en el frente de Aragón, y comparábamos la vida quieta, aunque poco famosa, que nosotros llevábamos con la existencia aventurera de los que lucharon en Quinto y en Belchite. Y maldecíamos del coronel Dumont a quien debíamos esta desgracia.

Este estado de espíritu, no era exclusivamente nuestro, sino de todos los antiguos de la 14. Yo no podía cambiar dos palabras con un camarada de aquellos de Lopera o del Jarama, sin que se trasluciese el sentimiento que nos inspiraba la ausencia de Putz o de Walter.

Como es de suponer, el servicio de informes tenía a nuestro jefe de brigada al corriente de estos sentimientos. De día en día yo me daba cuenta de que la inmunidad que yo disfrutaba se hacía cada vez más precaria y que el peligro estaba próximo.

Poco después de la toma de Gijón, la brigada, al fin reorganizada, fué relevada y marchó a descansar al Escorial. Fiel a su política, el coronel Dumont organizó fiestas y una revista a la cual fué invitado el general Miaja. El desfile resultó muy bien; la brigada se presentó en un orden perfecto y con sus seis batallones y su caballería-artillería anticarros, causó una excelente impresión. Después de romper filas, los batallones se reunieron en banquetes en los que el elemento femenino estaba representado por 200 jóvenes comunistas de Madrid.

Aquel ensayo de fraternización tuvo resultados deplorables. Mucho antes de la hora fijada para el regreso, las jóvenes afluyeron al lugar de la cita reclamando a voz en grito los automóviles. Estos no estaban preparados todavía, por lo que las jóvenes comunistas fueron encaminadas al Hotel Victoria para que aguarda-

sen allí con paciencia. Al cabo de algunos instantes, el hotel se vió invadido por una ululante masa de hombres. Decían éstos que no tolerarían que las mujeres fuesen todas acaparadas por los oficiales.

El escándalo fué mayúsculo. La guardia tuvo que descongestionar la calle a palo limpio y hacer sus buenos dos centenares de detenciones.

Creo que en lo sucesivo las jóvenes comunistas no aceptarían volver a un banquete organizado por los internacionales.

Ocho días más tarde, cediendo a la epidemia que invadía a la brigada, organicé una fiesta para la caballería. Hubo un asalto de armas y una carrera de caballos. La fiesta terminó con la inevitable comilona.

De antemano, había yo tomado mis precauciones para neutralizar la acción de mis impenitentes borrachos. Fueron éstos colocados entre dos camaradas que tenían la misión de vigilarlos. Por último, para los escandalosos había preparado calabozos con mesas bien provistas de vituallas y de bebidas. Uno de ellos fué ocupado desde el principio por un soldado que prefirió ir a él directamente, sin pasar por el hotel, pues a su juicio era más sencillo ir allí de grado que no tenerlo que hacer más tarde por fuerza.

Durante la comida, actuaba una orquesta. Hubo también números de canté y baile. Yo había invitado a Malu, y para traerla desde Madrid, Victori, el comisario político de la brigada, me había dado un salvoconducto y prestado su auto. Cuando mis hombres supieron que mi amiga iba a venir, me dieron la sorpresa de arreglar un hotelito que alhajaron con los muebles que encontraron a mano. Esta casita estaba junto al campo de maniobras y todas las mañanas se hacía la instrucción ante Malu, que tomaba fotografías. Por la noche, veinte o treinta jinetes se introducían en el jardín y alumbraban una hoguera alrededor de la cual, todos juntos, charlábamos largamente. Se hablaba de la tierra lejana, de los padres, de las aventuras tristes o locas que poblaban la vida de cada uno. Lo extraordinario era la corrección de que daban muestras los más empecatados bebedores. Si uno de ellos empezaba a descarrilarse, evitaba que le vieses y no venía a turbar nuestra cordialidad.

Creo que todos, poco o mucho, estaban enamorados de Malu. Yo he frecuentado mucho la gente de teatro en Francia y en Bélgica. La que Malu me dió a conocer, no difería en nada de aquella otra. Era el mismo fondo de vanidad, el mismo afán de publicidad. Las artistas estaban siempre dispuestas a enternecerse ante una desgracia, aunque a renglón seguido desgarrasen la honra a cualquiera...

En aquel ambiente, como en los restantes, la revolución había puesto también su nota triste. El cuidado de la alimentación diaria era un problema que se hacía cada vez más difícil. No por falta de dinero, pues los artistas eran privilegiados en ese aspecto y jamás se encontraban faltos de recursos; pero las restricciones, cada vez más crecientes habían disminuído las raciones a tal extre-

mo, que debían avituallarse no importaba por qué medio, sin lo cual hubiesen perecido de inanición.

Nada más típico que la escena que se desarrollaba cuando dos artistas se encontraban en la calle. Las dos vestidas con una elegancia que sólo a ellas les estaba permitida en aquellos tiempos de turbulencias en que la indumentaria podía servir de pretexto a una denuncia. No hablaban ni de sus "trapos", ni del oficio. Sus palabras giraban en torno al pan, el aceite, el jabón y otros productos de primera necesidad.

Pero lo más penoso era la vigilancia policiaca, que las encerraba en una estrecha red. Se pensaba que este ambiente del teatro, en el que evolucionaba un conjunto de bellas muchachas, era muy propicio al espionaje, pues todas las artistas, por turno, debían hacer una tournée por los teatros del frente, donde les era dable recoger importantes informes cerca de sus admiradores, los oficiales.

Se creía que, por su vida anterior, no podían ser fieles al nuevo régimen. Las unían demasiados lazos con la antigua aristocracia y la burguesía, estaban habituadas a un lujo adquirido en tiempos mejores que las imposibilitaba para adaptarse al nuevo estado de cosas.

La gran mayoría de los artistas formaban parte del Sindicato de la F. A. I. Pero esto no era más que un vano subterfugio, para el contraespionaje. Así, casi diariamente procedía a detenciones que, muchas veces terminaban en condenas a muerte.

Yo no puedo, sin que se me encoja el corazón, acordarme del caso de Dolores, una amiga de Malu. Estaba en un café de Madrid a las 11'30, exactamente, cuando había ocasión de beber cerveza. Nos hallábamos en un establecimiento de la Gran Vía, la célebre calle madrileña en la que se alza la fachada de la Central Telefónica. Las dimensiones imponentes de este edificio eran un blanco excelente para los artilleros nacionales, que no dejaban de enviar algunos proyectiles de cuando en cuando; de ahí el remoque de "la Avenida de los Obuses". Para mayor prudencia, se habían acumulado sacos terreros ante la puerta y las ventanas del café, pero Malu, en quien el hambre y el miedo estaban siempre en constante lucha, prefería acomodarse lo más lejos posible de la calle. Para calmar la sed, mi amiga había pedido tres bocks para cada uno de nosotros, y acabábamos de vaciar nuestro primer vaso cuando una pareja entró en el establecimiento y se dirigió hacia nosotros.

Delante iba una mujer muy bella, maravillosa de tipo, de una hermosura excepcional. Todo en ella parecía armonioso, y en su conjunto no se podía discernir el menor defecto. Detrás marchaba un buen hombre de unos cuarenta años, más bien pequeño, de rostro encanijado. Con sólo mirarle se adivinaba que era un policía. Los policías tenían la costumbre de llevar un mono azul y una gorra del mismo color. Pero, como iban armados de un revólver puesto en banderola, se les veía el correa a la altura del cuello. Otro signo infalible: en aquellos tiempos febriles, eran los únicos que tenían el andar seguro y el gesto displicente.

—¡Dolores! ¡Dolores!—exclamó Malu al ver a la joven.

Una sonrisa fugaz iluminó el semblante de la recién llegada, quien, después de haberse dejado besar por mi amiga, vino a sentarse a nuestro lado.

Malu me presentó a la joven como una artista de gran talento, que tenía siempre un enorme éxito ante el público. Para su acompañante fué más breve:

—Esteban Fernández—dijo.

El policía hablaba una jerga que, en rigor, podía pasar por francés. Se lanzó en seguida a un largo monólogo cuyo tema era el elogio de los "internacionales", que habían venido a España para ofrecer su vida por la causa del proletariado mundial.

No me fué necesario mucho tiempo para comprobar que mi policía era un perfecto borracho. Le dejé hablar, y en mi interior intentaba descubrir los lazos que podían unir a criaturas tan diferentes como aquellos dos seres. Cuando al cabo de una media hora Dolores y su acompañante nos dejaron, con la promesa de volver a menudo, tuve, por Malu, la explicación de aquel fenómeno.

—Dolores —me dijo ella— era, antes de la revolución de julio, una de las mujeres más halagadas de Madrid. Últimamente había tenido por amigo a un afamado torero. Era una taurómaca empedernida... Ahora bien, desde los primeros acontecimientos, aquella mujer, que había visto correr la sangre en las plazas de toros, se sentía poseída de espanto ante el riesgo de la muerte. Llegó a todas las bajezas, cerca de aquellos que ella creía susceptibles de salvarla de la prisión o del fusilamiento; el terror había creado en ella una verdadera manía persecutoria. Creía que toda la terrible organización policiaca de la capital no tenía más que una finalidad: la de vigilarla e intentar procesarla. Últimamente, Esteban Fernández se había cruzado en su camino. No era más que un comparsa, que seguramente no podría hacer nada por Dolores el día en que ella se encontrase en peligro.

"Lo más extraño—decía Malu—es que Esteban no está enamorado de Dolores. Siente, sí, su vanidad halagada de poder exhibir esta encantadora criatura a su lado, él, que no era sino un antiguo ferroviario despedido. Hace ostentación de su belleza y la lleva a todas las tabernuchas que él frecuentara en otro tiempo, no tan lejano, en que un duro era para él un objeto de ensueño.

"En realidad, lo más triste de la vida actual de Dolores es que ella conoce el estado de abyección en que ha caído. Dolores ha pasado muchas noches conmigo, cuando el toque de silencio le ha impedido regresar a su casa. En diversas ocasiones, la ciudad fué bombardeada. El ruido era ensordecedor, los resplandores de las explosiones llenaban de llamas rojas los adoquines, la casa temblaba hasta en sus cimientos. Dolores no daba la menor muestra de miedo; se envolvía en su abrigo, y mientras duraba el bombardeo fumaba un cigarrillo después del otro. Pero lo que la horro-

zaba era la posibilidad de ser detenida, de sufrir largos interrogatorios, de ser maltratada en el fondo de un calabozo.

"Cuando nos encontramos solas, no tiene más que un tema de conversación: la muerte de tal o cual de sus camaradas; y murmura a mi oído, temerosa de ser oída, los siniestros detalles de esas muertes... ¿Por dónde se habrá enterado...?"

—Por Esteban, quizás. ¿Acaso no tendrá él interés en aterrorizar a la desgraciada mujer a fin de tenerla mejor a su merced?

Malu hizo una mueca antes de contestar.

—Lo dudo..., pero, después de todo, es posible...

Volví a ver al policía en dos ocasiones, en los cafés de la Puerta del Sol. Iba sin Dolores, pero cada vez acompañado de una mujer diferente. Estas últimas tenían un aspecto vulgar, una especie de feminidad agresiva, que un maquillaje bárbaro hacía más chocante. Este género parecía agradar a Esteban, quien se esforzaba en hacerse más grato a estas compañeras que a Dolores.

Cada vez que lo encontré me obligó a sentarme a su mesa, aunque sólo fuese unos minutos. Ponía tal insistencia, que hube de ceder.

—¿Y Dolores?—pregunté.

—Trabaja—respondió lacónicamente.

Malu me llevó al teatro donde actuaba Dolores. Cuando me dijo que ésta era una gran artista, no había exagerado, pues Dolores poseía realmente un admirable talento de bailarina.

Los bailes españoles, en general, no son realmente apreciados más que por sus conocedores. Para los no iniciados, se asemejan demasiado y aunque se amparen en nombres de Galicia, Andalucía o la Mancha, parecen pertenecer a la misma familia.

Cuando Dolores aparecía en la escena, era algo maravilloso incluso para un profano. No tenía ese andar canalla, ese hundimiento de las caderas en tanto que las rodillas flexionan, que sus compañeras querían hacer pasar como la última palabra del arte; no, en ella todo parecía sencillo, claro y vivaz; y cada uno de sus movimientos, tenía por sí solo, una belleza y una armonía.

El público estaba loco con Dolores. El anuncio de su número provocaba en la sala un jaleo indescriptible; los espectadores vociferaban enardecidos.

Pero cuando ella aparecía en la escena, el silencio se hacía absoluto, cortado solamente en algunos pasajes, por los ¡olé! del público.

Si éste vibraba por su ídolo, ella respondía mal al homenaje. En su camerino, yo no vi jamás que sus ojos se iluminasen de alegría. Parecía siempre un poco triste y como hermética. Para reanimarla, Malu y yo intentábamos persuadirla de que el fin de la guerra estaba próximo y que la normalidad volvería haciendo otra vez la vida fácil y agradable.

—Para mí no llegará eso—replicaba Dolores.

Tenía razón. A principios del otoño, Dolores fué mortalmente

Nick Gillain

herida en una barriada próxima a Madrid, en la carretera de Zaragoza, un día que ella regresaba de un pueblo adonde había ido a comprar algunos kilos de patatas.

Un convoy compuesto de varios camiones, que venía de Alcalá de Henares a toda velocidad, sufrió un violento bombardeo; uno de los proyectiles estalló a algunos metros de Dolores. Las heridas que sufrió no le dejaron ninguna esperanza de escapar a la muerte. En el hospital pasaron ocho días antes que sus ojos se cerrasen para siempre. Su agonía fué terriblemente dolorosa.

Según el testimonio de Malú, Dolores sufrió la última prueba de una manera verdaderamente heroica. Vió venir la muerte sin protestas, sin recriminaciones, sin odio ni cólera.

—Yo creo —dijo Malu— que Dolores sintió la dicha de morir. Para ella, la muerte era la certidumbre al fin de que escapaba definitivamente a la prisión y a las torturas.

Si me he extendido en el caso de Dolores, es para hacer comprender que en ciertas naturalezas los peligros supuestos son más horribles que los reales y que una de las mayores desgracias de las revoluciones, es esa atmósfera de sospecha que anonada a las naturalezas débiles o nerviosas.

No he querido hablar aquí de hechos de los que no haya sido testigo. No hablaré, pues, de los fusilamientos a millares, de las checas que infligen torturas con un refinamiento asiático, ni de hechos análogos de los que numerosos corresponsales especiales han informado exactamente.

A Esteban Fernández tuve ocasión de volverle a ver para asuntos de servicio en el frente de El Escorial. Me habló de Dolores de una manera que me confirmó que no había sentido el menor amor por ella:

—Sí —me dijo— era una hermosa muchacha, pero demasiado aburrida y triste. Yo me pregunto, cómo he podido sufrirla durante tanto tiempo.

*Un crimen
que subleva el
alma: los niños
enviados a la
muerte utilizán-
dolos como es-
pias*

Después de ocho meses de frente, los internacionales aspiraban todos a marchar con permiso a sus países de origen... Este deseo era mayor entre los franco-belgas de la 14 Brigada, que podían, sin peligro, volver a sus hogares, mientras que sus camaradas italianos, alemanes y polacos temían el ser encarcelados. Nosotros habíamos venido sin firmar ningún compromiso y la mayor parte, al comienzo, creyeron que su presencia junto a los milicianos del ejército republicano duraría tres o cuatro meses lo más, el tiempo necesario a los españoles para crear un ejército. De hecho, nuestra misión era la de acudir a lo más urgente, prontos a desvanecernos en cuanto los milicianos se hubieran sentido un poco aguerridos. En lugar de esto, tomaba todos los días una mayor amplitud y un carácter de ferocidad tal, que imponía en los puntos decisivos la intervención fatal de todas las unidades internacionales.

Pero había, además, otro motivo de descontento entre los voluntarios: la manera metódica con que el alto mando disolvía los destacamentos de especialistas, quitándoles el material y dispersando a sus hombres en los batallones de Infantería.

En muy poco tiempo, la aviación, los tanques, las baterías fueron completamente purgadas de internacionales. Estos se dirigían a Albacete reclamando ser enviados a sus casas.

—Toda vez que los españoles no tienen ya necesidad de nosotros como especialistas —decían, con razón— tampoco le hemos de ser

Nick Gillain

precisos como soldados. No tienen más que llamar un nuevo reemplazo si quieren contar con carne de cañón...

Albacete no cometió el error de forzar a estos descontentos, obligándoles a reunirse con las brigadas. Los confinó en campos de concentración donde los hombres se morían de aburrimiento y se ahogaban bajo la tela de las tiendas de campaña...

Algunas semanas más tarde corrió el rumor de que el Ministerio de la Guerra concedía permisos para el extranjero a un cierto porcentaje de soldados que se encontraban en el frente. Varios convoyes de camiones se dirigieron a los sectores trayendo cargamentos de hombres animados con la esperanza de salir del infierno español. Aprovechando la ocasión, los dirigentes de Albacete vaciaron sus cárceles y nos enviaron una canalla sin la cual nos hubiéramos pasado perfectamente. Inútil describir la cólera de los voluntarios cuando se vieron burlados y las desertiones que se sucedieron.

En tres días, la compañía de los "pioneros" alcanzó efectivos desiguales.

En la caballería, esta larga ausencia de la patria producía un efecto muy deprimente en la moral de todos. En mi unidad tenía yo una crecida proporción de veteranos, de hombres que, a la larga, sentían la nostalgia del hogar. Las noticias, muy raras, que recibían de sus casas no eran como para reanimar a mis soldados. Era natural, pero muy doloroso para ellos: en Francia y en Bélgica la vida seguía su curso. Había mujeres infieles, peticiones de divorcio, concedidos sin que nadie acudiera a oponerse, nacimientos, muertes... Y, además, la miseria en los hogares.

Antes de partir, los camaradas de las células comunistas habían prometido que se haría lo necesario, que las familias de los alistados serían socorridas de una manera decente. En realidad, las mujeres cobraron una cantidad irrisoria, la imprescindible para no morir de hambre. Pero éstas no eran sino las más afortunadas. Las compañeras de los que marcharon, realizaron algunas gestiones que no dieron resultado sino tras largos meses de espera. Como es natural, las que todavía eran jóvenes, se las arreglaron mejor...

Recuerdo a este propósito el caso de mi brigada, un tal Poillot. Haciendo uso de la facultad que yo les había concedido, vino a mi habitación en el momento en que me disponía a dormir.

—Capitán —me dijo sentándose en el suelo y tendiéndome una carta arrugada—, lee esto que he recibido hoy.

Accedí de buen grado y con gran trabajo descifré las líneas siguientes:

"Amor mío: Cuando tú te marchaste, me prometiste regresar en dos o tres meses; ya hace un año que estás ausente. Muchos de tus compañeros han regresado y estoy segura que si tú quisieras ya estarías de regreso en la casa. Pero tal vez prefieres seguir en España. Parece que ahí ganáis mucho dinero y que hacéis todas las conquistas amorosas que queréis.

Me he armado de paciencia durante bastante tiempo, pero hoy me siento demasiado triste, demasiado sola; es necesario que vuel-

El Mercenario

vas, pues de lo contrario—y no creas que esto sea una amenaza— todo habrá acabado entre nosotros.

Tú has marchado como voluntario; si tú quisieras, podrías, pues, volver a Francia. No se te puede impedir.

Es que tú no me quieres ya. ¿Por qué quieres que yo continúe sufriendo?

No te enfades, amorcito mío, yo te quiero todavía, pero esta vida solitaria no se ha hecho para mí.

Te envía un beso, de todo corazón

NICOLE."

Esta carta se quedó tan bien grabada en mi recuerdo, que estoy seguro de haberla reproducido palabra a palabra. ¿Quién era la que la había escrito? ¿Una dependienta sentimental? ¿Una mecanógrafa? Lo ignoro, pero es lo cierto que reproduce exactamente el tono de otras tantas misivas que yo tuve en mis manos.

Había en ella el mismo error común a casi todos los internacionales. A la palabra "voluntario" se daba una interpretación tan amplia, que autorizaba a dejar el ejército en cuanto cesase el deseo de batirse.

En general, en nuestro ejército se abusaba de dos fórmulas: "Yo he venido por un "ideal", "Yo soy un voluntario". Al principio, estas dos frases tenían el don de crispar mis nervios cuando se pronunciaban fuera de propósito y sin ton ni son. A la larga, acabé por no prestarles atención.

¿Qué podía yo hacer por mi pobre Poillot? Absolutamente nada. Algunas frases de circunstancias en las cuales no puse ninguna convicción. De antemano sabía que el único consuelo que hallaría mi soldado, sería el del vino. Y esta vez no podría reñirle si se emborrachaba...

Lo más asombroso es que la censura, en general tan celosa, hubiera dejado pasar esta carta. Precisamente, la víspera había detenido otra que hablaba del encarecimiento de los víveres en París. Con tal motivo se me había pedido que vigilase al destinatario.

El descontento se hacía tan grande, que el Gobierno español decidió conceder permisos. Pero el número de los beneficiarios era tan pequeño que, tras un rápido cálculo, acabamos por comprobar que serían necesarios seis meses antes que el último de los beneficiados viese llegar su turno...

El Ministerio de la Guerra no había cedido a un movimiento humanitario al levantar su veto. Había sido avisado que el reclutamiento en Francia descendía porque los candidatos a voluntarios exigían, de antemano, un compromiso que les garantizase el derecho al permiso. En realidad, no hizo el Gobierno un mal negocio, pues por las varias decenas de hombres que dejó en libertad, recuperó el décuplo de soldados más jóvenes y menos cansados.

La vida seguía en El Escorial su curso monótono. Un solo acontecimiento merece una mención especial: el paso al enemigo de nuestro oficial de información, que se llevó con él a una decena de hombres. Algunos días más tarde, se dijo que ha-

bía sido descubierto en el décimo Batallón, un centro falangista que tenía enlace con Madrid.

Este acontecimiento fué muy desventurado, pues justificó una mano dura en el servicio de contra-espionaje en todos los engranajes de la Brigada. A partir de aquel día, el capitán Bastien se convirtió en el brazo derecho del coronel Dumont, con el que tenía frecuentes entrevistas secretas.

Una vigilancia inquisitorial se ejerció sobre todo cerca de los oficiales, que debieron llenar numerosos formularios en los que abundaban las preguntas de este género: "¿Ha formado usted parte de la policía? ¿De la gendarmería? ¿Ha colaborado en alguna represión?, etcétera.

En aquella época, se tendió una red de confidentes en torno a todas las unidades y, según órdenes superiores, debíamos darles toda clase de facilidades para cumplir su trabajo. Además de los que conocían los jefes de cuerpos, había otros para controlar a los primeros y espiar a los oficiales.

Hacia fines de septiembre de 1937 volví a ver a Esteban Fernández en una singular ocasión. Acababa yo de salir del Estado Mayor para incorporarme a mi sector, cuando fui llamado al despacho del comandante Quimpel. Allí encontré al policía acompañado de dos niños raquíticos, de unos doce años de edad. Iban estos ataviados con verdaderos harapos y sus rostros denotaban una extrema falta de inteligencia. No eran, en verdad, agradables a la vista estos dos pobres niños, con sus orejas despegadas y sus cuellos delgadísimo. Quedé estupefacto cuando Esteban me dijo que eran dos espías a quienes él acompañaba con orden de hacerles pasar a las líneas nacionales:

—Gillain—dijo Quimpel—, ¿cuál es el lugar más favorable para atravesar las líneas?

—Delante de los de Asalto—respondí yo sin vacilar, sabiendo que éstos, venidos para hacer sus tres meses de frente—lo que les permitía dejar su trabajo de control en la retaguardia—habían neutralizado su sector de una manera absoluta. Allí no había peligro de que hubiese ningún disparo...

—¿Quisieras tú ocuparte de esto? —agregó el jefe del Estado Mayor.

Me era difícil decir que no. Sin embargo, algo se revolvía en mí a la idea de contribuir a esta villanía. No me repugnaba la idea de que se empleasen espías, pero sí esto de reclutar niños para realizar tales misiones, extremadamente peligrosas. Y, además, ¿por qué medios los habían convencido para llevar a cabo este menester? En todo caso, era absurdo pretender que aquellos niños obrasen por ideología. La verdad debía ser que se había recogido en

las calles de Madrid a los pequeños vagabundos, quienes, por una corteza de pan aceptaban llevar a cabo no importaba qué.

Bien entrada la noche, en la más completa obscuridad, detenía yo mi coche cerca de un puentecillo que salvaba el río. Vi salir a Esteban y a los dos pequeños espías, que parecían poseídos de una total indiferencia. Nos aventuramos por un sendero que bordeaba el curso del agua. A alguna distancia, la senda subía hacia el monte, zigzagueando a través de un terreno muy accidentado. Era una verdadera pista de mulos; en ciertos lugares pasaba por encima de una muralla vertical de 300 metros de alto sobre una estrecha cortina de rocas recortadas.

En la obscuridad, nuestra progresión era lenta, interrumpida por frecuentes paradas para calmar los latidos del corazón sometido a una ruda prueba.

A medida que avanzábamos, Esteban encontraba nuevos pretextos para mantenerse a retaguardia. Finalmente, al señalarle con el dedo una garganta, entre dos perfiles de montañas, haciéndole observar que era allí donde se encontraban nuestras vanguardias, precisamente delante de Peguerinos, me declaró francamente que no avanzaría ni un metro más.

—Yo soy viejo, capitán —dijo— y yo no puedo ir más lejos, sobre todo, con mi miopía. Continúen sin mí y ya me recogerán a la vuelta.

Alcé los hombros y sin mirar siquiera al miserable que enviaba a los otros a la muerte, teniendo buen cuidado de preservar sus propios huesos, continué adelante seguido por los dos chiquillos...

Llegado que hube a la altura de mi puesto, me dí a conocer y pregunté lo que pasaba a nuestra derecha donde estaban los de Asalto.

—Nada. Ni un tiro —respondió el brigada. Después preguntó:

—¿Qué vienen a hacer aquí estos niños?

—Son espías que deben pasar a las líneas enemigas...

Alrededor de mí formaron círculo una decena de mis jinetes. La noche no era lo suficientemente oscura para impedir ver en sus ojos un destello de indignación.

—Vamos, muchachos, buena suerte —dije yo para salir de aquel mutismo embarazador.

Los muchachos, como dos pobres gatos hambrientos, curvaron el espinazo y se deslizaron a través de las peñas.

No volví a tener noticia alguna de ellos.

**La bárbara-
borde «depura-
ción» que
ejercían las che-
cas entre los
mismos rojos**

A fines de noviembre de 1937, el escuadrón recibió orden de volver a Aranjuez a marchas forzadas. A pesar de la buena voluntad de los jinetes, fué imposible llegar allí antes de la noche del tercer día. Los caballos estaban reventados, y desde hacía un año que esta unidad se hallaba en el frente, el servicio de remonta del Ejército había desoído siempre mis peticiones de monturas de complemento.

Entre Colmenar y Chinchón nos cruzamos con dos escuadrones de Asalto maravillosamente equipados y perfectamente montados, sobre caballos pimpantes. Viendo pasar a sus colegas los internacionales, los de Asalto les habían dirigido algunas miradas con un aire zumbón. La vista de aquellos cincuenta caballos de todas las tallas, equipados de mala manera, ofrecía un contraste violento con el aspecto brillante de los escuadrones equipados como para una parada. Pero entre aquellas unidades había también otra diferencia: de una parte, las tres grandes batallas libradas por los de las Brigadas, los siete mil kilómetros de etapas que habían recorrido, y de la otra, el simple servicio de policía de carretera, al que se hallaban dedicados los españoles.

En Chinchón se hizo alto en el patio de una destilería para dar de comer a hombres y animales. En el momento en que yo salía a la calle, pasaron ante mí cuatro camiones. Una bocanada de viento levantó las gruesas lonas que los cubrían. Ello me hizo advertir la carga que llevaban. En cada uno de ellos había una treintena de cadáveres enteramente desnudos que se movían de un lado a otro, sacudidos por el mal pavimento de la calle.

Nick Gillain

Escuadrón, que minaba mi autoridad con una vigilancia meticulosa de todos mis actos. Tuve con él muchas disputas, la más grave a propósito de mi enfermero, sospechoso de fascista. Mi comisario político y el adjunto del servicio de información, Rodríguez, vinieron a verme y me aconsejaron liquidarle sin proceso.

Yo no soy mejor que otro cualquiera, pero tengo mis principios: el asesinato me repugna y puse el veto a esta ejecución.

Al marcharse, el teniente Rodríguez me miró de una manera que debiera haberme hecho reflexionar.

Después de diez días de frente, la Brigada fué relevada y enviada a descansar a Aranjuez. La noche en que llegó a esta ciudad, el intendente general de la Brigada fué relevado de sus funciones y acusado de malversación.

Desde hacía dos o tres días corría el rumor de que una inspección en la contabilidad había descubierto importantes malversaciones en el movimiento de fondos. Personalmente, el asunto tenía para mí mayor importancia de lo que parecía. En efecto, después del arresto del intendente, yo era el último jefe de unidad o de servicio nombrado por el general Walter, cordialmente odiado por el teniente coronel Dumont.

Además, había un secreto entre nosotros. Algún tiempo antes, el intendente me había entregado en depósito una pitillera de oro. Me la confió porque no quería llevar encima una alhaja de valor. Surgió el caso de conciencia. ¿Debía yo entregar la pitillera a los investigadores? Después de una noche de reflexión, decidí no devolver la alhaja sino después de la condena del intendente. Sin embargo, no ignoraba yo el peligro de esta resolución. Acababa de enterarme, al regresar a la Brigada, de que durante el combate de la Cuesta de la Reina se habían hecho ejecuciones en masa. Una noche habían sido fusilados siete detenidos, entre los cuales estaban el teniente Sfax y el capitán Calle de la Maison, los dos, puestos en libertad, con todos los pronunciamientos favorables, por los tribunales militares. Pero el capitán Bastien les consideraba por su cuenta culpables de traición.

Entre los ejecutados figuraba también el distribuidor de gasolina, Marcel-le-Borgne, "culpable" de haber vendido diez litros a unos particulares, y unos cuantos desgraciados cuyo único "delito" era el de haber sido encontrados en prisión en el momento en que la guardia del Estado Mayor, que vigilaba los locales disciplinarios, había sido llamada al frente.

En esta coyuntura, en que la menor sospecha podía hacerme condenar a muerte, la decisión que había tomado era en realidad imprudente. Pero sentía yo demasiado culto a la palabra dada para obrar de otra manera.

El Mercenario

El sumario se llevó con toda celeridad y el intendente fué juzgado por el Consejo de Disciplina. Se le condenó a la degradación pública y a la prisión a perpetuidad en un castillo. Cuando la sentencia se publicó en la orden del día fui a ver al comisario político de la Brigada, Vittori, y le entregué la pitillera de que yo era depositario. Vittori no pareció asombrarse y, en general, no prestó atención a los motivos que me habían impulsado a ocultar el objeto durante aquellos últimos días. Incluso me dijo que cuando un millón se había volatilizado, el descubrimiento de unas perras no tiene la menor importancia.

Pero aquel mismo día fui arrestado y puesto a la disposición del servicio de información.

Desde el primer interrogatorio comprendí el método que iba a emplear el capitán Bastien para hundirme. Estaba el tipo demasiado especializado en pretorianismo para imaginar que podría castigarme por haber conservado un depósito de nuestro prevaricador intendente.

Apenas me senté ante él me dijo:

—Mi querido Gillain, estás acusado de haber ocultado una pitillera. Los móviles en que basas tu acción son demasiado humanos para que se te pueda condenar... sin haber probado el "clima" en el cual has obrado.

"Si has obrado por espíritu de camaradería, la falta será anodina, pero si lo has hecho por sustraer al ladrón a un justo castigo, te has hecho su cómplice y como tal deberás responder ante el Consejo de guerra del "crimen" de retención.

"Vas a contarme toda tu existencia y, entre otras cosas, los motivos de tu alistamiento en las Brigadas internacionales..."

A partir de aquí, el interrogatorio se convirtió en un largo monólogo, en tanto que el jefe del servicio de información tomaba muchas notas.

Al cabo de dos horas tuve autorización para regresar a mi escuadrón, pues, como he dicho anteriormente, estaba arrestado..., pero no detenido. Encontré a mis soldados en un estado de excitación extrema. Sin un llamamiento a la prudencia, que había sido hecho por el comisario político, quien explicó que cualquier gesto en mi favor se volvería fatalmente contra mí, el escuadrón entero hubiera montado a caballo y habría marchado con las armas en la mano para reclamarme.

Cuando llegué al patio de la finca en la que estábamos acantonados, los caballos estaban ensillados y los jinetes censuraban al comisario el que me hubiera dejado caer en la trampa.

Nick Gillain

Tuve la satisfacción de ver que mis reclutas españoles se hallaban tan a mi lado como los internacionales. El más desatado de todos parecía el viejo Guillermo, quien no se ocultaba para decir que si yo era relevado del mando él desertaría en unión de su "juento".

Apacigué este tumulto como pude y pasé toda la noche reflexionando sobre lo que debía hacer.

Por la mañana, mi oficial de avituallamiento, a quien había enviado a Madrid dos días antes, regresó y me dijo que había visto a Malu. Le había entregado una carta para mí. Era una carta lacónica, en la que me decía que el capitán Bastien en persona había registrado su casa, y no habiendo en ella nada comprometedor, la había hecho interrogar por una checa para que declarase contra mí.

Este procedimiento indigno me sacó de quicio. Hice ensillar mi caballo y al galope me presenté en el Estado Mayor, donde tuve con Bastien una discusión que terminó en pugilato. El escándalo fué mayúsculo cuando me puse a apostrofar a toda la pandilla del coronel Dumont:

—No es con papeleos, ni con denuncias ni calumnias como se hace la guerra, sino con valor y con conocimientos militares... Nosotros no hemos venido a España para politiquear, sino para batirnos.

Rojo de cólera, pero sereno en apariencia, el coronel Dumont me pidió que explicase esas palabras.

—Estoy harto —dije— de oírle a usted insultar al general Walter y al coronel Putz. No me interesa su vida privada, pero sé que con ellos la 14 era una Brigada de choque y nos sentíamos orgullosos de formar parte de ella, mientras que ahora sentimos vergüenza.

Una bofetada no hubiera producido mayor efecto que mis palabras. El jefe de nuestra Brigada se enfureció en forma tal, que le hizo tartamudear.

—Yo también estoy harto de vosotros, los veteranos. ¡Sois todos unos ladrones, unos bandidos! ¡Tengo pruebas más que suficientes para hacer fusilar a vuestro Walter y a vuestro Putz... No es sólo valor lo que nos hace falta, sino orden, disciplina, el debido respeto a los jefes, a mí en primer lugar...

—¿Respeto? —le respondí despectivamente— ¿Respeto para un oficial que va al frente una sola vez en 88 días, como en El Escorial; que no se ha movido de su puesto de mando durante toda la batalla, como en Segovia; que ha dejado toda la responsabi-

dad a su jefe de Estado Mayor para irse a dormir a Aranjuez, como en Cuesta de la Reina...? ¿Y quiere usted que le respeten sus subordinados...? Ellos prefieren a los aventureros que llevan algo dentro del pecho.

El resultado de esta conversación no podía ser otro que mi arresto. Fui conducido a los locales disciplinarios, donde encontré a otros nueve oficiales, uno de ellos el jefe de nuestra Intendencia. Este último quedó aterrado al verme allí. Me confesó que antes que yo hubiera devuelto la pitillera, había él dicho a Bastien que yo era el depositario. Bastien incluso le había dicho que este asunto no tendría ninguna consecuencia para mí, pues yo era demasiado necesario para que se pensase en quitarme el mando.

Pasé toda la noche hablando con los unos y los otros. Me dijeron que la víspera, a medianoche, Boukovina, el suboficial polaco que mandaba la compañía de Estado Mayor, había sacado sucesivamente, de sus celdas, al teniente Binet y al ayudante Tricot. Les había dicho que era inútil que tomasen sus abrigo, y algunos minutos más tarde se habían oído dos disparos. Después, Boukovina había regresado, revólver en mano, y se había jactado de "haber suprimido a dos traidores"...

Ninguno de los detenidos dormimos aquella noche. Escuchábamos el ir y venir en los corredores, y cada vez que alguno se detenía ante la puerta, nos retirábamos a un rincón, como si por el hecho de dejar un metro más de terreno entre nosotros y nuestros verdugos tuviéramos una probabilidad de escapar...

Nuestro antiguo intendente me contó varias cosas acerca de la "honradez" de nuestro jefe de Brigada. Me explicó que la contabilidad se llevaba doble, es decir, que había una para las autoridades españolas y otra para el coronel Dumont. Así, la Brigada cobraba de la Tesorería española el doble de las cantidades a que tenía derecho.

La segunda contabilidad, exacta en sus cifras, no lo era por la inscripción de los fondos pagados. Por ejemplo, se había remitido sin justificación una suma de 17.000 pesetas a la mujer del coronel Dumont, haciéndose constar que eran para gastos de propaganda; el importe de las facturas del hotel del comisario político Vittori y de su mujer había sido inscripto como mejoras en la alimentación ordinaria, etc., etc.

—Tuve que callarme—me explicó, filosóficamente, Vosroboini-roff—, pues ya comprenderás que he de mirar por mí. Condenado a perpetuidad, voy a sufrir mi condena en España. Prefiero esto, a quedar a la disposición de un Bastien que me mandará suprimir la primera vez que la brigada entre en fuego... Yo no he dicho

nada y así no soy peligroso para ellos, por lo que me dejarán marchar.

—Sé franco —le dije— ¿cuánto has cogido de la caja?

—Veinte mil francos —me respondió espontáneamente el ex intendente.

—¿Y es más de un millón de lo que se te acusa?

Sí, mucho más. Por lo tanto, figúrate lo que he tenido que hacer para llegar a esa cantidad... Durante seis meses he tenido, por orden superior, que falsear la contabilidad. De diez sumas pagadas he tenido que aumentar nueve para hacérmelas reembolsar decuplicadas por la base de las brigadas internacionales en Albacete... A la larga, he tenido que quedarme con algo para mí.

Esto era humano... Un moralista, podrá indignarse pero es comprensible que quien robe para los otros acabe por guardar algo para sí mismo.

Desde el día siguiente los interrogatorios se reanudaron a un ritmo acelerado. Se refirieron, sobre todo, a mis gastos personales y a la cantidad de forraje que el escuadrón había consumido.

Acerca del primer punto, Bastien acabó por confesar que no existía nada que probase que yo había gastado más de lo que ganaba. Por el contrario, supo que mis soldados me debían más de cuatro mil pesetas. Pero ello fué motivo de una nueva acusación que se lanzó sobre mí: la demagogia. Sí, dar y no prestar a hombres que van con permiso es ser un demagogo; comprar trajes de paisano para los que regresaban a su país era hacer el tonto.

Me hice culpable al confesar que había obtenido el 50 por ciento más de cebada que la ración reglamentaria. Pero la falta, en realidad, era un despilfarro que resultaba de la carencia de vigilancia en todas las escalas de las jerarquías. Además, encontraba divertido que se me reprochase el haber dado seis kilos de cebada en lugar de cuatro a mis caballos, cuando los tres mil hombres de la brigada continuaban figurando como que percibían doce mil raciones.

La investigación duró ocho días. Se paralizó por la proyectada marcha a Francia del coronel Dumont.

Durante el sumario, estuve constantemente en relaciones con el exterior. Mi mensajero era el propio chofer del capitán Bastien, un belga que lo odiaba mortalmente. Me trajo un revólver, pues estaba decidido, en el caso que se me quisiera dar el fatal "paseo", a alojar una bala en la cabeza del siniestro Boukovina, en el momento en que se hiciera a un lado para dejarme pasar delante de él. Envié también cartas al inspector general de las brigadas internacionales, el comisario Gallo, al general Walter y al presidente de la II Internacional, el camarada Debrouckère.

Era útil no sólo que yo remitiese esta última misiva sino que se supiese que la había mandado. Deliberadamente, cometí indiscrepciones que pusieron en movimiento todo el aparato judicial de la brigada. Bastien me reprochó amargamente lo que él llamaba mi falta de dignidad.

—¿Por qué no tener confianza en mí? Yo lo arreglaré todo.

Pero esto era precisamente lo que yo no quería. En nuestra 14^a brigada, había habido demasiados oficiales que habían salido libres de toda sospecha y que al volver a su unidad habían caído a "consecuencia de una bala perdida". Yo no quería aumentar la lista de estos desgraciados.

El 14 de diciembre de 1937 fui depuesto de mi grado de capitán por los siguientes motivos:

1) Despilfarro vergonzante de alimentos necesarios a la caballería.

2) Demagogia.

3) Conducta indigna para un oficial antifascista.

Cuando me fué leída esta sentencia, recibí un golpe en pleno pecho. Tenía delante de mí a una Delegación de todas las unidades de la brigada: a la izquierda los de mi escuadrón, a mi derecha el 14 batallón belga. Para no dar lugar a nuevas sanciones, había dicho a mis soldados que no se manifestaran. Ellos obedecieron, pero los belgas del batallón rompieron las filas y me rodearon gritando que deseaban ser mandados por un capitán belga y que era a mí quien elegían.

Aquel día, el coronel Dumont, el comisario Vittori y el capitán Bastien estaban con permiso. El capitán Sabatier hizo lo posible por calmar a los soldados, pero el comisario político, Roublez, tuvo unas frases desgraciadas que le valieron una buena serie de puñetazos.

Finalmente fui quien tuve que poner orden en la masa desencadenada. Y nada menos que hablaban de subir a los camiones con ametralladoras e ir a asaltar el Estado Mayor de la brigada.



*Espeluznante
odisea a través
de la España
marxista en bus-
ca de la libertad*

Al quedar en libertad volví a Madrid con el fin de ver al general Walter. Afortunadamente, el coronel Dumont continuaba con permiso y el capitán Bastien había salido de España para Bélgica.

El comandante Jacquot, que interinamente desempeñaba el mando de la brigada, no puso ninguna dificultad a entregarme un salvoconducto.

—Gillain —me dijo— siento mucho todo lo que ha pasado. Para nosotros, tú sigues siendo siempre el soldado que nosotros es-

timamos.

—Pero ¿por qué no habéis intervenido? ¿Cómo habéis podido consentir esa monstruosidad?

—Tú que eres un verdadero soldado comprenderás que no tenemos más remedio que inclinarnos ante las órdenes de nuestro jefe...

Era cierto. Toda discusión habría sido inútil. Pero en el fondo de mi ánimo hervía un deseo de venganza. Mi primer cuidado, al llegar a Madrid, fué el de averiguar dónde se alojaba el general Walter. Sabía que poseía una "villa" en los alrededores y la crónica escandalosa de las brigadas guardaba en secreto que celebraba orgías con bailarinas y cestas de botellas de champaña.

En el garage de los internacionales conseguí su dirección. Me dirigí, pues, a "Villa Paquita" que se encontraba en un boulevard exterior que une la calle de Zaragoza con la de Burgos. Era una construcción baja, rodeada de un jardín cuyos árboles no habían tenido tiempo de crecer.

El interior se hallaba amueblado lujosamente y en todos los detalles se observaban orden y limpieza. Una guardia de esclavos velaba por la seguridad y para el servicio de la casa había un ama de llaves y tres criados.

Desgraciadamente, el general Walter se hallaba ausente. A primera hora había salido para Morata, donde debía inspeccionar a la 15 Brigada, de origen inglés. Tuve que esperar hasta la noche para verle. Respondió con un saludo seco al mío y fué a encerrarse en su despacho. Algunos instantes después vino su ayudante para advertirme que el general no podía recibirme. Era el comandante Quimpel, antiguo jefe del Estado Mayor de la Brigada, quien servía de ayudante.

En términos corteses, me explicó la situación delicada en que se hallaba el general. Como antiguo jefe de la 14 Brigada, era diariamente denunciado por su sucesor como instigador de todas las manifestaciones de descontento que se producían en su antigua unidad, por lo que no le era posible tomar partido por mí, ya que ello daría lugar a nuevos ataques. Me aconsejaba que pidiera un permiso para el extranjero, permiso al que mi estancia en el frente durante un año me daba perfecto derecho. Y me prometía que durante mi ausencia trataría de arreglar las cosas lo mejor posible...

No había más remedio que inclinarse ante la evidencia. Nadie podía hacer nada por mí. ¿A qué se iban a comprometer mis compañeros ni mis jefes? Nuestro ejército político debía tener una base política.

Deprimido y contrariado regresé a la ciudad. Después de un largo rodeo a través de las calles, subí los cuatro pisos que llevaban al departamento de Malu. Ella misma abrió la puerta, y al verme sintióse presa de una crisis nerviosa. Con frases entrecortadas, me explicó que ya me creía muerto y que por segunda y tercera vez se habían hecho nuevos registros en su casa durante el tiempo que yo había estado preso.

El capitán Bastien en persona había presidido estas operaciones; había puesto mano a la obra derribando verdaderos montones de ropas interiores de mujer, vestidos y abrigos. Buscaba papeles que hubieran podido comprometerme. No habiendo podido encontrar nada, no desdeñó llevarse ocho o nueve paquetes de cigarrillos ingleses que yo había dejado allí en reserva.

Los dos días que pasé en Madrid fueron de calma. Entrevi entonces todo lo que una mujer puede representar en la vida de un hombre. Por delicadeza, Malu no me habló nunca de las horas sombrías que yo acababa de pasar. Ella fué al mismo tiempo igual y muy diferente a la bailarina coqueta que yo había conocido en El Escorial tres meses antes. A pesar de los quince años que nos separaban, ella se mostraba casi maternal para conmigo y sus atenciones parecían a veces las que hubiera tenido para un niño desgraciado.

Nuestras entrevistas eran siempre alegres; yo no le ocultaba que todas mis gestiones tenían por único fin abandonar España sin esperanzas de volver. Malu misma aspiraba a marchar al extranjero, pero surgieron dificultades irreductibles desde el momento en que ella solicitó un pasaporte.

Como casi todas las artistas, Malu formaba parte del Sindicato anarquista de la F.A.I. Esta, escasa de artistas de variedades, se negaba a entregar la autorización necesaria, y como Malu insistiese, se le reclamó un contrato de un empresario extranjero. Pudo procurarse uno, pero entonces se le reclamó una garantía pecuniaria muy crecida para asegurarse de su regreso a la España republicana.

Ni Malu ni yo poseíamos las 25.000 pesetas exigidas. Debimos renunciar a la esperanza de partir juntos. La última noche que yo pasé en Madrid, transcurrió toda ella hablando. Tomamos café muy cargado y bebimos chartreuse verde, e hicimos proyectos que sabíamos no se habían de realizar nunca.

El alba nos sorprendió sentados en un sillón, con las manos cogidas. Cuando el auto que debía conducirme a Albacete sonó el claxon bajo los balcones, nos abrazamos por última vez.

Me asomé a la portezuela del coche y aún entrevi la cabeza rubia de Malu. Aquella fué la última vez.

El viaje de Madrid a Albacete se hizo sin ninguna dificultad. Al pasar por Alcalá oí el ruido sordo de un bombardeo aéreo del lado de Guadalajara. Una escuadrilla de caza voló sobre nosotros. En Albacete debía visar mis papeles en el Comisariado político de la base de la Brigada.

Como era portador de una carta del inspector general, Gallo, fui recibido muy cortésmente. El comisario Buckner me prometió hacer todo lo posible para que mi permiso para el extranjero se despachase en el más breve plazo posible. Como, a pesar de todo ello, las formalidades necesitaban algunos días, me alojé en un acantonamiento arreglado por los voluntarios que se hallaban en trance de partir. Allí fui recibido con las ovaciones de un centenar de internacionales que esperaban desde hacía seis semanas sus autorizaciones para marchar, sin que el Gobierno las hubiera acordado todavía. Pero ellos decían que ninguna promesa ni ninguna amenaza lograrían quebrantar su firme propósito de regresar a sus hogares.

Todas las semanas alguien iba a invitarles a volver al frente de combate. Pero todo era inútil, porque ellos insistían en sus propósitos de regresar a sus casas.

Encontré entre ellos algunos jinetes. Como me encontraba en fondos y ellos no tenían dinero, tomamos por costumbre salir juntos. Pero los días se me hicieron largos en la atmósfera gris de Albacete.

Uno de los amigos que yo tenía en las oficinas, me hizo saber que el departamento de los cuadros belgas se oponía a mi salida de España. Hacía ver el peligro que representaba el dejar salir para Bélgica a un testigo que pudiera transformarse en un acusador.

La llegada del teniente Howreth, de regreso de París, que al pasar la frontera había hablado con el capitán Bastien, me hizo comprender que ya era hora de que yo adoptase una decisión. En efecto, el jefe de servicio de información de la 14 Brigada, le había dicho que iba a Bélgica para averiguar todo lo que se relacionase conmigo y que tenía la absoluta convicción de que yo era un traidor. El te-

niente intentó disculparme, pero fué ásperamente despedido. Así, en cuanto me vió, me dijo lo que había y me suplicó que huyera inmediatamente. Como yo dudase en tomar esta decisión, hubo aquella misma noche un Consejo en el que cada uno de mis antiguos soldados expresó el mismo parecer.

Supe también, por mi cocinero, que yo seguía siendo vigilado y que se trataba nuevamente de detenerme...

Al día siguiente, por la mañana, provisto de la documentación de un delegado político de pelotón, tomé el tren de Valencia. No me detuve en esta ciudad más que cuarenta y ocho horas. Una enfermera americana que yo conocía, aceptó llevarme a Barcelona en su ambulancia.

Aquellos varios días pasados en situación tan nueva para mí, de bestia acosada, habían sometido mis nervios a una ruda prueba. Yo, que antes podía estarle tres y cuatro días sin dormir, desde que llegaba la noche me caía de sueño. Mientras tanto, continuaba el peligro, porque ningún hotel podía recibirme sin que estuviese provisto, de antemano, de un bono librado por un oficial especial y controlado por la Policía militar. Era esta misma oficina la que designaba el establecimiento que debía recibirnos. El funcionario encargado de esta tarea tenía ante sí una lista en que se hallaban inscritos, por orden alfabético, todos los hoteles de Barcelona, sin agruparlos por categorías.

El resultado de este método era que, en nombre de la igualdad, se enviaba a una pocilga cualquiera a una persona respetable, en tanto que mandaba a un Palace a un marino borracho.

Arriesgando el todo por el todo, me dirigí a esta oficina hacia las tres de la madrugada. Tuve la suerte de que mis papeles no fuesen comprobados. Se me designó como alojamiento un piso amueblado en la calle de... Allí fui recibido por una señora de edad indefinida y dos jóvenes que eran sus sobrinas. Me encontraba muy bien en aquella casa tranquila. Durante el día realizaba gestiones a fin de obtener un pasaporte y por la noche salía acompañado de las dos jóvenes.

Era la época en que se desencadenaba la ofensiva republicana que tenía por objetivo la ciudad de Toledo. A fin de impedir que fuesen llevadas al frente nuevas unidades, los nacionales bombardeaban con intensidad todas las carreteras y las aglomeraciones de la retaguardia. Barcelona, durante mi breve estancia allí, fué atacada en muchas ocasiones. A cada alerta, la luz se apagaba, los proyectores escudriñaban el cielo y las baterías antiaéreas entraban en acción.

Pero lo más lúgubre era el alarido de las sirenas de alarma. Empezaba en una nota baja y se amplificaba de segundo en segundo, para terminar como un sollozo. Entonces, casi simultáneamente, el estallido de las bombas y los cañonazos retumbaban con un ruido ensordecedor. Mucho tiempo después que los aviones hubiesen desaparecido, una u otra batería reanudaba sus disparos acelerados. Algunos minutos más tarde, las sirenas advertían a la población que el peligro había pasado. Bien pronto, la vida renacía en la calle;

los cafés se llenaban de noctámbulos y todos los sitios de placer que se aglomeran alrededor de la Rambla, rebosaban de clientes exuberantes.

A cada una de las visitas que yo hacía al cónsul de Bélgica, éste se mostraba más reservado. Acabó por declarar que no podía entregarme documentación sin haber recibido la autorización de su ministro. Y me aconsejaba ir a ver a éste en el lugar donde se había instalado al abrigo de las bombas.

La entrevista que tuve con el ministro de Bélgica, fué borrascosa. Me recibió en traje de casa. Adoptó al hablarme el tono de un juez interrogando a un criminal. Exasperado por esta manera de hablarme, dí a la conversación un giro tan violento que el representante del Rey me rogó que volviese cuando mis nervios se hubiesen calmado. Por toda respuesta, dí un portazo y me marché.

Pero todo aquello no arreglaba mis asuntos. Mi buena estrella, sin embargo, me hizo encontrar en la calle al delegado político que me había dado su hoja de ruta, gracias a la cual había podido salir de Albacete. Me persuadió para que le acompañase al Consulado de Francia, en la plaza de Cataluña. El funcionario encargado de los asuntos militares era un ex combatiente, condecorado con la Legión de Honor, mutilado en la cara, con las manos rojas, recosidas, como de haber sido quemadas.

Me escuchó con benevolencia y me entregó, sin vacilar, un salvoconducto. Al acompañarme a la puerta, me aconsejó que marchase a Valencia, donde la salida hacia el extranjero era menos aleatoria.

Tuve una última emoción antes de abandonar Barcelona. Retrasado por un bombardeo, llegué demasiado tarde a la estación: los vagones estaban llenos y no pude encontrar un solo asiento. Cuando ya desesperaba de partir, un señor correctamente vestido, reconociendo en mí a un oficial internacional, vino a ofrecerme un sitio en su asiento del coche cama. Una vez instalados, nos presentamos. Resultó que mi huésped iba encargado oficialmente de una misión comercial republicana a Beziérs, en realidad, delegado de la Seguridad española en territorio francés...

Inútil decir que dormí muy mal en la litera de arriba, en tanto que en la de abajo dormía mi huésped el sueño de la inocencia...

En Valencia, las cosas tomaron al principio un giro escabroso. El cónsul de Francia, funcionario que estaba en visperas de obtener el retiro, no quería comprometerse y se negó a asilarme en el anejo de la Embajada. Me disponía ya a marcharme, cuando un agregado al Consulado arregló la cosa prometiéndome que antes de ocho días habría encontrado el medio de hacerme salir de España.

Con esta promesa, el cónsul levantó su veto y el agregado me condujo a la Escuela de la Alianza Francesa. De esta forma, me hallaba yo en territorio francés y fuera de peligro.

El gregado se llamaba M. Ramin y se condujo conmigo como si me hubiera conocido desde hacía mucho tiempo, en verdadero amigo.

Era de una generosidad en cigarrillos que, en aquel período de crisis de tabaco, resultaba muy meritoria. Y la vehemencia con que defendía los intereses de los franceses, le costó pasar unas horas en prisión.

Pero al lado de este tipo de francés idealista, había también una banda de ganapanes que en aquellos tiempos turbios encontraron una mina inagotable de provechos. Primero se dedicaron a cotizar la entrada de ciertas personas en los locales de la Embajada. Vendieron pasaportes hasta en tres mil libras esterlinas. Después, como los refugiados se impacientaban y aspiraban a salir de España, se ocuparon en organizar su vida, también mediante pago. Todos los "valores" eran buenos: dinero, alhajas, cuadros, antigüedades... Y, para hacer subir los precios, subastaban los sitios en los automóviles y en el vapor, haciendo valer sus relaciones en los medios oficiales republicanos y justificaban sus exigencias, declarando que se veían obligados a comprar la policía. Aparte de este tráfico, exportaban divisas y alhajas y, al amparo del pabellón francés, traficaban en víveres y tabaco.

A la larga, todo acabó por saberse, y el Gobierno francés tomó las medidas pertinentes.

En el local donde me alojaron había unas trescientas personas, aproximadamente. Las mujeres no eran inferiores en ánimos a los hombres. Entre estas mujeres había una que se conducía como una verdadera heroína. Tenía diez y ocho años, muy bonita, los ojos claros, la boca bien dibujada; era casi una niña, pero animada de una voluntad férrea. Todos los días iba a visitar las cárceles y llevaba a los presos lo que encontraba. Salía al amanecer, cargando pesados paquetes sobre sus frágiles hombros, y volvía por la noche extenuada.

A los ocho días de estar en la Escuela de la Alianza Francesa, ya me roía el aburrimiento. Como ex oficial de las Brigadas internacionales, me mantenía aparte de los otros refugiados. Sin embargo, a menudo venían a buscarme y me interrogaban sobre los acontecimientos del exterior. Los refugiados vivían en espera de la noche. A las diez y media se reunían para escuchar en la radio el comunicado de su Generalísimo.

En aquella época se me nombró responsable del anejo núm. 2 de la Embajada de Francia. Este nombramiento, que asombró a todos, fué mantenido a pesar de la hostilidad de los refugiados.

Después de largas y laboriosas gestiones, el Gobierno español aceptó que la Embajada de Francia en Madrid fuese evacuada. Esto suponía que Valencia debía albergar y alimentar a unas dos mil personas. La Escuela resultaba demasiado pequeña, por lo que se alquiló un antiguo palacio, y allí es donde yo tuve que desplegar mis modestas dotes de organizador.

Hice cuestión de honor el que todos los refugiados que se hallaban a mi cargo fuesen los mejor tratados. Ofrecí suculentas comidas a los que hacían penitencia desde un año atrás. Vestí a los más necesitados; logré sacar las alhajas que sus poseedores temían llevar

consigo y, en resumen, me conduje con los refugiados que vinieron para ser evacuados, como el más decidido franquista.

Pero he aquí mi hecho más notable: reuní trescientos crucifijos, escapularios y misales; hice un paquete con todo y, gracias a un chofer complaciente, lo pude enviar a las Hermanitas de los Pobres.

Todos se admiraron de mi conducta, y hasta se desconfió de mis intenciones. No faltó quien viniera a proponerme que me pasara al lado de Franco.

Todo ello, hubiera podido ser divertido si no se hubiera transformado pronto en trágico, pues M. Ramin vino a advertirme un día que la Policía intentaba detenerme y me puso en guardia contra el riesgo de los paseos que yo daba algunas veces solo y de noche.

¿No comprendes—me dijo—que todo lo que has hecho ha servido para persuadirlos de que sigues estando de corazón con los enemigos del Gobierno?

El día en que salieron los últimos refugiados, el puerto de Valencia fué bombardeado de una manera terrible.

Cuando todos los refugiados fueron evacuados, me llegó a mí el turno de ser repatriado. Como no existía ninguna probabilidad de que se me acordasen los visados necesarios para mi embarque, se decidió usar una estratagema para permitirme subir a bordo del navío francés "Emérithée II". Se aprovechó la ocasión de que este barco debía entregar gasolina al Consulado para enviarme en un camión con el encargo de cambiar los bidones vacíos por otros llenos.

El plan dió el resultado apetecido. Los guardias de Asalto me dejaron subir sin dificultad al barco. Pero el policía de control y de investigación militar, más desconfiado, me siguió a bordo. Al cabo de una hora, como me había perdido en el laberinto de corredores, se puso a dar gritos reclamando "al de los bigotes, que se ocupa de la gasolina".

El comisario del barco le calmó como pudo, ofreciéndole una buena cena y algunos paquetes de "lucky".

De madrugada, a las cinco, el "Emérithée II" salió del puerto de Valencia. En rada, el torpedero "Mars" le esperaba para escoltarle.

El mar estaba en calma. El surco que dejaban las hélices del barco parecía una ancha senda de platino. Entre dos luces, las costas de España adquirían un tinte cada vez más borroso. Brotó la niebla y todas las cosas se enturbiaron, se desvanecieron ante mis ojos.

FIN